MARTÍN
DE
RIQUER

Caballeros andantes españoles

Las crónicas de caballeros reales e históricos

Un libro, como indica su título, sobre los caballeros andantes españoles, un prototipo social de la España del siglo XV, tal como atestiguan las crónicas de la época. Si existieron los caballeros andantes fue, en parte, gracias a Lancelote, Curial o Amadís, pero estos reflejan, no siempre tan exageradamente como se ha dicho, la realidad en la que fueron imaginados. Así, de la mano de quien también nos hizo llegar la música de los trovadores a través de sus textos, presentamos algunos de aquellos personajes en los que se inspiró la novela de caballerías, el género que hizo enloquecer al más inmortal de los hidalgos.

epublibre

Martín de Riquer

CABALLEROS ANDANTES ESPAÑOLES

ePub r1.0
Titivillus 29.12.2022

Título original: *Caballeros andantes españoles*
Martín de Riquer, 1966
Diseño de cubierta: © Planeta Arte & Diseño
Imagen de la cubierta: © BNE

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Índice

Somos muchos los que…
Novela y realidad, realidad y novela
El passo honroso
Aventuras y viajes de caballeros andantes
Batallas por malquerencia
En resumen: no todo es literatura

Somos muchos los que, cuando en nuestra juventud leímos el maravilloso libro de J. Huizinga *El otoño de la Edad Media*, vimos cómo se abría ante nuestros ojos un mundo brillante y fastuoso que alucinaba por su colorido, su gesto y su señorial gallardía, envenenado por la literatura y empeñado en mantener unas formas de vida de un pasado que, por serlo, parecía más bello. Pero el mundo tan sagazmente retratado por Huizinga se basa en documentos, en crónicas y en datos, procedentes la mayor parte de Francia, de Borgoña y de Flandes, y son tan escasas las referencias a los hombres y las cosas de España en el libro del historiador holandés que era lícito concluir que aquellas tan típicas características del otoño medieval se daban en nuestras tierras con un perfil más inseguro o con una intensidad mucho menor. No obstante, así que nos asomábamos a algunas de nuestras crónicas, como la de Juan II de Castilla, o recordábamos el *Passo Honroso*, de Suero de Quiñones, o leíamos las magníficas páginas de *El victorial*, de Gutierre Díez de Games, el mundo caballeresco español del siglo XV adquiría consistencia y emergía perfectamente vinculado a unos ideales y a unas costumbres generales en la Europa occidental. En gran parte está todavía por hacer el estudio del «Otoño de la Edad Media española», tarea necesaria desde muy diversos puntos de vista. En primer lugar se trata de una realidad social, tan social y tan realidad como pueden serlo los salarios de los albañiles medievales o las quiebras de las bancas a finales del siglo XIV. Porque es perfectamente lícito y digno de todo encomio trabajar sobre la problemática que presentan albañiles y banqueros, y en este sentido admiramos los avances que ha hecho nuestra ciencia histórica en estos últimos años. Pero se suele olvidar, o no se advierte, que en este mismo mundo de obreros y de financieros existen otros hombres, tal vez eco de ideales de un tiempo pasado, tal vez aventureros o soñadores, que gozan de la admiración de sus contemporáneos y que, con gesto orgulloso y viril, quieren mantener a todo trance unos

principios que les otorgan una superioridad ante el resto de los humanos, superioridad que raramente se ve discutida. En el siglo XV español, con el albañil y el banquero convive el *caballero andante*, y precisamente porque a muchos parece todavía que el caballero andante es un ser puramente literario y sólo existente en las páginas de los libros de caballerías —de ello tiene una buena parte de culpa Miguel de Cervantes—, creo que vale la pena bosquejar algunos aspectos de este tipo humano para convencernos de que también se integra en una realidad social.

Pero este libro (que se limita al siglo XV) no tiene pretensiones históricas sino que intenta desbrozar un camino que tal vez hará comprender mejor algún aspecto de la literatura en los últimos momentos de la Edad Media. Sobre la novela de aventuras medieval, la que tiene por héroe al «caballero», pesa la acusación de irrealidad, idealismo, fabulosidad, inverosimilitud, etc., en la opinión de aquellos que quieren que, a todo trance, la literatura sea un reflejo de la realidad, un documento (si puede ser con «mensaje» aún mejor) y la obra de autores que son «fieles a sí mismos», vago concepto que jamás he logrado entender. Los entusiastas del *Amadís de Gaula* —bastaría citar a Carlos V, a Santa Teresa de Jesús, a San Ignacio de Loyola, a Lope de Vega y, sin duda alguna, a Miguel de Cervantes— no eran unos estúpidos, aunque así lo creyeran los pensadores y autores graves, más o menos erasmistas, de su tiempo. Que el *Lazarillo de Tormes* sea una novelita estupenda no se debe exclusivamente a su realismo ni a que su antihéroe sea todo lo contrario del héroe Amadís.

En todo este problema creo que se impone hacer una distinción que precisa de un punto de vista no exclusivamente castellano sino europeo. El *Amadís de Gaula*, a pesar de su evidente originalidad, se sitúa en una clara línea artística que podemos seguir desde las novelas artúricas en verso de Chrétien de Troyes y que encontró su más amplia y resonante expresión en el larguísimo *Lancelot* en prosa francés, llamado «la Vulgata». Esta línea se

caracteriza, si queremos sintetizar sin duda alguna precipitadamente, por la presencia de elementos maravillosos (dragones, endriagos, serpientes, enanos y gigantes desmesurados, edificios construidos por arte de magia, exageradísima fuerza física de los caballeros, ambiente de misterio, etc.) y por situar la acción en tierras lejanas y exóticas y en un remotísimo pasado. Pero otra gran novela del siglo XV, el *Tirant lo Blanc*, «el mejor libro del mundo» según Cervantes, carece de elementos maravillosos, tiene un protagonista muy fuerte y muy valiente, aunque siempre dentro de una medida humana, transcurre en tierras conocidas y perfectamente localizables, en tiempo próximo y ambiente inmediato y los nombres de muchos de los personajes de la ficción corresponden a nombres de personas reales que vivieron en el siglo XV en Valencia, Inglaterra, Francia, Italia y el Imperio bizantino.

En principio, y sólo desde un punto de vista metodológico, nos será útil llamar «libros de caballerías» a las narraciones al estilo del *Amadís de Gaula* y «novelas caballerescas» a las que reúnen las características que tan rápidamente he señalado en el *Tirant lo Blanc*.

Hay, en francés, un buen número de novelas caballerescas del tipo del *Tirant lo Blanc* o de la también catalana *Curial e Güelfa*, aunque aquéllas muy inferiores en cuanto a su valor literario. Recordemos solamente el *Jehan de Saintré*, de Antoine de la Sale, y el anónimo *Roman de Jehan de Paris*. Son ambas auténticas novelas, o sea narraciones inventadas; pero sus protagonistas actúan de acuerdo con la realidad de su siglo, el XV, y sus autores trasladan a sus páginas personajes y cortes que conocían. Ahora bien, estas novelas ofrecen muy poca diferencia respecto a otros libros franceses que relatan las históricas aventuras y proezas de auténticos caballeros, y son crónicas particulares de grandes militares contemporáneos, como, por ejemplo, el *Livre des faits du bon messire Jean le Maingre, dit Bouciquaut* o el *Livre des faits de Jacques de*

Lalaing. Para que el lector comprenda adónde voy a parar, puedo asegurarle que si una persona que desconoce la historia de Francia del siglo XV lee el *Jehan de Saintré* y el *Livre des faits de Jacques de Lalaing* puede llegar a diversas conclusiones erróneas: o bien creer que ambos libros son narraciones inventadas (el de Lalaing es rigurosamente histórico), o que los dos son históricos (el de Jehan de Saintré es pura invención); o bien puede sospechar que las aventuras de Jacques de Lalaing son mera novela y las de Jehan de Saintré una veraz crónica.

Lo que en verdad ocurre es que la novela caballeresca —*Jehan de Saintré, Jehan de Paris, Curial, Tirant*— refleja una auténtica realidad social, sin desfigurarla ni exagerarla, y que las crónicas particulares del siglo XV —libros de Boucicot, de Lalaing, *El victorial*— narran los hechos históricos que llevaron a término caballeros que luego fueron modelos vivos para novelistas. Pero estos caballeros reales e históricos estaban, a su vez, intoxicados de literatura y actuaban de acuerdo con lo que habían leído en los libros de caballerías. Es un círculo vicioso que nos lleva a una especie de proceso de ósmosis que nada tiene de particular. En nuestro tiempo mismo existen actitudes y modas que la sociedad ha tomado del cine, el cual, a su vez, refleja actitudes y modas de la sociedad.

Creo que con estas consideraciones queda bien clara la finalidad de este libro, que puede tener como punto de partida corroborar un conocido pasaje del capítulo XLIX de la primera parte del *Quijote*, cuando, indignado el hidalgo manchego porque el discreto canónigo toledano ha intentado convencerle de que «no ha habido caballeros andantes en el mundo», le replica con un bien argumentado discurso dividido en dos partes intencionadamente distintas: en la primera, don Quijote defiende, como otras muchas veces, a Amadís, a Fierabrás, a Tristán, a Lanzarote, a Roldán, etc.; y en la segunda expone lo siguiente:

> Si no, díganme también que no es verdad que fue caballero andante el valiente lusitano Juan de Merlo, que fue a Borgoña y se combatió en la ciudad de Ras con el famoso señor de Charní, llamado mosén Pierres, y después, en la ciudad de Basilea, con mosén Enrique de Remestán, saliendo de entrambas empresas vencedor y lleno de honrosa fama, y las aventuras y desafíos que también acabaron en Borgoña los valientes españoles Pedro Barba y Gutierre Quijada (de cuya alcurnia yo deciendo por línea recta de varón), venciendo a los hijos del conde de San Polo. Niéguenme asimesmo que no fue a buscar las aventuras a Alemania don Fernando de Guevara, donde se combatió con micer Jorge, caballero de la casa del duque de Austria; digan que fueron burla las justas de Suero de Quiñones, del Paso; las empresas de mosén Luis de Falces contra don Gonzalo de Guzmán, caballero castellano, con otras muchas hazañas hechas por caballeros cristianos, déstos y de los reinos extranjeros, tan auténticas y verdaderas, que torno a decir que el que las negase carecería de toda razón y buen discurso.

Todos estos nombres y estas breves referencias proceden, como es sabido, de la *Crónica de Juan II*, única fuente de información que parece haber tenido a mano Cervantes al redactar estas líneas. Pero tanto don Quijote como Cervantes se quedaron cortos, muy cortos, porque el siglo XV español está lleno de verdaderos e históricos caballeros andantes que llevaron sus empresas por reinos alejados, tanto cristianos como paganos, y concluyeron aventuras brillantes y temerosas.

En este libro se reúnen, estructurados de modo muy diverso, retocados, a veces muy ampliados y despojados de todo aparato erudito, los siguientes trabajos míos: *Caballeros catalanes y valencianos en el Passo Honroso* (discurso leído el 4 de abril de 1962 en la fiesta de San Isidoro, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Barcelona), *Andanzas del caballero borgoñón Jacques de Lalaing por los reinos de España y los capítulos del siciliano Juan de Bonifacio* («Strenae: estudios de Filología e Historia dedicados al prof. Manuel García Blanco», Salamanca, 1962), *Lletres de batalla, I* (Barcelona, 1963, colección «Els Nostres Clàssics»), *Los caballeros Francí Desvalls y Johan de Boixadors en Ceuta* («*Anuario* de Estudios Medievales», I, Barcelona, 1964), *La batalla a ultranza entre Jodo de Almada y Menaut de Beaumont* («Homenaje a Jaime Vicens Vives», I, Barcelona de 1965), *Caballeros andantes españoles* («Revista de

Occidente», Madrid, abril de 1965) *y Vida caballeresca en la España del siglo XV* (discurso de recepción en la Real Academia Española y contestación de Dámaso Alonso, Madrid, 1965). El lector interesado en estas materias encontrará en los citados trabajos la bibliografía e indicación de las fuentes utilizadas.

Barcelona, agosto de 1966

NOVELA Y REALIDAD, REALIDAD Y NOVELA

La empresa del brazalete

Como claro ejemplo de interferencia u ósmosis entre lo real y lo novelesco examinemos, en primer lugar, algunos casos que podemos agrupar bajo el título de «empresa del brazalete», que hallaremos en un caballero aragonés, en otro borgoñón que vaga por tierras de España, en otro siciliano que, como es natural, se considera vasallo de nuestro Alfonso el Magnánimo, y en episodios que se finge que ocurren en Barcelona narrados en una novela francesa del siglo XV. Se trata de un aspecto del voto caballeresco, gracias al cual se justificaba y se daba cierto contenido simbólico al deseo de combatir por el placer mismo de exhibirse luchando cuando no existían razones de odio o de malquerencia. El voto caballeresco consistía en abstenerse de una cosa determinada o de exteriorizarse con cualquier detalle llamativo, singular o humillante hasta haber participado en un hecho de armas bajo determinadas condiciones. Eran muy frecuentes estos votos, versión «a lo profano» de las promesas de carácter piadoso, y ahora no nos interesan los formulados con intenciones prácticas, como el del conde de Salisbury, que juró llevar un ojo siempre cerrado hasta haber guerreado con el rey de Francia, o el del famoso Bertrand du Guesclin, de no comer hasta haber luchado con los ingleses, ni los votos teatrales emitidos en fiestas solemnes, como los del pavón o los del faisán, ni los de tantos y tantos caballeros que prometieron no afeitarse la barba hasta haber logrado determinado objetivo.

El caso que ahora vamos a examinar es como el que formuló Suero de Quiñones de llevar todos los jueves una argolla de hierro al cuello, símbolo de cautiverio amoroso, hasta que se hubiesen quebrado trescientas lanzas en el Passo Honroso, como ya veremos al considerar este importante lance. Este tipo de voto se

ha querido relacionar con una vieja costumbre de los guerreros germanos, pues Tácito, al tratar de los catos y de sus tradiciones guerreras, dice: «Los más fuertes llevan una anilla de hierro, lo que es ignominioso en aquella tribu, en forma de argolla; hasta que se libran de ella con la muerte de un enemigo» (*Germania, XXXI*, 3). Tal vez sea exagerado suponer que esta costumbre germánica hubiese persistido, ininterrumpidamente, hasta el siglo XV; lo más verosímil es que fuese recogida por relatos orales y pasara a la novela caballeresca primitiva, que mantuvo la vitalidad de este singular uso.

El voto caballeresco era llamado «empresa», palabra que con el tiempo pasó a designar las divisas pintadas y «motes» de pocas palabras que usaban los caballeros en sus contiendas deportivas y, más adelante, los emblemas tan cultivados por los escritores, a partir de Alciato (recuérdense las *Empresas*, de Saavedra Fajardo). Sebastián de Covarrubias (1611), al definir el verbo *emprender*, nos ofrece una rápida idea de la evolución semántica del término: *«Emprender:* Determinarse a tratar algún negocio arduo y dificultoso…, porque se le pone aquel intento en la cabeza y procura executarlo. Y de allí se dixo empresa el tal acometimiento. Y porque los cavalleros andantes acostumbravan pintar en sus escudos, recamar en sus sobrevestes, estos designios y sus particulares intentos, se llamaron empresas; y también los capitanes en sus estandartes quando yvan a alguna conquista. De manera que empresa es cierto símbolo o figura enigmática hecha con particular fin, endereçada a conseguir lo que se va a pretender y conquistar o mostrar su valor y ánimo».

El voto caballeresco era una especie de cebo para provocar la lucha, y a ello se debe su carácter generalmente externo y llamativo. El caballero que ostentaba una empresa —como la argolla de Suero de Quiñones— fingía que esperaba luchar con otro que lo «liberase» del voto, pues, hasta haber combatido en ciertas condiciones, se veía obligado, bajo juramento, a ir de aquel insó-

lito modo, lo que, como veremos, podía prolongarse años. Ya insinuaremos, más adelante, los antecedentes literarios de esta «liberación».

No caigamos en el fácil error de creer que todo esto es mera «literatura». El 28 de agosto de 1397 el notario Jaume Dezplá, de Valencia, levantó una curiosa acta notarial en la que hizo constar, con los debidos testigos, que en el palacio del noble Olfo de Próxita comparecieron los caballeros Martí Eiximenis d'Orís y Pere de Centelles, y el primero hizo saber solemnemente al segundo que estaba dispuesto a «liberarlo» de su voto y empresa, que consistía en llevar una «garrotera», o liga; y exigió que se hiciera constar su ofrecimiento —de hecho combatir con él— en carta pública. Pere de Centelles, requerido por notario y testigos, afirmó que llevaba su empresa con la intención de que le «liberara» su compañero de armas Vidal de Blanes, y en principio se acordó que se ventilaría la cuestión en un combate de dos contra dos. En el Archivo Municipal de Valencia se custodia esta acta notarial, suscitada por la empresa de Pere de Centelles, que se mostraba con una liga, o «garrotera», indiscutiblemente sugestionado por el prestigio caballeresco de la orden de la Jarretière, o Garter, fundada por Eduardo III de Inglaterra en 1348.

El 20 de enero de 1431 se exhibía por las calles de Zaragoza el caballero Bernat de Coscón con una flecha o pasador atravesado en un muslo. Un tal Anthoni de Mont Aperto le envió un trompeta para preguntarle si lo hacía «por devoción, por amores o por armas», pero ni Bernat de Coscón ni su hermano mossén Bertrán quisieron dar ninguna respuesta al trompeta. Mont Aperto, en carta firmada el día 24, requirió a Bernat, «por honor y amor de aquella dama que vos amáis», que le aclarase con qué intención llevaba aquella flecha. El 26 de enero Bernat de Coscón respondió con una carta escrita en aragonés, en la que, entre otras cosas, dice:

digo e respondo seyer verdat que el sábado más cerca passado, solament por devoción de senyor Sant Sebastián yo levé un passador e flecha en el muslo, segunt cada un anyo en tal día havía acostumbrado levar por la dita causa; e el domingo aprés seguient el trompeta desús dito vino a mí e díxome tales parablas: —Un cavallero me envía a vós, e dize que un títol que vós levades si es por amores o por armas—. E ja seya semblantes cosas no se acostumbran tractar en tal forma, por lo qual sin todo cargo podía dar el callar por respuesta, pero dixe tales parablas: —Trompeta, muy desconcertado vienes, e no·t deven embiar aquí car yo non levo títol ni·nde levado seys anyos ha. Quando vendrás en forma devida, yo te responderé como devo—. E haviendo por trufa la venida e parablas del desuso dito trompeta, yo me partí d'aquel lugar. E aprés que yo fui partido, segunt depús me fue dito, el dito trompeta dixo que se havía errado en las parablas que de part del cavallero me havía dito, car él havía nombrado títol, e que la verdat era que·l cavallero le havía dito flecha o passador; a lo qual, en mi absencia, mossén Bertrán de Coscón, ermano mío, respuso: —¿E qui es aquex cavallero que te envía?—. E el trompeta dixo que mandamiento havía de no nombrarlo; e lahora el dito Bertrán dixo: —Ara, donchs, trompeta, ves e digues aqueix cavallero que así te avía embiado a mossén Bernat de Coscón que si él lo fa cierto e seguro de deliurarlo de qualquiere voto de armas, que el dito mossén Bernat de Coscó posará o metrá sobre la flecha o passador que haier sábado levava el muslo, que tantost cras, que será lunes, las tornará a meter e aquél levará; e posado caso que él no las meta, yo la levaré, e aquesto no metas a oblit ni a non cura…

Hemos visto que Bernat de Coscón todos los años, el día de San Sebastián, llevaba el muslo atravesado por una flecha en honor del mártir, voto de devoción que Anthoni de Mont Aperto supuso que podría ser un voto caballeresco y se ofreció a liberarle de él. Coscón puso en claro las cosas, se brindó, por boca de su hermano, a llevar otra vez la flecha para aceptar el requerimiento del otro caballero, e incluso propuso a éste que fuera él el provocador:

Empero, si voluntat havéys de fazer armas con mí, metetvos alguna devisa de armas, o posats algún caso por el qual entre cavalleros pueda haver lugar batalla, car yo de buen grado, supliendo a mi honor e defendiendo verdat, so presto, con la ajuda de nuestro senyor Dios e de mossén Sant Jordi, deliurarvos e acceptar la batalla.

A esto contestó el 28 de enero Anthoni de Mont Aperto aceptando de buen grado:

de continent yo·m metré un braçalet, lo qual, en nom de Aquell que és vencedor de les batalles e de mossèn Sent Jordi, e per honor e amor de la dona que jo am, port e portaré huy diumenge, que·s conta XXVIII de giner de l'any present, e d'ací avant tant com ben vist serà, en manera que·m poreu deliurar, si al cor ho haveu.[1]

El 4 de febrero Anthoni de Mont Aperto envió a Bernat de Coscón los «Capítulos de la empresa del braçalet», en los que precisa el armamento defensivo y ofensivo de la batalla, en cuya conclusión, el que a opinión de los jueces lo haya hecho peor, deberá dar a su adversario un diamante o un rubí, de valor de mil florines, para que éste lo ofrezca a la dama que ama. Se reserva un año para encontrar plaza segura y juez de la batalla, y si en este tiempo no los encuentra, que los busque Coscón. Éste respondió el 9 de febrero aceptándolo todo, menos la búsqueda del juez, que realmente le pertenecía por ser el requerido.

Desconocemos las incidencias de la empresa del brazalete iniciada en Zaragoza en 1431; sí, en cambio, y con gran lujo de detalles, la que con el mismo nombre defendió un caballero borgoñón quince años más tarde. Me refiero a Jacques de Lalaing, de quien tratan los cronistas Mathieu de Coussy y Olivier de la Marche y a quien un anónimo —que un tiempo fue identificado con Georges Chastellain e incluso con Antoine de la Sale— dedicó una interesantísima biografía, el *Livre des faits de Jacques de Lalaing*, obra que de ningún modo debe ser considerada «historia novelada», como algunos pretendieron, sino puntual relación de las andanzas y empresas de aquel caballero. Precisamente, al detenernos a examinar su viaje por España, comprenderemos que el anónimo autor del *Livre* narra hechos ciertos y que coinciden con datos de la *Crónica de Juan II* castellana.

Prescindiendo de antecedentes familiares y de la infancia del protagonista, la primera hazaña caballeresca del joven borgoñón Jacques de Lalaing se sitúa a finales del año 1445, cuando, tras haber luchado valientemente con el siciliano Juan de Bonifacio

—de quien se tratará más adelante—, Felipe el Bueno, duque de Borgoña, lo armó caballero. Con el prestigio de esta primera batalla, Jacques de Lalaing decidió partir de Borgoña en demanda de aventuras, e hizo el voto de llevar en el brazo derecho «un bracelet d'or auquel avoit attaché un couvrechef de plaisance» (*Livre*, capítulo XXXI), o sea brazalete de oro al cual había prendido un lambrequín, o adorno de tela de los que entonces se solían colocar encima del almete. Y, al igual que Anthoni de Mont Aperto, Jacques de Lalaing, en la corte del rey de Francia hizo públicos los capítulos de su empresa del brazalete, o sea las condiciones que imponía a los caballeros que quisieran luchar con él para «liberarle» del voto. Van firmados el 20 de julio de 1446, cuando el caballero tenía unos veintitrés años, y empiezan con las siguientes palabras: «Qui touchera à mon emprise, sera tenu de moi délivrer selon le contenu de mes chapitres, pourvu qu'il soit gentilhomme de toutes lignées et sans reproche» (capítulo XXXII). Y el capítulo onceno dispone: «Pour faire les armes dessus dites et les accomplir de point en point selon le contenu de mes chapitres, j'ai élu le très excellent et très puissant prince le roi de Castille, auquel je supplie très humblement qu'il lui plaise de sa bénigne grâce moi faire honneur et moi accorder ma dite requête».[2]

Lalaing atravesó los Pirineos acompañado por un lucido cortejo en el que figuraban Jean de Montfort, Félix de Guistelles, Perceval de Belleforière, Valeran de Landas, Othe de Marquette, Guillaume d'Obrencourt, Jean Rasoir, el escudero Cornille de la Barre, Jean de Fresnoy, Yollin de Villers, el heraldo Luxembourg y el persevante Léal. Entró en el reino de Navarra y llegó a Pamplona con intención de presentarse al rey, o sea al que más adelante será Juan II de Aragón, rey de hecho en Navarra aún después de la muerte de su primera esposa, doña Blanca. Pero el rey Juan «s'étoit allé ébattre en aucunes de ses villes, sur les frontières de Castille», y Jacques de Lalaing visitó, en Pamplona misma, a

los príncipes de Navarra, o sea, Carlos de Viana y su esposa Ana de Clèves. El caballero Jean de Lusse (Juan Miguel de Luxa, o Luja) pidió licencia al príncipe para tocar la empresa de Lalaing, pero don Carlos no se la concedió porque su padre, el rey de Navarra, nada sabía de ello y estaba seguro de que no lo consentiría por la gran alianza existente entre las casas de Navarra y de Borgoña. No obstante, los príncipes trataron con gran afecto y con suma consideración a Jacques de Lalaing, al que hacían compañía Jean de Beaumont y «messire Pierres de Peralte, seigneur de Mazilles» (el famoso mossén Pierres de Peralta, señor de Marcilla). El desconocido autor del *Livre* nos da una vivaz impresión de la admiración que suscitaba, principalmente entre las damas, la gallardía de Jacques de Lalaing al pasar por las calles de Pamplona:

> au passer que messire Jacques faisoit par les rues, en allant au palais, huis et fenêtres étoient parés et remplis d'hommes et de femmes, dames et damoiselles, bourgeoises et pucelles, pour regarder icelui messire Jacques et sa compagnie; et il ne s'en doit on point émerveiller, car il étoit un des beaux jeunes chevaliers qui étoit régnant de son temps; et avec ce étoit richement paré et vêtu d'une robe moult riche chargée d'orfévrerie. Il étoit grand et droit, bien fait et formé de tous membres, bel viaire et plaisant, doux, aimable et courtois; il portoit chère d'homme hardi; nul rien n'avoit sur lui qui lui fut mal séant. Ceux qui le véoient passer, prenoient plaisir à le regarder. De dames et de damoiselles fut volontiers vu; et assez est à croire qu'aucunes en y avoit qui bien eussent voulu avoir changé leur mari pour l'avoir, si ainsi se eut pu faire (capítulo XXXVI).[3]

Con tanto afecto trataron los de Pamplona a Jacques de Lalaing que cuando partió de la ciudad no quisieron cobrar nada por el alojamiento suyo y de sus acompañantes y lo escoltaron hasta la frontera de Castilla. Al entrar en ella supo que el rey de Castilla estaba en Soria, y hacia allí se encaminó. Efectivamente, Juan II estuvo en Soria de setiembre a diciembre de 1447, que es, sin duda, cuando tienen lugar estos acontecimientos. Al saber que se encontraba en sus reinos, Juan II envió al encuentro de Jacques de Lalaing «le comte de Gusman, le Brand maître de Calatrave, messire Jean de Lune, et plusieurs autres chevaliers et écu-

yers». Del conde de Guzmán se tratará pronto; el maestre de Calatrava era don Pedro Girón, y don Juan de Luna es el hijo de don Álvaro. Yendo hacia Soria sale al encuentro del caballero borgoñón Diego de Guzmán, hermano del conde antes citado, y con gran cortesía toca la empresa de Lalaing. Ha conseguido éste, pues, lo que tanto anhelaba: hallar a un caballero dispuesto a batallar con él a fin de quedar libre de su voto.

Jacques de Lalaing con su acompañamiento se dirigió a Valladolid (Valdolit en el texto francés), adonde pocos días después llegó el rey. Consta, en efecto, que Juan II salió de Soria a mediados de diciembre, a fin de pasar la Navidad en Valladolid. El caballero borgoñón encontró por vez primera al rey de Castilla «en une grand'campagne… qui faisoit courre deux taureaux et avoit fait mettre sus, pour les verser et détruire, plusieurs gros alans, a la manière du pays».[4]

Juan II recibió con gran afecto a Jacques de Lalaing, aunque asuntos de estado —ciertas embajadas de Francia, Granada y Portugal— le impidieron por el momento atender al hecho de armas, pero asignó el 3 de febrero para la celebración de la batalla. Lalaing empleó el tiempo que le quedaba libre —apenas un mes— para visitar Portugal, donde el rey le trató con gran cariño. En la ruta, al pasar por Madrigal, saludó a la princesa de Castilla, hija del rey de Navarra.

El 3 de febrero de 1448 las lizas estaban dispuestas en Valladolid «en la place des frères prédicateurs», así como los cadahalsos destinados a los caballeros y grandes señores de Castilla, Portugal, Navarra, Aragón y embajadores de Francia que debían presenciar la batalla. El cadahalso de los reyes estaba en la parte de oriente y el de los jueces en la de occidente; y el pabellón de Diego de Guzmán se había montado a mediodía y, enfrente, el de Jacques de Lalaing.

Hacia las nueve de la mañana entraron en el campo dieciséis hombres armados con todo el arnés que se colocaron entre las dos lizas y se repartieron por las cuatro esquinas a fin de guardar el campo. Llegó primero la reina con su acompañamiento, que ocupó la parte del cadahalso más próxima al pabellón de Diego de Guzmán. El cadahalso real era «una belle maison dressée, couverte et bien tendue de riche tapisserie». Luego llegó el rey «acompagné de Alvaro de Lune, grand maître de Saint Jacques, de 1'Évêque de Valence, du comte de Benevente et de plusieurs autres chevaliers et écuyers».

A las diez de la mañana Jacques de Lalaing obtuvo licencia del rey para ir a armarse en su pabellón, y salió de su albergue a pie «armé de harnas de jaune, vétu d'une robbe d'écarlate fourrée de martres zébelines et toute chargée d'orfévrerie, longue jusques aux pieds». Delante de él cabalgaban los gentiles hombres de su acompañamiento y a su lado dos nobles caballeros, Juan de Luna y otro de la casa del rey de Castilla; detrás era conducido un corcel cargado con las armas que debía vestir en la batalla. Así entró Lalaing en el campo, fue a hacer reverencia a los reyes y dirigió a Juan II las siguientes palabras:

> Très haut, très excellent, très puissant prince, plaise sçavoir à votre royale majesté que véez moi ci prêt et appareillé de faire, fournir et accomplir le contenu en mes chapitres, à l'aide de Dieu et de monseigneur Saint Georges, en vous réquerant, très haut, très excellent et très puissant prince, qu'il vous plaise à moi entretenir en toute bonne justice, ainsi comme j'ai ma parfaite fiance (capítulo XLIII).[5]

El rey de Castilla le respondió: «Messire Jacques de Lalaing, vous soyez le très bien venu, et je le farai volontiers». El caballero se dirigió a su pabellón y allí se armó, mientras sus acompañantes ocupaban sus sitios en los cadahalsos.

A continuación llegaron de ochenta a cien hombres más, armados con todas las piezas y provistos de lanzas cuya misión, junto con los dieciséis que habían comparecido antes, era guar-

dar el campo «de toutes opressions». Tras ellos hicieron su entrada diez gentileshombres que eran los guardas que debían retener a los campeones cuando fuera menester.

A las tres de la tarde llegó Diego de Guzmán, acompañado de gran número de caballeros y escuderos y llevando a la derecha a su hermano «messire Gonsalve de Gusman» y a la izquierda a «messire Philippe de Sul». Les seguían cuatro heraldos con las armas de los cuatro linajes de Diego (recuérdese que en el primer capítulo Jacques de Lalaing exigía que su adversario fuera «gentilhomme de toutes lignées»). Diego llegó ya completamente armado, hizo reverencia al rey y a la reina y se fue a su pabellón.

Entonces don Juan de Luna, hijo de don Álvaro, y «le maréchal Pedro de Heras» (sin duda el mariscal Pero García de Ferrera, bastardo de don Álvaro), jueces de la batalla, hicieron saber a los campeones que ninguno de ellos debía salir de su pabellón hasta que hubiese sonado el tercer toque de trompeta. A continuación las hachas y las espadas de los dos campeones fueron llevadas a presencia de los jueces, y se determinó «que la hache de Diego étoit de mal engin, et qu'elle n'étoit pas telle comme ès chapitres étoit contenu» (capítulo XLIV), y se le dio otra, pese a las protestas de «messire Philippe de Sul».

Acto seguido, y obedeciendo una orden del rey, se dio el primer toque de trompeta. Diego de Guzmán, atolondradamente, salió de su pabellón, pero sus consejeros le obligaron a entrar otra vez dentro de él. Lo mismo ocurrió al segundo toque, «et en fut le roi de Castille très mal content, et de l'échaffaud où il étoit, lui dit une laide parole et si haut que de chacun fut ouï».[6]

Al tercer toque de trompeta el caballero borgoñón salió al campo, se persignó y con el hacha en la diestra hizo la reverencia al rey y a la reina. Diego de Guzmán se acercaba altivamente con la visera bajada, y Jacques de Lalaing la llevaba levantada. Se jun-

taron y combatieron con las hachas, dándose tantos y tan fuertes golpes que los arneses despedían centellas.

Ahora nos es preciso tener en cuenta dos versiones de la batalla: la que nos ofrece el *Livre des faits de Jacques de Lalaing*, que hasta aquí he ido siguiendo, y la que figura en la *Crónica de Juan II*. Antes de narrar la batalla, la crónica castellana da los siguientes datos:

> En el comienzo deste año [1448], estando el rey don Juan en Valladolid, vino ende un caballero borgoñón, llamado micer Jaques de Lalaym, camarlengo y del consejo del duque Felipo de Borgoña, con una empresa, el qual demandó licencia al rey para la traer en su corte e para la defender en su presencia. El rey ge la dio graciosamente, y eso mesmo la dio a Diego de Guzmán, hermano de Gonzalo de Guzmán, conde Palatino, señor de Torija. Al rey plugo de le tener la plaza segura, e mandó hacer las lizas muy honorablemente en una huerta que es a las espaldas de San Pablo, donde el rey posaba, e allí las armas se hicieron a pie en un día del mes de hebrero del dicho año.

Al llegar a este punto es posible comparar el desarrollo de la batalla según aparece en el relato francés con la versión de la crónica castellana. El *Livre* narra lo siguiente:

> Messire Jacques de Lalain avisant la chaleur de son adversaire, tourna la pointe de sa hache d'en bas; si férit par trois coups l'un après l'autre dedans la lumière de Diego en telle manière, qu'il luit fit plaie en trois lieux au visage, jaçoit-ce-que messire Jacques eut la visière levée: si l'assèna du premier coup au sourcil sénestre, et l'autre au bout du front au cóte dextre, et le tiers le férit au dessus de l'oeil dextre; et depuis ne demeura guère la bataille d'eux deux, car Diego perdit sa hache par une secousse que messire Jacques lui fit. Puis quand celui Diego se sentit étre désarmé de sa hache, vint vivement, bras étendus, par devers messire Jacques, pour le venir prendre par le corps et l'emporter hors des lices, comme il avoit intention de faire, et aussi comme il s'en étoit vanté deux mois paravant; mais messire Jacques percevant l'intention de son adversaire, afin que de plus près ne l'approchât, étendit le bras sénestre, et de son poing il rebouta celui Diego. En ce faisant jeta sa hache jus en le sablon, et mit le main à l'épée pour la tirer dehors. Lors le roi de Castille voyant que le plus bel des armes étoit apparent plus à l'un côté qu'à l'autre, jaçoit-ce-que tous deux avoient bien fait, jeta son bâton en bas, qui fut signifiance que les armes étoient accomplies. Alors les gardes du champ à ce ordonnés, se mirent entre deux et prirent les deux champions et les menèrent chacun en son pavillon (capítulo XLV).[7]

En la *Crónica de Juan II* la batalla propiamente dicha se relata del siguiente modo:

> E a Diego de Guzmán fue hecho un grande engaño en esta guisa: que como él oviese de combatir con un bacinete muy descarado que había seydo de Juan de Merlo, él le mandó añadir una pieza de tres dedos la qual se hizo a sabiendas de fierro tan blando, que cada golpe que micer Jaques le daba con el cuento de la hacha, ge lo pasaba de tal manera, que Diego de Guzmán fue mucho ferido en la frente, e con la mucha sangre que le salía estaba poco menos que ciego. Con todo eso Diego de Guzmán dejó su hacha, e por fuerza tomó a micer Jaques la suya de las manos, e tomólo por el cuello, y es cierto que si el bastón entonces no se echara, según la gran ventaja que de fuerza tenía Diego de Guzmán al borgoñón, como quiera que era mucho más alto que él, e según la ventaja que en luchar tenía, sin dubda lo derribara; pero el rey echó en este punto el bastón, e los que por su mandado estaban para los despartir, los despartieron luego, e así las armas fueron acabadas, e cada uno dellos se fue a su pabellón.

Si comparamos los dos relatos advertiremos que, a pesar de que cada uno de ellos es favorable a un caballero distinto, como es natural, la versión que se extrae de la batalla es muy similar. El texto castellano da exclusivamente la noticia de que el bacinete de Guzmán —que había sido del gran caballero Juan de Merlo, de quien trataremos más adelante— era deficiente y que le hizo añadir una pieza que «a sabiendas» se hizo de hierro más blando. Este detalle, que puede ser cierto, es una especie de justificación de lo que ocurrirá luego. Tanto el texto francés como el castellano afirman que Lalaing daba a su adversario con la contera del hacha, que le golpeó en la cara y sobre todo en los ojos. Según el texto francés Guzmán «perdió su hacha» a consecuencia de un golpe de Lalaing; según el castellano, la «dejó» y tomó la de su adversario; y ambos relatos están conformes en que Diego se dispuso a coger a Jacques y echarlo fuera del campo, con lo que el castellano hubiera quedado vencedor. El rey intervino entonces tirando el bastón en el campo.

Que el texto de *Le livre des faits de Jacques de Lalaing* no deriva de la *Crónica de Juan II* lo demuestra, entre otros detalles, el de la localización de la batalla en Valladolid, ya que «la place des fréres

prédicateurs», o sea de los Dominicos, corresponde exactamente, en aquella ciudad, a «las espaldas de San Pablo», como dice el relato castellano. Si el anónimo francés se hubiera basado en la crónica no habría dado la misma localización desde un punto de vista distinto. Así pues, el *Livre* y la *Crónica* son independientes, pero ambos nos informan del mismo hecho con notable semejanza en los detalles esenciales, aunque, como es lógico, en actitud parcial respecto a los caballeros adversarios.

Diego de Guzmán era, como ya hemos visto por la *Crónica de Juan II*, hermano de Gonzalo de Guzmán, conde Palatino. Eran hijos de Pedro Núñez de Guzmán y de María de Avellaneda, señores de Torija. Gonzalo de Guzmán ya se había distinguido en 1428 al vencer al caballero navarro mosén Luis de Falces, que se había presentado en la corte de Castilla con una empresa. En cuanto al caballero que luchó contra Jacques de Lalaing, es posible que se trate del mismo Diego de Guzmán que combatió al lado de Juan II de Aragón contra los partidarios del príncipe de Viana y que en febrero de 1461 defendía el castillo de Fraga. Contra este Diego de Guzmán fray Pero Martínez escribió, en catalán, una violentísima poesía tachándole de cobarde por haber huido de Fraga. Mosén Diego de Valera, en el *Memorial de diversas hazañas*, dice que en el asedio de Barcelona por Juan II de Aragón, en 1472, «fue muerto de un tiro de pólvora el noble y esforçado caballero Diego de Guzmán, hermano del conde don Gerónimo de Guzmán».

La *Crónica de Juan II* da fin al episodio entre Diego de Guzmán y Jacques de Lalaing añadiendo los siguientes datos:

> y el rey hizo mucha honra a este caballero borgoñón. E otro día después de las armas, le embió el rey una ropa rozagante suya de muy rico brocado carmesí forrada de cevellinas, e un caballo de la brida muy grande e muy hermoso; el qual se detuvo en la corte doce o quince días después de hechas sus armas, en el qual tiempo rescibió muchas fiestas y honras, así del Maestre e Condestable como de los otros grandes señores que por entonces en la corte estaban.

El *Livre des faits de Jacques de Lalaing* narra que, así que acabó la batalla, el caballero borgoñón se presentó a Juan II y, de rodillas, le pidió licencia para romper cuatro lanzas, «pour l'amour et faveur de ma dame»; pero el rey no se la otorgó porque consideró «les armes de pied et de cheval pour faites et accomplies». Acto seguido el rey y don Álvaro de Luna descendieron del cadahalso y el monarca hizo que Diego de Guzmán y Jacques de Lalaing se tomaran de las manos y les dijo que era su voluntad que desapareciera de entre ellos todo rencor, que se perdonaran mutuamente y que en adelante fueran «comme frères et bons amis». Los dos caballeros obedecieron gustosamente al rey, y luego montaron a caballo «et saillirent hors des Tices eux deux ensemble, prenant l'un l'autre par la main, et allèrent ainsi jusques au partir le chemin que chacun tourna en son logis».

Aquel mismo día el Condestable de Castilla ofreció una cena a los dos campeones, a la que asistieron sus acompañantes y gran número de caballeros. Dice el anónimo autor del *Livre* que «des mets et entremets desquels ils furent servis, ne quiers à parler; car tout ce que pour ce jour on put trouver, pour or ne pour argent, rien n'y fut épargné» (capítulo XLVI). Al acabar la cena Jacques de Lalaing observó que Diego de Guzmán no se despedía de él, y preocupado por tal actitud se quedó dos o tres días en Valladolid. El lunes siguiente (o sea, el 5 de febrero) Diego de Guzmán requirió al caballero borgoñón para romper cuatro lanzas. El castellano procedió de acuerdo con lo que disponía el octavo de los capítulos de Jacques de Lalaing: «Que les dites armes à pied dessus déclarées, faltes et accomplies, au cas que le plaisir de mon compagnon, sera de faire armes a cheval, et me voudra de ce requerre, je serai prêt le tiers jour aprés ensuivant, pour le délivrer ce jour autant de courses de lances qu'il lui plaira»[8] (capítulo XXXII). Jacques respondió que estaba dispuesto a hacerlo, pero que se atenía a las órdenes del rey. Juan II, al enterarse de ello, dijo que no daba licencia para una nueva batalla. Unos seis

días más tarde, Diego de Guzmán, acompañado de su hermano el conde don Gonzalo y de varios caballeros y escuderos fueron al albergue de Jacques de Lalaing. Diego dijo a Jacques:

> Monseigneur mon frère et mon ami, quelque chose qu'il soit, ni qu'on vous puisse avoir dit ou rapporté, mon frère et moi et tous nos parents et amis sommes du tout à votre commandement, pour à vous et aux vôtres faire service et plaisir; car je vous sçais être si gentil chevalier et si bien renommé, que tous chevaliers et écuyers sont tenus de vous faire tout honneur, et en ce faisant ne pourroient fors acquerre bonne louange.[9]

A lo que Jacques de Lalaing respondió:

> Monseigneur mon frère et mon ami, du grand honneur et plaisir qu'il vous a plu faire à la maison d'ou je suis, de moi avoir délivré de mon emprise, je vous en mercie; si croyez certainement que nous de notre maison de Lalain, ensemble nos parents et amis, et moi spécialement suis et serai tenu et obligé toute ma vie à vous et aux vôtres.[10]

Acto seguido se abrazaron los dos caballeros y celebraron su definitiva reconciliación con vinos y especias. Diego de Guzmán regaló al borgoñón «un beau coursier couvert d'une couverture de Batin cramoisi», y al día siguiente Lalaing correspondió enviando al caballero, por medio del heraldo Luxembourg, «un moult beau destrier, lequel il fit enseller et couvrir d'une riche houssure de velours bleu, toute chargée d'orfévrerie, et la selle de velours violet».

Siete días más tarde, después de haberse despedido de los reyes de Castilla, Jacques de Lalaing salió de Valladolid y, tras unas breves estancias en Medina del Campo y en Madrigal, volvió a Navarra. De Tudela pasó a «Massilles», o sea Marcilla, donde lo alojó mosén Pierres de Peralta; y de allí a «Olit», Olite, y a «Tafailles», Tafalla, «là où le prince et la princesse de Navarre se tenoient et étoient à séjour» (capítulo XLVIII). Aquí se quedó cinco días, hasta que se trasladó a Zaragoza a fin de visitar al rey de Navarra, regente y gobernador de Aragón, acompañado de «plusieurs nobles hommes du pays de Navarre, et spécialement le

grand écuyer d'écuyerie nommé Jemmédis». Se albergó en Zaragoza en un «logis nommé le Bouticle de fonde, qui est lieu pour loger les princes et seigneurs de grand'magnificence» (tal vez se refiere a una calle de Zaragoza que se llamaba de las Botigas Fondas). Lalaing le pidió licencia para que los caballeros del reino de Aragón pudiesen tocar su empresa, pero el rey contestó al día siguiente que no accedía porque su nuera era sobrina del duque de Borgoña, aunque le autorizaba para luchar con caballeros que no fueran naturales de los reinos de Navarra y de Aragón.

El lunes de Pascua (aquel año cayó el 25 de marzo) Jacques de Lalaing salió de Zaragoza y fue a Lérida, «et tant chemina et fit par ses journées, qu'il arriva à l'abbaye de Notre Dame de Montserrat», donde pasó la noche, y al día siguiente llegó a Barcelona, donde estaba la reina de Aragón, «femme du roi don Alfonse, pour lors régente de la comté de Barcelonne et de Roussillon», o sea doña María de Castilla, la esposa de Alfonso el Magnánimo, que entonces residía en el reino de Nápoles. La visitó al día siguiente renovando su deseo de defender su empresa, pero la reina le respondió que no accedía «pour ce qu'elle veut de tout son pouvoir entendre à entretenir la grand'amour et grand'alliance qui est entre son très cher et bien aimé cousin de Bourgogne et elle, car ainsi plaît à son seigneur et mari le roi d'Arragon» (capítulo XLIX).

Al día siguiente la reina envió a Jacques de Lalaing dos nobles caballeros para rogarle que no llevara la empresa, porque había en Barcelona extranjeros que podrían tocarla, «laquelle chose jamais elle ne voudrait souffrir, ni bailler place pour accomplir leurs armes». El borgoñón, con suma cortesía, respondió que no podía acceder, ya que ello se podría interpretar como cobardía por su parte. Pero como la reina le volvió a enviar otra embajada en el mismo sentido, Jacques de Lalaing se despidió de ella y salió de Barcelona al día siguiente. Perpiñán fue la última ciudad

de los reinos españoles visitados por el caballero, que, dejando los dominios del rey de Aragón, llegó a Narbona.

Ya se ha indicado que dos veces Lalaing luchó contra un caballero siciliano llamado Juan de Bonifacio, combates de los que dan amplia información las *Mémoires* de Olivier de la Marche y el anónimo *Livre des faits de Jacques de Lalaing*. La primera ocurrió antes de la estancia del joven borgoñón en España. Narra el *Livre* que «un chevalier sicilien, de l'hôtel d'Alphonse, roi d'Arragon, nommé messire Jean de Boniface, homme de bonne renommée, très expert et vaillant en armes, se partit de la cour du roi d'Arragon, son seigneur» (capítulo XXIII), o sea, de Nápoles, y, en demanda de aventuras, llegó a Amberes el 26 de setiembre de 1445, ciudad por la que se exhibió «portant à sa jambe senestre un fer, à manière et façon d'un fer que portent les esclaves, pendant à une chainette d'or». Olivier de la Marche, que, confundiendo los reinos españoles, dice que Juan de Bonifacio era «un chevalier du royaume de Castille, serviteur du duc de Milan Philippe Maria», puntualiza «qu'il portoit sur sa jambe senestre un fer d'or dont il estoit enferré, qui le prenoit au bas de la jambe; et estoit soutenu celuy fer d'une chaisne d'or qui se prenoit au long de la jambe, et dessus le genouil avoit une main, issant d'une nuée, qui tenoit la-dicte chaisne» (I, capítulo XIV). Jacques de Lalaing, que entonces sólo era escudero, deseoso de combatir con aquel caballero siciliano, pidió consejo al rey de armas de la orden del Toisón, llamado Toison-d'Or, quien le indicó que ante todo debía solicitar la venia del duque de Borgoña, lo que fácilmente obtuvo de su canciller, pues el duque estaba ausente. El rey de armas Toison-d'Or visitó a Juan de Bonifacio y le transmitió los deseos de Jacques de Lalaing. Las entrevistas fueron en extremo corteses y amistosas, y se esperó que el duque de Borgoña llegara a Amberes. Ante Felipe el Bueno Jacques de Lalaing

tocó la empresa del siciliano, y éste le envió sus capítulos para hacer armas a caballo y a pie. El duque de Borgoña, juez de la batalla, dispuso que ésta se celebrara en Gante el 15 de diciembre. El primer día lucharon a caballo, hasta el anochecer: Juan de Bonifacio rompió tres lanzas y Lalaing sólo dos, pero en cambio le dio más veces e incluso lo dejó sin sentido, durante un momento, de un gran golpe que le descargó en el yelmo. «Ainsi se passèrent les armes à cheval, à l'honneur de deux parties», dice el *Livre* (capítulo XXVIII). Al día siguiente volvieron los dos adversarios a la liza, esta vez a pie, y antes de empezar el combate Jacques de Lalaing se hincó de rodillas ante el duque de Borgoña y le pidió que lo armara caballero, lo que le fue concedido inmediatamente, pues Felipe el Bueno le dio el espaldarazo y le dijo: «Bon chevalier puissiez vous être, au nom de Dieu, de Notre Dame et de monseigneur Saint George!» (capítulo XXIX). Los dos caballeros lucharon primero con lanzas y después con hachas; y cuando Jacques de Lalaing logró que su adversario perdiera el hacha, el duque de Borgoña tiró su bastón en la liza para suspender la contienda y declaró que ambos se habían comportado valientemente. Los dos regresaron a sus albergues, y los borgoñones celebraron fiestas en honor del caballero siciliano. Ya sabemos que el año siguiente Jacques de Lalaing partió para España en demanda de aventuras.

En 1449 Juan de Bonifacio se presentó de nuevo en Borgoña para combatir en el Pas de la Fontaine des Pleurs, defendido por Jacques de Lalaing. Ahora Olivier de la Marche le llama «chevalier arragonnois» (I, capítulo XXI). Iba lujosamente armado y llevaba una empresa en la que se leía: *Quia belle done, la garde bien*. La batalla a caballo quedó indecisa; pero cuando al día siguiente combatieron a pie, Jacques de Lalaing derribó al siciliano y fue declarado vencedor. Juan de Bonifacio se vio obligado, según lo dispuesto en los capítulos del paso, a llevar durante un año un brazalete de oro cerrado con un candado, que podía ser abierto

por la dama o doncella que poseyera su llave. «Lequel chevalier de Boniface le reçut moult agréablement, et le portoit, comme raison étoit; mais qui fut la dame ou la damoiselle qui le déferma —confiesa el autor del *Livre*—, n'est pas venu à ma connaissance» (capítulo LXVI). Tiempo después, acabado el paso, cuando se repartieron los premios a los caballeros que mejor habían luchado en él, se concedió a Juan de Bonifacio una lanza de oro, que se le envió a Lombardía, donde a la sazón se encontraba el siciliano (capítulo LXXVIII).

Juan de Bonifacio se vio obligado, pues, no por voto caballeresco voluntario sino por imposición de su vencedor en el Pas de la Fontaine des Pleurs, a llevar un brazalete de oro del cual no tenía que liberarle un caballero luchando sino la desconocida dama o doncella que poseyera la llave con que abrirlo. Ya hemos visto que en 1445 llegó a la corte de Borgoña arrastrando una cadena al estilo de lo que en 1434 había hecho Suero de Quiñones al defender el Passo Honroso; y sospecho que la imitación es consciente porque existen unos capítulos sobre un paso que quería defender Juan de Bonifacio, sin fecha y distintos de los que figuran en el *Livre des faits de Jacques de Lalaing* (capítulo XXVI), conservados en texto catalán, que podría ser originario, donde Juan de Bonifacio, «stant en la ciutat de Cathània», convoca a todos los caballeros y gentileshombres «de casa coneguda» a un paso y afirma en el preámbulo que ha oído decir «qu'en la cort del molt alt e molt poderós e magníffich senyor el rey de Castella e de Lleon trobaria qui·m deliuràs», o sea «encontraría quien me liberase».

He reunido casos de la empresa del brazalete rigurosamente históricos, acometidos por caballeros de carne y hueso, desde 1431 a 1449. En 1455 se fecha la novela de Antoine de la Sale *Jehan de Saintré* (o *Le Petit Jehan de Saintré*), narración sobre la biografia de un caballero totalmente imaginario, que jamás existió y que lleva a término muy verosímiles hazañas militares que no

ocurrieron nunca. Cuando Jehan de Saintré llega a los veinte años, su generosa protectora, la joven viuda des Belles Cousines, le induce a emprender la vida caballeresca luciendo un rico brazalete de oro, adornado con preciosa pedrería, y le dice:

> Et quant vostre bracelet sera parfait, la nuyt de ce premier jour de may, qui sera briefment, vous venrez yci a moy et je le mectray en vostre braz la premiere foiz, et le jour ensuivant vous le porterez par l'espace d'un an, se en cellui temps vous n'avez trouvé aucun chevalier ou escuier de nom et d'armes sans repreuche qui pour acomplir vostre emprise a cheval ou a pyé le vous ait osté… Je loe et veul que avant vostre partement un mois vous envoiez un roy d'armes ou herault a la court, premiers, du roy d'Arragon, puis a celle du roy de Navarre, qui sont des Espaignes les premiers, puis a celle du roy de Castille et puis du roy de Portingal, qui sons quatre roys crestiens, presenter les lectres de voz armes, se vraiement il n'ait trouvé a l'une des premiers cours auncun chevalier ou escuier, tel que dit est, qui ait emprins de vous delivrer…[11]

Como puede verse, la novela parece seguir paso a paso la aventura juvenil de Jacques de Lalaing, cuyo itinerario por España es exactamente igual que el que la joven viuda traza a Jehan de Saintré, aunque en sentido inverso. Con el brazalete en el brazo izquierdo y con un lucido acompañamiento, Jehan de Saintré emprende su viaje, y al llegar a Aviñón se entera de que un caballero catalán, Enguerrant de Servillon (corrupción evidente del real En Guerau de Cervelló), ha decidido liberarle de la empresa del brazalete y le espera en Barcelona para luchar con él, y que el rey de Aragón ha aceptado ser juez de la batalla. En Barcelona es acogido con grandes muestras de cortesía, principalmente por su rival Enguerrant de Servillon, que admira la apostura y la juventud de Jehan de Saintré y lo lleva a presencia del rey de Aragón, el cual cumple con el formulismo de preguntarle si el brazalete es su empresa y a Enguerrand le otorga permiso para liberarlo. Durante quince días Jehan es festejado en la corte de Barcelona. Llegado el día del combate el rey envió, para que acompañaran y honraran al joven caballero francés, al conde de Cardona, a «don Fedrich de Lune, messire Arnault de Parreillos

et messire François de Moncade», y La Sale describe toda la suntuosidad de las lizas, los cadahalsos con la reina y las damas, el armamento y emblemas de los caballeros, la actuación de reyes de armas, heraldos, persevantes, trompetas y ministriles, pelaje y adornos de los corceles. Se narra el combate, con menos prolijidad que en las crónicas y libros históricos, del que Jehan de Saintré es considerado el vencedor —no en vano es el héroe de la novela—, y siguen grandes muestras de cortesía y cariño entre los dos rivales, que se intercambian ricos presentes (un rubí y un diamante); y el caballero francés llega al extremo de regalar su precioso brazalete de oro a «madame Alienor de Cardonne, femme de messire Enguerrant», la cual no quiere aceptarlo, pero ha de ceder cuando se lo ruega la reina de Aragón, quien, personalmente, se lo pone en su brazo. Antes de partir para Francia Jehan de Saintré recibe del rey de Aragón un corcel pullés y dos hermosos caballos andaluces, de la reina ricas telas, de Alienor de Cardonne una cadena de oro y de su marido Enguerrand un corcel de España y un caballo andaluz, cada uno con un paje moro vestido a la morisca; del conde de Cardona una vajilla de plata; de don Federich de Luna tres ballestas y otras armas; de messire Arnault de Perillos un moro negro ricamente ataviado; de messire François de Moncade tres arneses completos, una espada y un turco, con su mujer y sus dos hijos, todos ellos buenos obreros de seda, etc.

Antoine de la Sale, de quien tendremos que volver a hacer mención, demuestra en estas páginas del *Jehan de Saintré* buen conocimiento de Barcelona, y sabe infundir realismo al episodio al llenarlo de personajes con nombres que corresponden a los más ilustres de la nobleza catalana del siglo XV. Levemente desfigurados, porque de hecho se trata de una novela, presenta a Guerau de Cervelló, Arnau de Perellós, Francesch de Montcada, los condes de Prades, de Cardona y de Urgel y a doña Elionor de Cardona. Frederich de Luna es un evidente eco del nieto de Martín

el Humano, Federico, conde de Luna. Esta técnica consistente en dar realismo a una ficción novelesca a base de la elección de nombres de personas reales y contemporáneas se encuentra también en las novelas catalanas *Curial e Güelfa y Tirant lo Blanc*.

La empresa del brazalete, que sirvió a Anthoni de Mont Aperto, a Jacques de Lalaing y a Juan de Bonifacio para novelizar sus reales afanes caballerescos, ha servido a Antoine de la Sale para dar una nota de realismo a las aventuras de su fingido Jehan de Saintré.

Los españoles y los caballeros de «l'écu vert à la Dame Blanche»

Aunque también se trata de la biografía de un caballero contemporáneo es muy distinto del *Livre des faits de Jacques de Lalaing* el *Livre des faits du bon messire Jean le Maingre, dit Bouciquaut*, ya que el almirante de Francia Jean le Meingre, llamado Boucicot (nacido hacia 1364 y muerto en 1421), fue un gran jefe de tropas que intervino en numerosas guerras y gobernador francés de Génova; y el *Livre* a él dedicado, por otra parte, insiste mucho en aspectos morales y religiosos y pretende hacer del biografiado una especie de dechado del perfecto caballero cristiano. Boucicot en varias ocasiones estuvo en relación con los reyes de Aragón, sobre todo por lo que afecta a problemas referentes a Génova. Añadamos que en 1399 Dalmau de Darnius, escudero de mesa de Martín el Humano, quiso incorporarse a la escuadra de Boucicot que iba a socorrer Constantinopla a fin de servir a Dios, al rey de Francia y conquistar fama y honor; y que el 11 de junio de 1415 Fernando I, el de Antequera, firmó en Valencia un salvoconducto para que «Johannes le Meingre, dictus Bousiquaut», mariscal de Francia, pudiera ir en peregrinación a Santiago de Compostela. Según narra el *Livre*, en 1399, Boucicot, consciente de las quejas de muchas damas, doncellas y viudas, oprimidas por hombres poderosos que las querían desposeer de sus tierras y de sus honores, y que no encontraban ningún caballero ni escu-

dero que defendiera sus justas causas, el mariscal, lleno de sentimiento de compasión y de caridad, decidió fundar una orden de trece caballeros, quienes, en demostración de la empresa a que se habían juramentado debían llevar un brazal «d'or esmaillée de vert atout une dame blanche dedans»[12] (*Livre* I, capítulo XXXVII). Después de haber jurado, los trece caballeros firmaron una larga carta, que fue divulgada por todo el reino de Francia —y más allá de sus fronteras, como veremos luego— para que las damas y las doncellas se enteraran de que contaban con tales valedores. En esta carta se expone el articulado de la nueva orden de caballería: las damas y doncellas «de noble lignée» que se consideren víctimas de opresión e injusticia podrán requerir a uno o a varios de los caballeros «de l'écu vert à la Dame Blanche», y el requerido, o requeridos, deberán luchar personalmente contra los opresores dejando aparte cualquier otra empresa en que se encuentren ocupados. Pero en esta carta o articulado de la orden más que de su objeto principal —defensa de mujeres desvalidas — se trata de la obligación que se imponen los trece de «l'écu vert à la Dame Blanche» de ofrecerse a liberar a cualquier caballero que, habiendo hecho un voto, los requiera para luchar ante juez idóneo. La carta va firmada el 11 de abril de 1399 en primer lugar por Charles d'Albret, primo hermano del rey de Francia, por el mariscal Boucicot, creador de la orden, por su hermano Geffroi y por François d'Aubrecicourt, Jean de Lignères, Chambrillac, Castelbayac, Gaucourt, Chasteaumorant, Betas, Bonnebaut, Colleville y Torsay (*Livre I*, capítulo XXXVIII).

En noviembre de 1400 se encontraba en París el caballero catalán Pere de Cervelló, militar de cierto relieve, pues había luchado en las campañas de Sicilia de 1393 y 1398, y recibía, el 19 de aquel mes, una cortés y elegante carta de requerimiento de batalla firmada por el joven bretón Guillaume du Chastel, que pronto será uno de los caballeros más famosos de Francia. Guillaume du Chastel, en su primera carta, dice que ha sabido que

Pere de Cervelló ha llegado al reino de Francia para ganar honor en armas y que ha dicho que, antes de presentarse al rey (Carlos VI), requerirá a todos los caballeros de «l'écu à la Dame Blanche». Guillaume du Chastel le suplica que, junto con un compañero que escoja, luche con él y otro compañero, ya que el joven bretón desea recibir en lugar honorable la orden de caballería. Al día siguiente, Pere de Cervelló contestó a Guillaume du Chastel: en efecto, él está en París dispuesto a cumplir el voto que hizo el pasado domingo de Pentecostés —el 6 de junio de 1400— ante su rey, Martín el Humano, estando la corte en Barcelona, voto consistente en hacer armas contra dos de los caballeros de «l'écu vert à la Dame Blanche», pero que no lo puede llevar a término hasta haber dado fin a otra batalla que tiene concertada con Ponç de Perellós. Documentación de archivo nos atestigua que en diciembre de 1399 Martín I escribió una carta al veguer de Barcelona ordenándole que prendiera y arrestase al noble Ponç de Perellós, quien se ha ausentado de la corte sin su licencia y se ha encaminado al reino de Francia para hacer y cumplir ciertas armas. Pere de Cervelló, que debió de luchar en Francia con su paisano Ponç de Perellós, y que aspiraba a combatir después con dos de los caballeros de «l'écu vert à la Dame Blanche», siguió su correspondencia caballeresca con el joven Guillaume du Chastel, y se acordó que el catalán, por su condición de requerido, buscara juez y plaza para la celebración de la batalla. Se negó a ello Martín el Humano, pero aceptó complacido Enrique III de Castilla, quien les asignó el 15 de setiembre de 1401 en la ciudad de Segovia mediante la presente carta citatoria:

> Don Enrique, por la gracia de Dios rey de Castilla, de León, e de Toledo, e de Sevilla, de Córdova, e de Murcia, de Jaén, e del Algarve, de Algezira, e señor de Vizcaya e de Molina, a vos, mi caro e bien amado mossén Pere de Cervelló, salut e gracia. Sepades que por letras vuestras, las quales me truxo En Ramón de Conesa, he supido en como es concordado batalla a ultrança entre vos e Guillem del Castel, segunt parece por letras o cédulas sagelladas de vuestras armas de vosotros ambos, que me fueron mostradas. E por quanto vos me fazedes supplicación que

yo quiera ser juez entre vosotros e tenga la plaça segura, e el dicho En Ramón axí lo ha supplicado de vuestra parte; e porque en las cédulas del dicho Guillem, selladas a sus armas, parece que a él plaze que sea axí; por ende, pues vosotros Boes concordes en ello, a mí plaze de vos tener la plaça segurament a vosotros e a vuestros compañeros. E vos assigno plaça por esta mi carta que a XV días del mes de setiembre primero que viene, seades con vestros compañeros en la mi ciudat de Segovia, que allí fallaredes la plaça fecha e segura per a la dicha batalla que entre vosotros es concordada. En certidumbre de lo qual vos envío con Aragón, heraut, esta mi carta, firmada de mi nombre e sellada con mi sello. Otra tal envío a Guillem del Castell, porque amos a dos lo sepades e seades apercebidos del término que a la dicha batalla con vestros compañeros devedes venir. Dada en la villa de Dueñas, a XIIII días de mayo, año de la Nativitat de nostro Señor M CCCC I. Yo, Ruy López, la escreví por mandato de nuestro señor el Rey. Yo, *el Rey*.

Guillaume du Chastel solicitó a Enrique III salvoconducto para trasladarse a Segovia con doscientas personas y doscientos caballos, numeroso séquito que, si lo encontráramos en una novela, sin duda lo consideraríamos exagerado. Ignoro si Pere de Cervelló y Guillaume du Chastel llegaron a combatir; no obstante ambos adversarios están documentados años después: Pere de Cervelló intervino activamente en los sanguinarios bandos de Valencia, al lado de los Solers y contra los Centelles; formó en la expedición a Cerdeña de 1409 que culminó con la batalla de San Luri y se halló presente en aquella tan discutida escena en que Martín el Humano, moribundo en el monasterio barcelonés de Valldonzella, fue requerido para que sus reinos los heredase quien en justicia debía poseerlos. Guillaume du Chastel, ya almirante de Bretaña, se distinguió por sus arriesgadas expediciones a islas y costas inglesas; en 1402 se hizo muy famoso en una celebrada justa entre siete franceses y siete ingleses, y murió dos años después en un temerario desembarco en Darmouth. *El victorial* de Pero Niño nos ofrece un excelente retrato de este caballero:

Mosén Guillén del Castel, el noble e muy baliente caballero… fue natural de Breñón. Era bretón bretonante. Llaman bretonante al que es bretón, que non es mezclado de otra naçión ni lengua… Era señor de una grand baronía que llaman el Castel. Era hombre muy alto de cuerpo, e de grand fuerza, e muy fermoso de su presona. Era muy baliente; entró en canpo muchas vezes, tantos por tantos, ansí en armas secretas como a todo tranze. Tan baliente era, guando era en los

> canpos armado, e tan ligero andaba, como si non truxese armas ningunas. Tanto se atrebía en su balentía, que muchas vezes en los canpos acometía al que le caya en suerte de lo tomar a manos. Entró en una vatalla de siete por siete, e los otros contrarios eran yngleses, e fue bençedor él e sus compañeros…

Tiempo después, estando Pero Niño en Ruán, le llegó una carta, de París, de seis caballeros del duque de Orleans, en la que le hacían saber que «mosén Ponze En Perellós trae la Dama blanca bordada en su ropa, e un brazal de oro…». Nos encontramos de nuevo con el caballero Ponç de Perellós, el adversario de Pere de Cervelló, y advertimos que el primero de estos dos caballeros catalanes ostenta el emblema de los de «l'écu vert à la Dame Blanche». Se desprende que los seis caballeros del duque de Orleans han sido retados por Perellós y otros seis, defensores de la Dama Blanca; y por esta razón suplican a Pero Niño que quiera ser el séptimo, ocupando precisamente el lugar que perteneció «al noble cavallero mosén Guillén del Chastel, al qual Dios faga merçed, que murió en Cornualla, en guerra, como buen cavallero». Pero Niño aceptó con entusiasmo, pero cuando todo estaba preparado para la batalla, cesó la discordia que había entre los duques de Orleans y de Borgoña, y se suspendió el combate de siete contra siete. El hecho de que Ponç de Perellós, fugitivo de la corte de Martín el Humano, fuera chambelán y consejero de Juan Sin Miedo explica las razones de por qué, en tierras de Francia, estuvieran a punto de luchar, en campos adversos, Pero Niño y el catalán.

Aludía antes a la técnica consistente en dar realismo a una narración novelesca sobre la base de la elección de nombres de personas reales, a las que se les atribuyen lances y situaciones imaginarios, aspecto bien patente en el *Jehan de Saintré* de Antoine de la Sale. Lo mismo ocurre a todo lo largo de la novela anónima catalana *Curial e Güelfa* (escrita entre 1435 y 1462), donde los nombres de los caballeros italianos, catalanes y aragoneses responden a este criterio. Cuando Curial, el protagonista, llega a

un convento francés, las monjas que han profesado en él ostentan nombres muy ilustres: Johanina de Barbó, Gileta de Berri, Violant de la Sparra, Ysabel de Bar, Blanca de Bretanya, Caterina d'Orleans, Matta d'Armanyach, Beatriu de Foix, y la priora se da a conocer del siguiente modo: «Jo he nom Yoland le Mengre, e he dos germans apellats lo un Johan le Mengre, en altra manera mossèn Bociquaut, l'altre ha nom Rubín le Mengre, cavallers assats de bon renom». El mariscal Boucicot, aparecido así tangencialmente en el relato, da a esta novela caballeresca una nota más de realidad. En el segundo libro del *Curial* el protagonista, poco después de haber salido del citado convento de monjas, lucha contra un caballero que quería apoderarse de Festa, la doncella que acompasaba a Curial, y lo vence y lo deja sin sentido. La priora le dice que el vencido es Bertrán del Chastell, «el caballero más valiente y más fuerte del reino de Francia». Años más tarde, en el tercer libro de la novela, Curial, estando en Angers, es requerido por «un caballero de Bretaña, muy valiente, llamado Guillalmes del Chastell», quien, «tanto por fama como de hecho era el más fuerte y el más valiente caballero que se pudiera encontrar en todo el reino de Francia, e incluso en Inglaterra no tenía par ni igual». Desafía a Curial porque otrora venció a su hermano Bertrín, y la batalla entre Guillalmes del Chastell y Curial se da en Londres, ante el rey de Inglaterra, y el héroe de la novela mata al valiente bretón.

Aquel valeroso Guillaume du Chastel, que tan buen recuerdo dejó y que murió en un arriesgado desembarco en las costas inglesas, como ya hemos visto que celebraba elogiosamente *El victorial* de Pero Niño, aparece en el *Curial e Güelfa*, con su propio nombre, su condición de bretón y su prestigio en Francia e Inglaterra, y aunque fuerte y valeroso, se da como enemigo del protagonista de la acción, quien lo vence y lo mata precisamente en Londres. Anotamos, así, un nuevo caso de ingerencia de elementos reales en la novela, aunque convenientemente desfigura-

dos, sin duda con una intención que se nos escapa, pues el anónimo autor del *Curial e Güelfa* es difícil de situar en un ambiente concreto. Ya veremos más adelante que un hermano de Guillaume du Chastel, pero que no se llamaba Bertrán sino Tanneguy, participó en un famoso hecho de armas celebrado en Valencia en 1407.

Un novelista vive novelescamente

El novelista valenciano Johanot Martorell (nacido, seguramente en Gandía, en 1413 o 1414 y muerto en 1468), autor principal del *Tirant lo Blanc*, vivió con intensidad el excitante ambiente de las peleas, desafíos y batallas singulares a que estaban entregados los caballeros valencianos de su época. Galcerán Martorell, hermano mayor del escritor, concertó batallas clandestinas con Manuel de Vilanova y con el gran poeta Ausías March, su cuñado (su primera mujer fue Isabel Martorell), motivadas por cuestiones de pundonor y de propiedades de tierras. En la biografía de Johanot Martorell se destacan los sucesos ocurridos entre 1437 y 1439, que conocemos gracias a un extenso debate epistolar caballeresco y a algún documento de archivo, reveladores no tan sólo del temperamento del novelista sino también de un fondo de realidad que emerge en la ficción del *Tirant lo Blanc*. El 12 de mayo de 1437, estando en Valencia, Johanot Martorell, por medio de Desirós, persevante del infante don Enrique (hermano de Alfonso el Magnánimo), envió a su primo Johan de Monpalau una «lletra de requesta de batalla a ultrança», es decir, de requerimiento a combate singular «a todo trance», o sea a muerte. Martorell acusa a su primo de que, amparándose en el parentesco estrecho que existe entre ambas familias, lo que le permite tener siempre abiertas las puertas de la casa de su padre (Francech Martorell) y la suya, Johan de Monpalau ha dado palabra de matrimonio a Damiata, hermana del novelista, y le ha robado su honor y la ha manchado deshonestamente. A fin de que tal maldad y deslealtad no quede impune, Martorell requiere a

su primo al juicio de Dios, dispuesto a luchar con él a pie o a caballo, con armas ofensivas y defensivas iguales, y le concede la potestad de buscar un juez imparcial que les otorgue liza segura y les deje luchar hasta que uno de ellos quede muerto o vencido. Si Monpalau no quiere buscar juez, ya lo buscará Martorell.

No se trata de una veleidad caballeresca ni del simple deseo de luchar para lucimiento o para avezarse en el uso de las armas, como hacían tantos otros. Johanot Martorell quiere llevar a las lizas a su primo porque éste, tras haberle dado palabra de matrimonio, ha abusado de su hermana Damiata, situación bien real, reflejada tantas veces en la novela, de matrimonio secreto y bajo juramento, tan corriente antes de las disposiciones del Concilio de Trento. A los cuatro días, el 16 de mayo, Johan de Monpalau, siempre por medio de Desirós, responde, también desde Valencia, a Johanot Martorell. Tajantemente le replica que cuantas veces diga que él ha jurado tomar a su hermana Damiata por mujer y hacerla su esposa, «havets mentit e mentrets per vostra gola» (o sea: habéis mentido y mentiréis por vuestra garganta). Acepta su requerimiento de batalla, concede a su adversario la facultad de buscar juez, y propone que la contienda sea a caballo, para lo cual describe el armamento ofensivo y defensivo. Hay que hacer notar un aspecto capital en todo este asunto: Johan de Monpalau, tanto en esta carta como en las que le seguirán, niega haber dado a Damiata palabra de matrimonio, pero jamás niega la otra acusación de Martorell, o sea que la ha «deshonestamente manchado y deshonrado», con lo cual la virtud de la joven queda muy maltrecha. Y la gravedad del caso aumenta si tenemos en cuenta que estas cartas de desafío eran fijadas por las paredes de las calles, las esquinas y las puertas de las iglesias y todo el mundo se enteraba de su contenido.

La correspondencia entre ambos rivales, y desde Valencia, se prolonga en ocho cartas de cada uno, que llegan hasta el 12 de julio. En ellas se debaten problemas de procedimiento y aspectos

de tramitación del caso, pero no faltan las punzantes ironías, las burlas y los rasgos de ingenio, en los que Martorell hace gala de un estilo que constituirá uno de los mejores aciertos del *Tirant lo Blanc*. Monpalau también ironiza, convencido de que su adversario no tiene ninguna intención de buscar un juez que presida su batalla, juez que, en principio, no podía ser el rey de Aragón, porque los soberanos sólo solían juzgar batallas entre sus vasallos cuando se trataba de casos de traición. En abril de 1438 llegó a Johan de Monpalau la última carta de Johanot Martorell, firmada por éste «en la ciudad de Londres» el 22 de marzo. Le comunica que, con la ayuda de Dios, ha encontrado el juez competente e imparcial que les conviene a ambos, quien ha prometido darles plaza segura para celebrar la batalla. Se trata del «muy alto y muy poderoso señor el señor rey de Inglaterra y de Francia, el cual nos tiene aparejados gentil lugar y fiesta». Johanot Martorell, pues, ha ido a la corte inglesa, ha expuesto su caso y mostrado sus cartas de batalla y las de Monpalau a Enrique VI de Lancáster, y éste ha aceptado la presidencia del combate. Esta carta, juntamente con la letra citatoria y el salvoconducto del rey de Inglaterra para que Monpalau compareciera, las llevó de Londres a Valencia Francesch Oliver, sin duda un servidor o amigo de Martorell que le acompañó a Inglaterra. Pero al llegar a Valencia, por orden de la reina María de Castilla, mujer de Alfonso el Magnánimo, que ya sabemos que no quería que hubiera peleas entre sus vasallos, Francesch Oliver fue encarcelado y se le confiscó la citatoria del rey de Inglaterra. Pasaron meses, y en febrero de 1439 llegó a Londres el caballero Perot Mercader, amigo, pariente y procurador de Johan de Monpalau, y en la corte inglesa se permitió afirmar que Martorell se había ausentado de Valencia sin autorización del infante don Enrique y que la batalla no tenía justificación. Martorell, desde Londres, y por medio del heraldo del conde de Óntindon (o sea Huntingdon), requirió a batalla a ultranza a Perot Mercader por aquellas acusaciones y

porque, defendiendo a Monpalau, olvida que «todo caballero y gentilhombre por su oficio está obligado a mantener y ayudar a damas y a doncellas, y vos, menospreciando la orden de caballería, obráis contra ellas, queriendo excusar de palabra a quien ha cometido maldad».

La batalla entre Johanot Martorell y Johan de Monpalau no llegó a celebrarse. Martorell regresó de Inglaterra y junto con sus hermanos siguió trabajando a favor del honor de Damiata. Intervino la reina María y a instancias de ésta Alfonso V, desde Nápoles, en enero de 1445, sentenció que cesaran los debates entre las dos familias y que Johan de Monpalau pagara a Damiata cuatro mil florines. Años después, en 1462, Damiata Martorell todavía aparece documentada como soltera.

Más adelante me referiré a otro intento de lance caballeresco de Johanot Martorell con Jaume Ripoll y con Felip Boyl, éste auténtico caballero andante. Entre 1446 y 1450 Johanot Martorell envió insultantes cartas de desafío a don Gonzalbo de Híjar, comendador de Montalbán, por razón de ciertas posesiones y de ciertas deudas. Sólo basta retener que este nuevo adversario de Martorell es ridiculizado por el novelista en la figura del presuntuoso gigantazo don Kirieleisón de Montalbán, cuyo nombre tanta gracia hacía a Cervantes.

El lance con Johan de Monpalau se origina en un hecho que motivó muchas disputas caballerescas: el rompimiento de palabra de matrimonio, aunque el seductor jamás quiso confesar que había hecho juramento alguno. Los matrimonios secretos eran muy frecuentes en la vida real, y, por lo tanto, lo son también en los libros de caballerías y en las novelas caballerescas. Tirant y Carmesina, la pareja protagonista de la novela de Martorell, se toman por marido y mujer en los jardines del palacio de Constantinopla cuando, ante un relicario e invocando a San Pedro y a San Pablo, ella coge la mano del caballero y pronuncia las siguientes palabras: «Yo, Carmesina, doy mi cuerpo a vos, Tirante

el Blanco, por leal mujer, y tomo el vuestro por leal marido». Desde este momento son marido y mujer, aunque nadie lo sabrá y pasarán años hasta que el emperador conceda al caballero la mano de su hija la princesa Carmesina. Algo así debió de ocurrir entre Johan de Monpalau y Damiata Martorell, pero la joven valenciana fue burlada, entre otras razones porque no podía exhibir documento alguno que justificara su secreto matrimonio. Estefanía de Macedonia, hermosa dama de la corte de Carmesina, también celebra un matrimonio secreto con el caballero Diafebus, pero toma la precaución de certificarlo mediante un curioso documento llamado «albarán», cuyo texto, según la traducción castellana del *Tirant lo Blanc* (Valladolid, 1511), es como sigue:

> Por esperiencia veemos de cada día cómo natura ha ordenado sabiamente sus cosas por los gloriosos passados desta vida, aviendo yo alcançado libertad para hazer de mí lo que yo quisiere, servando aquella honestidad e limpieza a que son obligadas las donzellas, todos los que este alvalá leyeren o oyeren verán y sabrán como yo, Estefanía de Macedonia, hija del illustre príncipe Ruberto, duque de Macedonia, de grado y de cierta sciencia, no constreñida ni forçada, teniendo a Dios delante de mis ojos y los santos Evangelios de mi mano corporalmente tocados, prometo a vos, Diafebus de Monte Alto, y con palabras de presente tomo a vos por marido y señor; e dóvos mi cuerpo liberalmente, sin fraude ni engaño ninguno, y tráygoos en contemplación de matrimonio el sobredito ducado de Macedonia, con todos los derechos a él pertenecientes; y más os traygo ciento y diez mil ducados venecianos y más tres mil marcos de plata labrada, joyas e ropas que por la Majestad del señor Emperador e por los del su consejo son estimadas en ochenta tres mil ducados; y más os traygo mi persona, que estimo más. Y si contra nada desto venía o me pudiesse ser provado, quiero ser incurrida por falsa e fementida, y que no me pueda aprovechar ni ayudar de ninguna ley que los nuestros emperadores passados ni presentes, ni aun los de Roma, renunciando aquella ley que hizo aquel glorioso emperador Julio César, la cual se llama ley de más valer, y es en fabor de donzellas, viudas e huérfanos. Y más renuncio el derecho de cavallería para que no aya ningún cavallero que por mí entre en campo, ni dueña que por mí ose rogar, antes me pueda clavar la mano con la cerimonia acostumbrada entre cavalleros y dueñas de honor. Y porque mayormente fe a este escritura sea dada, pongo aquí mi propio nombre escrito con sangre de mi propia persona. *Stephanía de Macedonia* (libro III, capítulo XLI).

Este tan singular documento queda claro si tenemos en cuenta que Estefanía hace una especie de parodia, o traslado a estilo

amoroso y matrimonial, de los «albaranes» (exactamente así llamados) que firmaban los caballeros cuando concertaban una batalla clandestina, o sea de escondidas de la justicia o de la autoridad real. Convenía, en estos casos, tomar estas precauciones para que en el futuro ninguno de los contendientes pudiese negar que se había concertado la batalla secreta. Galcerán Martorell, el hermano del autor del *Tirant lo Blanc*, firmó un documento de estas características en su pugna con Manuel de Vilanova. El documento es así:

> Yo, Galceran Martorell, promet e jur en fe de cavaller de ésser al loch e jornada que vós, En Manuel de Vilanova, me asignareu, ab un patge e un atzembler, sens pus altre amich, parent ni servidor meu, e que yo ni altri per mi no han avisat ni avisaran los officials ne altres gents del loch e jornada que vós e yo havem de ésser. E si contra res d'açò venia, ne·m pot ésser provat, que sia ffementit e·m pugau reversar mes armes o senyal, o clavar la mà ab la cerimònia entre cavallers acostumada en tal cars, e que açò per nenguna via ne guisa pugua deffendre. E per testimoni de veritat fas lo present albarà, scrit de ma pròpria mà, partit per A B C, segellat ab lo segell de mes armes, ffet en Museros, a 11 de juny, any Mil CCCC XXX. *Galceran Martorell*.[13]

El albarán de Estefanía de Macedonia es un documento que atestigua un matrimonio secreto, y el albarán de Galcerán Martorell es un documento que atestigua una batalla secreta. El novelista ha adaptado al amor los términos y formulismos de los documentos caballerescos como el que firmó su hermano en 1430. Parece, no obstante, que las mujeres a veces firmaban albaranes o documentos similares para hacer constar compromisos amorosos, incluso no legales. El poeta del siglo XV Johan Berenguer de Masdovelles escribe en un maldecir contra una dama:

> *Gens no pensàs en l'albarà scrit*
> *de vostra mà, que·m fés per fin'amor,*
> *lo jorn que fui de vós conqueridor,*
> *car si ho fésseu, no m'haguéreu jaquit*
> *així con fés…*[14]

Antes de las disposiciones del Concilio de Trento (1545-1563) los matrimonios secretos o clandestinos provocaban graves conflictos, como el de Damiata Martorell y Johan de Monpalau. Quiero referir otro caso, del siglo siguiente, porque es muy revelador. En agosto de 1520 Gaspar Burgés de Sant Climent, doncel, acompañado de gente armada con ballestas, entró en una casa de Sarriá —cerca de Barcelona— y se llevó a una doncella, hija de Johan de Gualbes, conseller de la Ciudad Condal. El consejo municipal ofreció un premio de 300 florines a quien lo apresara y movilizó a doscientos hombres en su búsqueda. Pocos días después la joven fue hallada en casa de su tío Galcerán Ferrer, a quien la había restituido el raptor. La anécdota, hasta aquí, no tiene importancia, pero sí la tiene, en cambio, el requerimiento de batalla que en diciembre de 1521, o sea dieciséis meses después, envió Gaspar Burgés de Sant Climent a Johan de Gualbes. Es una carta impresionante, y que parecería desvergonzada si no supiéramos que trata de demostrar que ha existido un matrimonio clandestino:

> Mossèn Johan de Gualbes. Per molts tractes que hajau tenguts per a fer-me matar, tostemps he desviats los camins de malicia fins que he sabut voleu casar a ma senyora Ysabel de Gualbes, filla vostra, perquè està en veritat que jo só casat ab ella per paraules de punt e per còpula carnal, e que ab licència sua la me'n portí. Y en aquella nit, abans de posar-nos en lo lit, demanà una pinta ab la qual se pentinà e consertà los cabells, y també demanà una camisa, de les mias, que·s vesti. Com a marit e muller estiguérem los dos despullats en un lit, molt pacíficament, sens contradicció. Y en la nit de l'altre dia següent, me manà que la dexàs en poder de mossèn Galzeran Ferrer, com se féu. Per so, si gosareu dir lo contrari, o que volent vós casar ab altri a ma senyora Ysabel de Gualbes, filla vostra, no ho fassau com a mal crestià e contra la honor y consciència vostra, fins que primer sia vist per justicia si és o no muller mia, ab ma persona vos ho combatré per batalla a ultrança. Y per recort del ver vos tramet lo present cartel, partit per A B C, sagelat de las mias armes de Sant Climent e sotescrit de mon nom, per Ucart Sibo, trompeta, a relació del qual estaré. Dat en lo castell de Durban, del vescomtat de Narbona, on trobareu procuradós meus mossèn Johan de Plen e mossèn Oliver de Plen per dar la vostra resposta, aIIII de desembra de M D XXI. *Gaspar Burgès de Sent Climent*.[15]

El raptor se ha enterado de que Johan de Gualbes quiere casar con otro a su hija Isabel, y se ve obligado a hacer constar que es mujer suya, para corroborar lo cual da íntimos detalles, que parecen extraídos de una novela; y si el padre de Isabel persiste en negar tal matrimonio y en hacerla esposa de otro, Gaspar Burgés de Sant Climent está dispuesto a luchar con él a muerte. El raptor se ha refugiado en Francia, en el castillo de Durban (actual departamento francés de Aude), sin duda temeroso del gran poder que los Gualbes tenían en Barcelona. Supongo que se normalizaría su matrimonio con Isabel, ya que entre 1550 y 1558 encuentro atestiguado a un Ferrer de Sant Climent y de Gualbes, que pudo ser un hijo de los protagonistas de este pequeño drama amoroso. Este drama es el mismo que advertimos en Andrea y Magdalena, hermanas de Cervantes, y en su sobrina Constanza de Ovando; pero también es el drama de Dorotea, en la primera parte del *Quijote*, y en la segunda el de Claudia Jerónima y, con mayor crueldad, por tratarse de una versión humorística, el de la infanta Antonomasia y de la hija de doña Rodríguez.

La vida real y la novela se siguen interfiriendo en nuestra indagación por el mundo de los caballeros, los carteles de desafío y las batallas a ultranza. Hemos visto que Johanot Martorell, el autor del *Tirant lo Blanc*, vivió trances de novela, experiencia que confiere a su obra un tono especial de verosimilitud y de total familiarización con las actitudes, fraseología y situaciones caballerescas.

Sería tentador que Garci Rodríguez de Montalvo, el refundidor del *Amadís de Gaula*, también hubiese vivido trances novelescos. Con la debida precaución, porque puede tratarse de su hijo y homónimo, vale la pena de tener en consideración dos datos muy distintos. El primero es otro caso de matrimonio secreto. El 30 de junio de 1502, don Rodrigo de Mendoza, marqués de Cenete, acompañado de García de Montalvo, vecino de Medina del

Campo, de dos escuderos y de un lacayo, llegaron a la casa que tenía en Coca don Alonso de Fonseca. Era ya de noche, se les abrió la puerta y fueron conducidos a una habitación donde se encontraban doña María de Toledo y doña María de Fonseca, mujer e hija de don Alonso, que estaba ausente e ignoraba totalmente lo que estaba ocurriendo. En una cámara, y en presencia de García de Montalvo, de un escudero, de la madre y de criadas de ésta, el marqués de Cenete preguntó a doña María de Fonseca: «Señora doña María, ¿os otorgáis por mi esposa y mujer, según manda la Santa Iglesia de Roma?»; ella respondió: «Sí otorgo», y él añadió: «Yo así os recibo, y me otorgo por vuestro esposo y marido, según lo manda la Santa Iglesia de Roma». Se firmaron cédulas declaratorias de los esponsales (algo así como el «albarán» de Estefanía de Macedonia), los desposados se quedaron en la cámara, y al amanecer del día siguiente el marqués de Cenete, García de Montalvo y los otros salieron de Coca en dirección de Santa María de Nieva. Parece que, previamente, el marqués de Cenete encargó a García de Montalvo que sondeara las posibilidades de esta boda con don Alonso de Fonseca, pero que éste se negó de tal modo que hubo que recurrir al matrimonio clandestino, con anuencia de la madre de la novia. Ahora ya nos interesan menos los complicados acontecimientos que siguieron: los terribles castigos que infligió don Alonso a su mujer, hija y servidumbre para que negaran que hubiese habido matrimonio, la imposición paterna, con la ayuda de la Reina Católica, de otra boda con su primo el joven don Pedro Ruiz, a quien doña María, en el lecho, le dijo que no se acercase a ella «porque le retorcería la cabeza como a un pollo», etcétera.

Este García de Montalvo, vecino de Medina del Campo, podría ser el refundidor del *Amadís de Gaula*, novela que se inicia con el matrimonio secreto del rey Perión de Gaula y la infanta Elisena.

En el Museo del Prado se exhibe, desde 1961, una magnífica pintura del toledano Pedro Machuca (con obra fechada entre 1517 y 1550), que representa el descendimiento de la Cruz, que lleva una cartela en la parte inferior del marco con una inscripción muy borrosa en la que, no obstante, se lee: «Este retablo mandó fazer doña Inés del Castillo, muger de García Rodríguez de Montalvo, regidor desta villa. Acabóse año de 1547» (en esta fecha el 4 es de lectura difícil). Nada impide que la viuda del regidor de Medina del Campo García Rodríguez de Montalvo, «el viejo», muerto ya en 1505, estuviera viva todavía en 1547; aunque parece más lógico que se trate de la mujer de García de Montalvo, «el mozo», hijo del anterior, que también fue regidor de Medina del Campo. Pero ocurre que en el descendimiento de Pedro de Machuca aparecen las figuras tradicionales y obligadas del tema (Cristo, María y las mujeres, San José de Arimatea, Nicodemo, grupos de discípulos y de judíos, etc.), pero hay además, en acusado primer término, un caballero a pie, armado con arnés propio de principios del siglo XVI y apoyado en una espada, cuya alzada visera deja ver parte de un rostro moreno, severo y de mirada fiera, que es, sin duda alguna, el retrato del García Rodríguez de Montalvo, cuya mujer hizo pintar el retablo. ¿Estamos frente a un retrato del refundidor del *Amadís de Gaula*? ¿Es este caballero del retablo el mismo García de Montalvo que fue testigo del matrimonio secreto del marqués de Cenete? Si se pudiera confirmar que la mujer del testigo y la del refundidor del *Amadís* se llamaba Inés del Castillo el problema se resolvería afirmativamente.

EL PASSO HONROSO

Los capítulos de Suero de Quiñones

Del Passo Honroso, que el caballero leonés Suero de Quiñones defendió del 10 de julio al 9 de agosto de 1434, poseemos el relato minucioso, circunstanciado, detallado día por día, que hizo el escribano real y nota rio público Pedro Rodríguez de Lena, que se halló presente en los caballerescos encuentros, relato que se conserva manuscrito en la Biblioteca de El Escorial (f-II-19) y del cual se publicó en Salamanca, en 1588, una versión abreviada hecha por fray Juan de Pineda.

Hasta ahora siempre que se ha tratado del Passo Honroso se ha hecho teniendo presente el relato de Rodríguez de Lena y la edición de Pineda, cosa perfectamente lícita y segura, pues es una especie de larguísima acta notarial del hecho de armas, y nada permite dudar de su veracidad, al propio tiempo que parece difícil allegar más datos sobre el acontecimiento. Pero como sea que en la Biblioteca Nacional de Madrid se conservan tres manuscritos (7.809, 7.811 y 18.444) en los que, entre otra riquísima e interesante documentación, se copian cartas cruzadas entre Suero de Quiñones, su primo Lope de Estúñiga y Juan de Benavente y dos caballeros catalanes, Riambau de Corbera y Francí Desvalls, y otros dos valencianos, Pere Fabra y Johan Fabra, sobre distintos aspectos del Passo Honroso y otros lances caballerescos de él derivados, me ha parecido interesante enfrentar este epistolario con el relato de Rodríguez de Lena, que mutuamente se amplían y complementan. Vamos a seguir, pues, las incidencias del Passo Honroso, pero principalmente en lo que afecta a los citados caballeros catalanes y valencianos, ya que, más adelante, insistiremos en la intervención que tuvieron en este hecho de armas Juan de Merlo y Gutierre Quijada.

Todo empezó el primero de enero de 1434, en Medina del Campo, cuando, a primeras horas de la noche y ante el rey de Castilla don Juan II, su esposa doña María, el príncipe don Enrique, el maestre de Santiago y condestable de Castilla don Álvaro de Luna y gran número de prelados y caballeros se presentaron armados Suero de Quiñones, que llevaba una argolla de hierro en el cuello; Lope de Estúñiga, Diego de Bazán, Pedro de Nava, Suero, hijo de Álvar Gómez; Sancho de Ravanal, Lope de Aller, Diego de Benavides, Pedro de los Ríos y Gómez de Villacorta, y hecha reverencia al rey y tras haberle besado pies y manos, el faraute Avanguarda leyó la siguiente petición de Suero de Quiñones:

> Deseo justo e razonable es que los que en prisiones o fuera de su libre poder son desear libertad; e como yo, vassallo e natural vuestro, sea en prisión de una señora de gran tiempo acá, en señal de la qual todos los jueves traygo a mi cuello este fierro, según notorio sea en vuestra magnífica corte e reynos, e fuera dellos, por los farautes que la semejante prisión con mis armas han llevado. Agora, pues, poderoso señor, en nombre del apóstol Sanctiago, yo he concertado mi rescate, el cual es trezientas lanças rompidas por el hasta, con fierros de Milán, de mí e destos cavalleros que aquí son en estos arneses (según más complidamente en estos capítulos se contienen), rompiendo con cada cavallero o gentilhome que allí verná tres, contando la que fiziera sangre por rompida, en este año, del qual oy es el primero día, conviene saber, quinze días antes del día del apóstol Sanctiago, abogado e guiador de vuestros súbditos, e quinze días después, salvo si antes deste plazo mi rescate fuere complido. Esto será en el derecho camino por donde las más gentes suelen pasar para la ciudad donde su sancta sepultura está; certificando a todos los cavalleros e gentileshomes estrangeros que allí se fallaren que allí fallarán arneses e cavallos, e armas e lanças tales, que qualquier cavallero ose dar con ellas sin temor de las quebrar con pequeño golpe. E notorio sea que a todas las señoras de honor que, qualquiera que fuere por aquel lugar do yo seré, que si no llevare cavallero o gentilhome que faga armas por ella, que perderá el guante de la mano derecha. Mas lo dicho se entienda salvando dos cosas: que vuestra magestad real no ha de entrar en estas pruevas, ni el magnífico señor condestable don Álvaro de Luna.

Leída esta petición, el rey se reunió con su consejo y se acordó conceder lo que solicitaba «para que ansí el virtuoso Suero de Quiñones se pudiesse deliberar de su prisión». El faraute Avanguarda hizo una «grida» ante el rey, pregonando la licencia con-

cedida, y Suero de Quiñones pidió a un caballero de la corte que le quitase el almete, y subió las gradas del estrado y agradeció la merced a Juan II. Luego, él y sus nueve compañeros se retiraron para desarmarse y vestirse ropas de corte, y volvieron a la sala para danzar. Entonces Suero de Quiñones hizo leer los capítulos de su empresa, que son como sigue:

En el nombre de Dios e de la bienaventurada Virgen nuestra Señora, e del apóstol señor Sanctiago, yo, Suero de Quiñones, cavallero e natural vassallo del muy alto rey de Castilla, e de la casa del magnífico señor su Condestable, notifico e fago saber las condiciones de una mi empresa, la quai yo notifiqué día primero del año presente ante el muy poderoso rey ya nombrado, las quales son las que por su orden aparecen en los capítulos deyuso escritos:

El primero es que todos los cavalleros e gentileshomes a cuya noticia verná el presente fecho de armas, les sea manifiesto que yo seré con nueve cavalleros, que comigo serán en la deliberación de la dicha mi prisión y empresa, en el passo cerca de la puente de Órbigo, arredrado algún tanto del camino, quinze días antes de la fiesta de Sanctiago fasta quinze días después, si antes deste tiempo mi rescate no fuere cumplido, el qual es trezientas lanças rompidas por el hasta, con fierros fuertes, en arneses de guerra, sin escudo, nin tarja, nin más de una dobladura sobre cada pieça.

El segundo es que allí fallarán todos los cavalleros estrangeros arneses, cavallos y lanças, sin ninguna ventaja nin mejoría de mí nin de los cavalleros que conmigo serán; e quien sus armas quisiere traher, podrá lo fazer.

El tercero es que correrán con cada uno de los cavalleros o gentileshomes que ay vinieren tres lanças, rompidas por el hasta, contando por rompida la que derribare cavallero o fiziere sangre.

El quarto es que qualquiera señora de honor que por allí passare, o a media legua dende, que si no llevare cavallero que por ella faga las armas ya devisadas, pierda el guante de la mano derecha. El quinto es que si dos cavalleros, o más, vinieren por salvar el guante de alguna señora, será recebido el primero.

El sexto es que, porque algunos no aman verdaderamente e querrían salvar el guante de más de una señora, que no lo puedan hazer después que se ovieren rompido con él las tres lanzas.

El séptimo es que por mí serán nombradas tres señoras deste reyno a los farautes que allí comigo serán para dar fe de lo que passare, a asseguro que non será nombrada la señora cuyo yo soy, salvo por sus grandes virtudes, e al primero cavallero que viniere a salvar por armas el guante de qualquiera dellas contra mí, le daré un diamante.

El octavo es que, porque tantos podían pedir las armas de uno de nós, o de dos, que guardamos el passo, que sus personas no bastarían a tanto trabajo, o que si bastassen, no quedaría lugar a los otros sus compañeros para fazer armas, sepan

todos que ninguno ha de pedir a ninguno, nin ha de saber con quién justa, fasta las armas complidas; mas al tanto estarán ciertos que se hallarán con cavallero o gentilhome de todas armas sin reproche.

El nono es que si alguno, no empeciente lo dicho, después de las tres lanças rompidas, quisiere requerir a alguno de los del passo señaladamente, embíelo a dezir, que si el tiempo lo sufriere romperá con él otra lança.

El dezeno es que si algún cavallero o gentilhome de los que a justar vinieren, quisiere quitar alguna pieça del arnés, de las que por mí son nombradas para correr las dichas lanças, o alguna dellas, embíenmelo a dezir, y serle ha respondido de gracia, si la razón y el tiempo lo sufriere.

El onzeno es que con ningún cavallero que ay viniere serán fechas armas si primero non dize quién es y de dónde.

El dozeno es que si algún cavallero haziendo las dichas armas incurriere en algún daño de su persona o salud, como suele acontecer en los juegos de armas, yo le daré allí recaudo para ser curado, tan bien como para mi persona, por todo el tiempo necessario y por más.

El trezeno es que si alguno de los cavalleros que comigo se provaren, o con mis compañeros, nos fizieren ventaja, yo los asseguro a fe de cavallero que nunca les será demandado por nosotros nin por nuestros parientes o amigos. El catorzeno es que qualquiera cavallero o gentilhome que fuere camino derecho de la sancta romería, no acostándose al dicho lugar del passo por mí defendido, se podrá yr sin contraste alguno de mí nin de mis compañeros a complir su viage.

El quinzeno es que qualquiera cavallero que, dexado el camino derecho, viniere al passo defendido, por mí guardado, non se podrá de ay partir sin fazer las armas dichas, o dexar una arma de las que llevare, y la espuela derecha, so fe de jamás traher aquella arma o espuela hasta que se vea en fecho de armas tan peligroso, o más, que éste en que la dexa.

El sextodécimo es que si qualquier cavallero o gentilhome de los que comigo estarán matare cavallo a qualquiera que allí viniere a hazer armas, que yo se le pagaré; y si ellos mataren cavallo a qualquiera de nós, bástele la fealdad del encuentro por paga.

El dezisieteno es que qualquier cavallero o gentilhome de los que armas fizieren encontrare a cavallo, si el que corriere con él le encontrare poco o mucho en el arnés, que se cuente la lança déste por rompida, por la fealdad del encuentro del que al cavallo encontrare.

El deziocheno es que si algún cavallero o gentilhome de los que a fazer armas vinieren, después de la una lança o de las dos rompidas, por su voluntad non quisiere fazer más armas, que pierda la arma, o la espuela derecha, como si non quisiesse fazer ninguna.

El decimonono es que allí se darán lanças y fierros sin ventaja a todos los del reyno que llevaren armas y cavallo para fazer las dichas armas, e non podrán fazer con las suyas, en caso que las lleven, por quitar la ventaja.

El veynteno es que si algún cavallero en la prueva fuere ferido en la primera lança, o en la segunda, tal que no pueda armas fazer por aquel día, que después

no seamos tenudos a fazer armas con él, aunque las demande otro día.

El veynteno y uno es que, porque ningún cavallero o gentilhome dexe de venir a la prueba del passo con recato de que no se le guardará justicia conforme a su valor, allí estarán presentes dos cavalleros antiguos e provados en armas e dignos de fe, e dos farautes que farán a los cavalleros que a la prueva vernán que juramento apostólico e omenage les fagan de estar a todo lo que ellos les mandaren acerca de las dichas armas. E los sobredichos dos cavalleros juezes e farautes ygual juramento les farán de los guardar de engaño e que juzgarán verdad, según razón e derecho de armas. E si alguna duda de nuevo, allende lo que yo en estos mis capítulos escrivo, acaeciere, quede a discreción de aquéllos juzgar sobre ello, porque non sea escondido el bien o ventaja que en las armas alguno fiziere; e los farautes que allí estarán darán signado a qualquiera que lo demandare, lo que con verdad acerca dello hallaren ayer sido fecho.

El veyntidoseno capítulo de mi liberación es que sea notorio a todas las señoras del mundo, e así a los cavalleros e gentileshomes que los capítulos susodichos oyrán, que si la señora cuyo yo soy passare por aquel lugar, que podrá yr segura su mano derecha de perder el guante, e que ningún cavallero nin gentilhome fará por ella armas, sino yo, pues que en el mundo no ay quien tan verdaderamente las pueda fazer como yo.

El lugar designado para celebrar el Passo Honroso era, pues, cerca del puente de Órbigo, «a seis leguas de la noble ciudad de León, e a tres de la ciudad de Astorga, contando leguas francesas». Era, por lo tanto, uno de los trechos más concurridos del camino de Santiago, que en aquellas fechas, quince días antes y quince después de la festividad del Apóstol, estará muy transitado, máxime cayendo aquel año el 25 de julio en domingo, o sea siendo «año de jubileo e perdonanças». Ya sabemos que Suero de Quiñones quedará rescatado de su prisión amorosa, o sea libre de la obligación o voto que se ha impuesto de llevar todos los jueves una argolla de hierro en el cuello, cuando se hayan roto trescientas lanzas (contando como rota la que derribare a caballero o hiciere sangre). Entran en esta cuenta tanto las lanzas rotas por los defensores o mantenedores, o sea Suero de Quiñones y sus nueve compañeros antes mencionados, como las que rompan los caballeros conquistadores o aventureros, o sea los que acepten el reto y se presenten a luchar. Pero estos últimos, que tienen obligación de decir su nombre y su procedencia, lucharán contra

uno de los diez mantenedores (sin saber con cuál de ellos antes de acabada la justa) hasta que se hayan roto tres lanzas entre los dos contendientes, o alguno haya sido derribado o ensangrentado. Pero si alguno de los aventureros, después de quebradas las tres lanzas, quisiere requerir a algún caballero determinado de los mantenedores, «si el tiempo lo sufriere» podrá romper con él otra lanza. Los caballeros que vayan en romería a Santiago, si siguen su camino derechamente y no se acercan al lugar del Passo, podrán continuar sin impedimento alguno; pero el que se aproximare al Passo defendido por Suero de Quiñones se verá obligado a luchar, o si no, deberá dejar en prenda una pieza de sus armas y la espuela derecha y jurar no volverlas a vestir hasta encontrarse en otro hecho de armas tan peligroso o más que el Passo Honroso.

Los capítulos de Suero de Quiñones fueron llevados a reyes, duques, príncipes y señores cristianos por el rey de armas León, a fin de hacerlos conocer a los caballeros deseosos de aventuras y de acudir en liberación o rescate de Suero de Quiñones. León y otros farautes debieron de recorrer gran parte de Europa en cinco meses, y no dejaron de visitar la corte del rey de Aragón, como demuestra, además del gran número de vasallos de éste que acudieron a la caballeresca cita, el hecho de que conservemos traducción catalana de los capítulos de Suero de Quiñones.

Pero antes de seguir adelante con el Passo Honroso, indaguemos algo sobre los antecedentes y características de este hecho de armas.

Los pasos de armas

En la empresa de Suero de Quiñones coinciden dos circunstancias que se dan muchas veces juntas en el siglo XV: el paso de armas y el voto caballeresco. El paso de armas no debe ser confundido con el torneo, pues en éste luchan grupos de caballeros, divididos en cuadrillas o bandos, ni debe ser considerado un si-

nónimo de la justa, o sea del combate singular de un caballero con otro. Dentro de estas modalidades de la lucha deportiva, el paso de armas ha de reunir las siguientes condiciones: un caballero, situado en un lugar fijo, prohíbe el paso a todos los demás caballeros que intenten aproximarse al lugar vedado o «defendido». Este caballero es el «mantenedor» del paso. Los demás, que deben conocer las condiciones del «mantenedor», que suele exponerlas y publicarlas con anticipación en sus «capítulos», o reglamento de la prueba, al aceptar el reto e intentar pasar, se convierten en «aventureros» y se ven obligados a luchar contra el defensor del paso. Éste muchas veces se encuentra ayudado por varios «compañeros» que actúan como mantenedores. El paso suele durar un número determinado de días o de semanas, y, por lo general, se fija de antemano en los capítulos el número de lanzas que se han de romper en cada combate o el total que han de quebrar mantenedores y aventureros. Logra su propósito, pues, el paso, si se consigue romper las lanzas establecidas en el plazo fijado. El paso suele celebrarse en un lugar muy transitado o frente a una persona o cosa que pueda incitar la emulación entre los aventureros, por ejemplo una doncella, un ave de altanería, un árbol, una fuente. El mantenedor se coloca frente a esta especie de cebo y «cierra el paso» a los que intentan acercarse a él. Finalmente pasos de armas tienen sus jueces, por lo general viejos caballeros experimentados, sus oficiales —reyes de armas, heraldos, trompetas, persevantes—, notarios que levantan acta de los trances, y un lucido público, en el que abundan damas y caballeros. Son auténticos espectáculos deportivos, llenos de colorido y de alardes viriles, a los que acuden los caballeros jóvenes deseosos de darse a conocer y los experimentados para conservar y acrecentar su prestigio.

Antes de volver al de Suero de Quiñones recordemos algunos de los numerosos pasos de armas famosos que se dieron en la Europa del siglo XV.

En 1428, con motivo de la llegada a Valladolid de doña Leonor, hija de Fernando el de Antequera, que iba a Portugal para casarse con el infante don Duarte, acompañada por sus hermanos el rey de Navarra (el futuro Juan II de Aragón) y el infante don Enrique, los recibieron con gran honor Juan II, rey de Castilla, y su esposa doña María, hermana de la novia. Dos días después, el condestable don Álvaro de Luna festejó a la infanta aragonesa y a su séquito con una justa que él mantuvo con otros siete caballeros. Don Enrique, uno de los infantes de Aragón, quiso corresponder al agasajo que se había hecho a su hermana, y, sin duda alguna, empequeñecer el gesto de don Álvaro de Luna; y organizó, el 18 de mayo, un suntuoso paso de armas, cuya descripción se encuentra en la crónica de Juan II de Castilla, conocida con el nombre de *Crónica del Halconero*:

> Martes, diez y ocho días del mes de mayo del año del Señor de mill y quatrocientos e veinte e ocho años, en la villa de Valladolid, fizo el ynfante don Enrique una fiesta muy notable, por la guisa que se sigue: Fizo en la plaza de la dicha villa, al cantón de la calle que sale de la puerta del Campo a la plaza, una fortaleza, la qual era de madera e de lienço. Era fecha por esta vía: una torre muy alta, con quatro torrejones encima; encima del suelo de la torre, un campanario fecho e una campana puesta en él. E encima del campanario un pilar, fecho por la mesma vía de la torre, el qual parecía de piedra. E encima del pilar estava un grifo dorado, el qual tenía en los brazos un estandarte muy grande de blanco e colorado. E en los quatro torrejones, encima de la torre, en cada uno su estandarte pequeño, por la mesma vía que el mayor. E la torre estava cercada de una cerca bien alta, con quatro torres, e luego su barrera, más baxa un poco que la cerca, con otras doze torres. En las quales torres estavan en cada una dellas una dama bien arreada. E debaxo, en el suelo de la fortaleza, fecha de recámaras para el ynfante, e establos e pesebreras para cavallos. E estava puesta una tela de cañas, e la tela començava desde la fortaleza, e al otro cabo de la tela estavan otras dos torres e un arco de puerta, adonde avían de venir todos los cavalleros aventureros. E dezían unas letras encima deste arco: *Éste es el arco del pasaje peligroso de la Fuerte Ventura*. E encima destas torres estavan, en cada una dellas, un home con una botina de cuerno. E esto todo fecho, parezía la fortaleza e las torres todo de cal e canto. E estaba encima del andamio de la cerca, junto con la torre, una rueda dorada, bien grande que se llamaba la *Rueda de la Aventura*, e al pie de la rueda estava un asentamiento bien rico. E todo esto fecho en su ordenança, mantobo el dicho señor ynfante, en arnés real, con otros cinco cavalleros que consigo llebava, los quales eran Joan Manrique, fijo de Garci Fernández Manrique, e frey Gutierre de Cár-

denas, e Lope de Foyos, e Álvaro de Sandoval, e Diego de Texeda. E ante que saliese armado, el ynfante vino a la fortaleza con muchos gentileshombres de su casa, e andobo dançando un rato al pie de la fortaleza. E después sacaron de la fortaleza muchas gallinas, e cabritos, e carneros, e bebieron allí. E después cavalgó el ynfante, e fuese a su posada. E traxo un entremés, el qual venía por esta vía. Venían ocho donzellas encima de gentiles corzeles, todos con sus paramentos, e las doncellas muy arreadas. E después venía una diosa encima de un carro, e doze donzellas con ella, cantando todas, con muchos menestreles. E asentaron a la diosa en aquel asentamiento, al pie de la rueda, e las otras donzellas alrededor della; por las torres, encima de la puerta de la fortaleza, muchos gentileshomes, con unas sobrecotas de argentería, de la librea que el señor ynfante avía dado. E luego el ynfante e sus cavalleros armáronse en su fortaleza. E como venían algunos cavalleros, venían al Arco del Pasaje Peligroso. E luego los que estavan sobre las torres del arco tocavan sus bozinas, e luego repicava una dama que tenía la campana de la fortaleza. E salían luego de la fortaleza una dama encima de una facanea, e un faraute con ella, e dezía: «Cavalleros, ¿qué ventura vos traxo a este tan peligroso passo, que se llama de la Fuerte Ventura? Cúmplevos que vos volbades; si non, non podredes pasar sin justa». E luego ellos respondían que para ello eran prestos (capítulo III).

Vale la pena consignar que Juan Antolínez de Burgos, en su *Historia de Valladolid*, al hacer referencia al Passo de la Fuerte Ventura, recoge la siguiente opinión: «De ser tan lucidas estas fiestas tomó motivo aquel insigne caballero don Jorge Manrique para aquellas célebres coplas que escribió, tan llenas de desengaños como de gravedad y dulzura de estilo, que dicen así: "¿Qué se hizo el rey don Juan?", etc.». Don Enrique, uno de los famosos infantes de Aragón —aquel de cuyo persevante Desirós ya vimos que se servía Johanot Martorell—, organizó este tan lujoso y magnífico Passo de la Fuerte Ventura, en el cual, como indicaremos inmediatamente, luchó el rey Juan II. Ello hace que no sea del todo inverosímil ver cierta relación entre este paso de armas y aquella tan conocida estrofa de Jorge Manrique:

¿Qué se fizo el rey don Juan?
Los ynfantes de Aragón,
¿qué se fizieron?
¿Qué fue de tanto galán,
qué fue de tanta invención
como truxieron?

Las justas y los torneos,
paramentos, bordaduras
y cimeras,
¿fueron sino devaneos,
qué fueron sino verduras
de las eras?

Los primeros que acudieron al Passo de la Fuerte Ventura fueron el rey de Castilla y veinticuatro caballeros, y todos ellos quebraron dos lanzas, en presencia de la reina, la infanta Leonor y otras damas. Entró luego don Juan de Aragón, rey de Navarra, que en la primera carrera «quebró una vara muy bien quebrada», y que iba acompañado de doce caballeros «y todos trayan ençima de los yelmos molinos de viento». «E luego Gonçalo de Quadros justó con el ynfante [don Enrique], que mantenía, y quebró con él una vara muy fuerte, y encontróle en la buelta del escudo. Y fue el ynfante atordido por la tela, tanto que pensaron que era muerto.» Luego, el aventurero Ruy Díaz de Mendoza justó con uno de los mantenedores, Álvaro de Sandoval, y le dio tal encuentro que «al Álvaro de Sandoval se le quebró la fiel en el cuerpo, y murió dende a dos oras».

Aquella misma noche los reyes, las reinas y los infantes fueron a cenar con el infante don Enrique.

Este Passo de la Fuerte Ventura no precisó de capítulos, pues los aventureros ya se sentían atraídos por la magnificencia de la fortaleza de madera, con su grifo, sus defensores, su «deesa» (la *Ventura*, o sea la Fortuna) y sus doncellas. Actuaron de jueces Diego de Ribera, adelantado de la frontera; Rodrigo de Perea, adelantado de Cazorla; Pero Carrillo, halconero mayor del rey de Castilla, y Juan Carrillo, alcalde mayor de Toledo.

Hemos visto que Ruy Díaz de Mendoza, que era mayordomo del rey de Castilla, mató, en el Passo de la Fuerte Ventura, a Álvaro de Sandoval. Sería aquel caballero fuerte y rudo, pues la

Crónica de Juan II, entre los hechos acaecidos en el año 1440, da cuenta de un sangriento paso de armas por él defendido:

> En estas bodas del príncipe don Enrique y de la princesa doña Blanca, hizo Ruy Díaz de Mendoza, mayordomo del Rey, un señalado hecho de armas en esta guisa: que tuvo un paso en esta villa de Valladolid con diez y nueve caballeros y gentileshombres de su casa quarenta días, a todos los caballeros e gentileshombres, así estrangeros como castellanos, que quisieron a él venir; e con cada uno de los que así viniesen, el dicho Ruy Díaz o qualquiera de los de su compañía había de hacer tantas carreras por liza, hasta ser rompidas quatro lanzas con fierros amolados en arneses de correr, a las quales armas hacer se presentaron muchos caballeros y gentileshombres. E no ovieron lugar todos de las hacer, porque el Rey mandó que cessasen por ser tan peligrosas, en que murieron en ellas un caballero de Toro, llamado Pedro Puertocarrero, que fue encontrado por la vista con un gentilhombre de los que tenían el paso, llamado Lope de Lazcano; e otro gentilhombre, criado de Gómez Carrillo de Acuña, llamado Juan de Salazar, por Rodrigo de Ulloa, que fue encontrado por el brazo derecho de tal ferida, que dende en tercero día murió; e Diego de Sandoval, sobrino del conde de Castro, hubo una muy peligrosa ferida en que fue encontrado por la bavera, e le fue pasado el cuerpo por junto de la silla de parte en parte, el qual encuentro le dio Juan de Zornoza, e plugo a Nuestro Señor milagrosamente escaparlo; e fue ferido por el brazo izquierdo don Enrique, hermano del Almirante, e quebrado la una canilla, e con todo eso acabó sus armas valientemente no curando de la ferida. E a esta causa ovieron de quedar sin hacer armas muchos que se habían presentado para las hacer.

Más adelante tendremos ocasión de tratar con cierto detalle del Pas de l'Arbre Charlemagne (1443), en el que intervinieron caballeros españoles. Recordemos ahora que el «bon roi René d'Anjou», el elegante escritor tan dado a alegorías y metáforas, y que también metafóricamente reinó en Jerusalén, Nápoles y Aragón, organizó, en abril de 1446, el Pas de la Joyeuse Garde, al que asistió con su esposa, sus hijas y con Jeanne de Laval, que había de ser su segunda mujer y para quien en realidad se hacía la fiesta, que duró cuarenta días. En un castillo de madera que, en recuerdo del famoso de Lancelot, llevaba el nombre de la Joyeuse Garde, encerró leones, tigres y unicornios de su parque zoológico, aunque estos últimos también deberían ser metafóricos. Interesa hacer constar que uno de los jueces de este paso de armas

fue el escritor Antoine de la Sale, el autor del *Jehan de Saintré*, novela a la que tendremos que volver pronto.

Es muy curioso el paso de armas que se celebró, cerca de Saint-Omer, del 15 de julio al 15 de agosto de 1449. Los capítulos, que se divulgaron por todos los reinos cristianos, van firmados por una dama, que en el preámbulo explica que, yendo en peregrinación a Roma, fue asaltada por unos bandidos, que la hubieran muerto a no ser por un caballero que la defendió y al que ella rogó que la acompañara en su largo viaje, para preservarla de otros peligros. El caballero respondió que había hecho el voto de defender un paso de armas cerca de «la tour du Beau-Jardin, sur le chemin d'entre Calais et Sainct-Omer, en Picardie, au diocèse de Thérouane, jadis appelé la place de Beau-Jardin, et à présent la Crois de la Pélerine», y que acabado este paso, la acompañará en su romería. La dama, que adopta el nombre de «la Belle Pélerine», pide a todos los caballeros de todos los países que acudan al Pas de la Belle Pélerine, cuyos capítulos siguen a continuación, para que pueda realizar su piadoso viaje. El caballero en cuestión, que había adoptado el nombre de «le chevalier à la Pélerine», y cuyos tres compañeros mantenedores se llamaban «pélerins», era en realidad Jean de Luxembourg, bastardo de Saint-Pol, señor de Haubourdin, chambelán del duque de Borgoña, y peleó llevando el escudo de Lancelot du Lac. Se había hecho famoso luchando con Gutierre Quijada, como veremos más adelante.

En setiembre del mismo año 1449, un mes después de celebrado el Pas de la Belle Pélerine, el caballero borgoñón Jacques de Lalaing, cuyas andanzas por España ya conocemos, defendió el Pas de la Fontaine des Pleurs en Saint-Lorent-lès-Chalon, a orillas del Saona. Los escudos que debían tocar los aventureros estaban sembrados de lágrimas, que eran las de la «Dame des pleurs», en honor de la cual se defendía el paso, y uno era blanco, otro rojo y otro violeta. Lo más señalado de este hecho de armas fue

la pelea entre Lalaing y el caballero siciliano Juan de Bonifacio, vasallo de nuestro Alfonso el Magnánimo.

El 10 de noviembre de 1455 entró solemnemente en Barcelona Gastón II de Castellbó, IV conde de Foix y IX vizconde de Bearn, con su esposa Leonor, hija de Blanca, reina de Navarra, y de Juan de Aragón, el futuro Juan II. Dos días después, Gastón de Foix mandó plantar en medio de la plaza del Born un pino del que colgaban manzanas doradas. En unos capítulos hizo saber que había «ung chevalier aventureux, soy intitulant le Chevalier du Pin aux Pommes d'Or, serviteur à la Dame de la Secrete Forest, lequel, pour amour de sa dame, entreprenoit de tenir le Pas du Pin contre tous venans à faire troys courses de lances… et se cas estoit que ledit Chevalier du Pin rompist plus de lances… icelluy survenant seroit tenu de soy aller rendre prisonnier de par ledit chevalier à ladicte Dame de la Secrete Forest».[1]

Para celebrar este Pas du Pin aux Pommes d'Or se montaron cadahalsos a los lados de la plaza, cuyos sitios principales fueron ocupados por el rey de Navarra (Juan II), la reina, la condesa de Foix y gran número de damas, doncellas y caballeros. Todos los barceloneses se habían congregado en el Born, y hasta los tejados de las casas que dan a la plaza estaban llenos de gente. A las nueve de la mañana del día 13 se presentó en la liza Gastón de Foix, armado de todas las armas y embrazando un escudo en el que estaba pintado el «pin aux pommes d'or». Montaba un poderoso y robusto corcel, cubierto de terciopelo blanco recamado de oro y sembrado de manzanas doradas, con bordura de oro de las que colgaban cascabeles en forma de manzanas doradas que sonaban como campanillas, y llevaba en la cabeza un plumaje de rica orfebrería. Le seguían seis pajes vestidos de damasco blanco, y doce caballeros y escuderos, cada uno con una lanza, y le precedían heraldos, trompetas y dos moros vestidos a la morisca y también de damasco blanco. El primer caballero que quiso disputar a Gastón el paso que conducía al pino fue un navarro llamado Es-

purgue, que rompió su lanza en el escudo del conde de Foix, pero éste le desarmó el guardabrazo. Luchó después contra Guerau Desplá; contra Menaut de Guerri, escudero del rey de Navarra; contra Martí Benet de Torrelles, señor de la Roca; contra Bernat de Cabrera, conde de Módica; contra Guerau d'Espés, y contra Johan de Castre. El paso duró tres días y quedó de manifiesto que el mejor de los caballeros que en él intervinieron fue el conde Gastón de Foix, llamado desde entonces «le Chevalier du Pin», y en nombre suyo el conde de Módica ofreció un rubí a «la Dame de la Secrete Forest». Es importante señalar que este paso supuso a Gastón de Foix 30.000 florines, y que para reunirlos intentó hipotecar las rentas del vizcondado de Castellbó, que no llegaron a cubrir aquella cantidad. Entonces empeñó la famosa cruz de los condes de Foix, inestimable joya de 764 piedras preciosas, que quedó en poder de unos prestamistas de Barcelona, que aportaron los 30.000 florines, comprometiéndose a no destruir la cruz. Tiempo después estos prestamistas resultaron ser enemigos de Juan II, quien les confiscó la joya; y Pedro el Condestable, reinando en Barcelona, la desempeñó y la donó al monasterio de Montserrat e hizo grabar en ella sus armas y su divisa *Paine pour joye*.

A finales del siglo, en 1493, se celebró un paso de armas en Sandricourt, cerca de Pontoise, que describe el heraldo de Orleans. Se combatió en la Barrière Périlleuse, en el Carrefour Ténébreux, en los Champs de l'Espine y en la Forest Desvoyable, y asistieron gran número de damas y caballeros.

Vemos, pues, que el paso de armas fue bastante corriente en el siglo XV. Podríamos considerar otros muchos, como el Pas de l'Arbre d'Or, el Pas du Perron Feé, el Pas de la Dame Sauvage, el Pas d'armes de la bergère, el Pas du chevalier au cygne, el Pas de la Dame inconnue. Pero con lo resumido basta para encuadrar el Passo Honroso de Suero de Quiñones dentro de una costumbre de la época.

En los pasos de armas, cuyo punto de partida o excusa es un voto caballeresco, como los que consideramos en páginas anteriores, los hombres del siglo XV imitaban episodios novelescos y se inspiraban en la literatura, como bien claramente revelan los títulos de los que acabamos de recordar. En las novelas de caballerías, ya desde los romans de Chrétien de Troyes, es frecuente encontrar el tema del caballero que cierra el paso o el camino que conduce a una aventura, y uno de los más típicos es, sin duda, el episodio de la fuente de Brocéliande, defendida por el marido de Laudine, prueba en la que fracasaron Calogrenant y el senescal Keus, pero que supera Yvain, en el roman de *Li chevaliers au lion*.

A nosotros nos interesa ahora, primordialmente, el tema del paso de armas cuando va unido a la liberación del defensor porque ha hecho un voto o una promesa, ya que es éste precisamente el caso de Suero de Quiñones. Ambas características se dan en el episodio de la Joie de la Cort, con que se cierra el roman de *Erec*, obra de Chrétien de Troyes anterior al año 1170. Este episodio narra lo siguiente: Erec entra en el castillo de Brandiganz porque sabe que allí hay una peligrosa aventura en la que han perecido todos los caballeros que han intentado acometerla. Autorizado por el señor de la fortaleza, que hace todo lo posible para disuadirle, y escuchando los malos pronósticos de la multitud que le augura la muerte, se encamina al lugar de la aventura, que es un fantástico vergel, con flores y frutos de toda especie y en el que constantemente cantan los pájaros. En medio del vergel ve una serie de estacas clavadas en el suelo en cuyo extremo superior hay una cabeza con yelmo, menos en una determinada, en la que hay un cuerno de caza. Le explican que aquella estaca está destinada a que en ella se hinque su cabeza, pues nunca ha ocurrido que un caballero coja aquel cuerno sin que después su cabeza no ocupe su lugar. Erec se encomienda a Dios y avanza animosamente, y en un sendero encuentra un rico lecho de plata, cubierto de tela de oro, en el que reposa una bellísima doncella.

Así que va a acercarse a ella, aparece un caballero de talla desmesurada y que viste armas bermejas. Increpa destempladamente a Erec y le ordena que no siga adelante. Él responde que no le teme y que está dispuesto a luchar, y, en efecto, combaten. Erec derriba a su adversario y le hace confesarse vencido. El corpulento caballero, que se llama Maboagrains, explica la razón de su conducta: Tiempo atrás, en la corte del rey Lac, se enamoró de aquella doncella que descansa en la cama de plata, la cual, para probar su amor, le hizo jurar que le concedería un don, y él lo hizo sin saber de qué don se trataba. Entonces la doncella le exigió que permaneciera en aquel vergel hasta que otro caballero lograra vencerlo. Así estuvo Maboagrains largo tiempo, venciendo a todos los caballeros que se acercaban allí, pero también deseoso de salir de aquel encierro, que se le hacía insoportable. Su valentía y su pundonor le obligaban a pelear eficazmente contra todos los que aceptaban su reto, pero interiormente deseaba ser vencido, a fin de quedar libre. Erec acaba de liberarlo y de devolverle la alegría, que se extenderá por toda la corte, y por esto la aventura se llama la Joie de la Cort.

Este episodio es un auténtico precedente de los pasos de armas, pues en él un caballero cierra el paso a los aventureros y les obliga a luchar con él, todo ello en razón de un voto que ha hecho. Recuérdese —y lo hemos ya señalado en los capítulos de Suero de Quiñones y de otros caballeros históricos— que el mantenedor principal de un paso pide a los aventureros que le «liberen» del voto, que es lo mismo que deseaba Maboagrains. Como la mayoría de los episodios de los romans de Chrétien de Troyes, el de la Joie de la Cort fue objeto de multitud de imitaciones en la literatura medieval.

En la novela caballeresca francesa, en prosa, de los siglos XIII y XIV abundan los temas, los episodios y las situaciones que inspiraron los pasos de armas. Entre los muchos que podríamos aducir, recordemos el de «le Tertre Devée», o sea del cerro prohibi-

do, o defendido, que se narra en el *Lancelot* propiamente dicho. El perverso caballero Clochides promete a su enamorada, la hija del rey Esclamor de la Vermeille Cité, que edificará un castillo que no temerá a hombre vivo:

> Lors fast le chevaliers fremer un chastel en cel tertre lassus, si fort quil ne doute siege ne ost; si y mena la damoisele atout si grant tresor comme elle pot atraire de son pere. E pour ce quil fust plus asseur, atorna il en tel maniere que les voies del tertre que il n'en fist que une seule, et cele estoit si male et si roide et si estroite quil n'i pot aler que uns seuls chevaliers. Apres desfendi il chevaliers del tertre ke nus chevaliers ne fust si hardis ki montast en son tiertre et fist drecier une crois au pie du mont, et y fust metre un brief qui desfendoit que nus n'alast amont, et dist que des ores mais seroit il apelés li Tertre Devées. «Car jou le devée —fist il — a tous cex qui Geste part venront.»[2]

Como puede comprenderse, una prohibición de este tipo, anunciada en un cartel, es un acicate para que todos los caballeros que pasen por allí intenten la aventura, entre ellos Bohort, primo de Lancelot, que acabará conquistando el castillo de «le Tertre Deveé».

En algunas novelas francesas, principalmente la de *Alixandre l'Orphelin*, este caballero, sobrino del famoso rey Marc, defiende el Pas de la Belle Garde y se enamora de una doncella que acude allí, Aylies, llamada la Belle Pélerine. No hay duda de que se inspiraba en este episodio el bastardo de Saint-Pol cuando organizó el Pas de la Belle Pélerine, del que antes hemos tratado.

Es, pues, el paso de armas una manifestación más de la tendencia a novelar la vida caballeresca que tan acusadamente se da en el siglo XV. Los caballeros, grandes admiradores de las novelas de aventuras y de las hazañas de sus héroes, quieren vivir como ellos, y tanto los torneos y las justas como los pasos de armas los organizan teniendo presentes modelos literarios, como en tantos otros aspectos de su existencia, sobre todo en las relaciones con las damas. Un paso de armas significa para ellos vivir un episodio de una novela, y por esto recargan su escenografía con elementos fabulosos, como el arco de la Fuerte Ventura del infante don En-

rique o el pino de las manzanas de oro del conde de Foix. En el siglo XV, cuando la caballería todavía es una clase que tiene cierta razón de ser y que no se resigna a morir exagerando el lujo y el ceremonial, estos pasos de armas, en el fondo algo muy similar a las competiciones deportivas de hoy, son algo muy serio, en lo que se invierten grandes sumas de dinero, y un espectáculo que entusiasma a todos, hasta el bajo pueblo que lo presencia absorto y entusiasmado. En el siglo XV gran número de caballeros viven novelescamente, imitando a los héroes de los libros de caballerías, como Suero de Quiñones y todos los que ya he citado y citaré más adelante.

Pero (insisto en ello), por un curioso proceso de ósmosis, en aquel mismo siglo XV la novela caballeresca muchas veces se inspirará en las actitudes novelescas de los caballeros reales. Basta leer el *Curial e Güelfa*, en el que tan a menudo seres de la ficción llevan nombres de personajes históricos, lo que también ocurre en el *Tirant lo Blanc*, cuyo autor principal ya vimos que fue caballero andante, para darse cuenta de que la realidad se infiltra en la literatura. Fijémonos en un solo caso, que expongo de un modo esquemático. Consta que en 1450 Gastón de Foix tenía a sus órdenes un escudero llamado Arnaud de la Sale, al cual envió como embajador a la corte de Juan II de Castilla. El Pas du Pin aux Pommes d'Or se celebró en el Born de Barcelona, en diciembre de 1455. En mayo de 1455 Antoine de la Sale firma el colofón de su novela *Jehan de Saintré*, donde el protagonista, en Barcelona, defiende en un paso de armas un brazalete de oro, episodio que ya conocemos y en el que se encuentran ciertas similitudes con el histórico paso del Born, sobre todo en la descripción del armamento de los caballeros y en los elementos que integran el cortejo de Petit Jehan, muy similares al de Gastón de Foix. Recordemos, finalmente, que Antoine de la Sale, en 1446, había sido juez del Pas de la Joyeuse Garde, organizado por René de Anjou.

Incidentes entre mantenedores y aventureros

Mientras el rey de armas León y otros farautes recorrían las cortes cristianas publicando los capítulos del Passo Honroso, Suero de Quiñones reunía caballos y armas y hacía cortar madera en los consejos de Luna, Ordás y Valdellamas, lugares del señorío de su padre, Diego Fernández de Quiñones, para construir los cadahalsos y la liza.

> Junto al camino francés estava una graciosa floresta, por medio de la qual armaron los maestros una gran liça de madera, que tenía ciento y quarenta y seys passos en largo, y en altura fasta una lança de armas, e por medio de la liça estava fecho un rincle de maderos fincados en tierra, de un estado en alto, y por encima dellos otro ríncle de maderos, a manera de verjas, como se hazen los corredores, y estava a lo luengo de la tela por donde yvan los cavallos. En rededor de la liça fizieron siete cadafalsos, y el uno estava en el un cabo, cerca de la puerta de la liça, por donde entrava Suero de Quiñones y sus compañeros, para que dende él mirassen las justas guando ellos no justavan. Adelante estavan otros dos cadahalsos, uno en frente de otro, y la liça en medio, dende los quales miravan los cavalleros estrangeros que viniessen a hazer armas, ansí antes de las hazer como después de hechas. Otros dos cadahalsos estavan en medio de la liça, uno en frente de otro, y el uno era para los juezes y para el rey de armas y farautes y trompetas y escrivanos, y el otro para los generosos, famosos, honrados cavalleros que viniessen a honrar el Honrado Passo. Los otros dos cadafalsos estavan más adelante para otras gentes y para los trompetas y oficiales de los cavalleros e gentileshombres que al passo viniessen. A cada punta de la liça avía una puerta, y por la una entravan los defensores del Passo, y allí estavan las armas o escudo de los Quiñones puesto en su vandera, levantada en alto; y por la otra entravan los aventureros que venían a se provar de armas, y también allí estava enarbolada otra vandera con las armas de Suero de Quiñones.

En León, más allá del puente de San Marcos, se puso una estatua de mármol, obra de Nicolao Francés, maestro de las obras de Santa María de Regla, que figuraba un faraute, con la mano izquierda en el costado y la derecha señalando un letrero que decía *Por ay van al Passo*. Junto a las lizas se montaron veintidós tiendas, para los mantenedores y aventureros, los oficiales (reyes de armas, farautes, persevantes, trompetas), escribanos, armeros, herreros, cirujanos, médicos, carpinteros, lanceros, sastres, bordadores, etc. En medio de las tiendas se hizo una gran sala de ma-

dera adornada con ricos paños franceses, y en ella se pusieron mesas para los caballeros.

El sábado, 10 de julio de 1434, primer día del Passo Honroso, el rey de armas Portugal y el faraute Monreal anunciaron a Suero de Quiñones que, ante los jueces de la empresa, Pero Barba y Gómez Arias de Quiñones, se habían presentado tres aventureros, el uno era un caballero alemán, micer Arnaldo de la Floresta Bermeja (se llamaría, posiblemente, Arnald von Rottenwald), de unos veintisiete años, y los otros, dos hermanos valencianos, aproximadamente de la misma edad, llamados mossén Johan Fabra y mossén Pere Fabra, hijos de mossén Johan Fabra, señor de Chella. Más adelante daré algunas noticias sobre estos caballeros valencianos, pues las que tengo son todas posteriores a 1434. Recordemos sólo que el señorío de Chella está próximo a Énguera.

Suero de Quiñones recibió a los tres caballeros muy amablemente en su tienda, y rogó a los valencianos que no le obligasen a pelear en domingo y que permitiesen que el alemán fuera el primero en justar, pues hacía quince días que había llegado. Los Fabra lo concedieron, aunque hicieron constar que, habiendo pisado ellos la liza primero que el alemán, se les debía el primer lugar, pero le cedían su derecho. De acuerdo con lo dispuesto en el capítulo decimoquinto del Passo, los tres caballeros aventureros tuvieron que dejar sus espuelas derechas, que fueron colgadas en un paño francés que había en el cadahalso de los jueces, que les serían devueltas cuando empezara la lucha.

Al día siguiente, domingo, después de oír misa en la iglesia del hospital de San Juan, Suero de Quiñones se encaminó a la liza. El *Libro del Passo Honroso* describe al caballero leonés del siguiente modo:

> Suero de Quiñones salió en un cavallo fuerte, con paramentos azules bordados de la devisa e fierro de su famosa empresa, y encima de cada devisa estavan bor-

dadas unas letras que dezían: *Il faut deliberer*. Y él llevava vestido un falsopeto de azeytuní vellud vellotado verde brocado, con una uça de brocado azeytuní vellud vellotado azul. Sus calças eran de grana, italianas, y una caperuça alta de grana, con espuelas de rodete italianas, ricas doradas, en la mano una espada de armas desnuda dorada. Llevava en el braço derecho, cerca de los morzillos, su empresa de oro, ricamente obrada, tan ancha como dos dedos, con letras azules alrededor, que dezían:

Si a vous ne plaist de ouyr mesure,
certes, je dy
que je suy
sans venture.

Y tenía también unos bolloncillos redondos al derredor de la mesura empresa. Llevava su arnés de piernas y braçales con muy fermosa continencia.

Le seguían tres pajes, cuyas vestiduras se describen prolijamente, y le precedían sus nueve compañeros, los otros mantenedores del Passo Honroso, y le acompañaban muchos caballeros. El cortejo dio dos vueltas a la liza, y Suero requirió a los jueces que «sin respeto a amistança o enemistança juzgassen de lo que allí passasse, ygualando las armas entre todos y dando a cada uno la honra y prez que mereciesse por su valentía e destreza, e que diessen favor a los estrangeros, si por dar alguna ferida a alguno de los defensores del Honroso Passo, fuessen acometidos de otros, fuera el que con él justasse». Añadió Suero de Quiñones que, si alguna desgracia le impidiese cumplir con su demanda, ocupase su lugar don Enrique, hermano del almirante don Fadrique; si éste también faltase, que le sucediera don Juan de Benavente, y a éste don Pedro de Acuña.

El lunes, 12 de julio, así que amaneció, los jueces subieron a su cadahalso con el rey de armas, el faraute y los persevantes Vanda y Cintra, trompetas y escribanos. Antes que nada se presentaron los nueve mantenedores y protestaron por las sustituciones que el día antes había hecho Suero, alegando que, si él faltaba, a ellos correspondía, y no a otros, ocupar su lugar. Los jueces dijeron que era justo lo que alegaban, y entonces los nueve mantenedores fueron a la tienda de Suero de Quiñones y con él y otros ca-

balleros asistieron a una de las tres misas que todos los días oía el capitán leonés.

Entró en la liza el alemán micer Arnaldo de la Floresta Bermeja acompañado de los hermanos Fabra y de otros caballeros, y aquél peleó con Suero de Quiñones. Acabada esta primera batalla los dos valencianos requirieron a Suero para que luchara con ellos, y de acuerdo con lo dispuesto en el capítulo segundo del Passo, pidieron para combatir las mismas armas y el mismo caballo con que el propio Suero había peleado con el caballero alemán, lo que Rodríguez de Lena comenta con las siguientes palabras: «No me parece que deseaban tanto la honra como la seguridad de sus pellejos». Suero de Quiñones se atuvo al parecer de los jueces, y éstos mandaron aquel día no se justase ya más y que no estaba obligado a dar armas ni caballo. No obstante, les envió sus armas y cuatro poderosos caballos, para que escogiesen, y los Fabra sólo se quedaron uno.

A pesar de que Suero de Quiñones tenía gran deseo de probarse con los dos caballeros valencianos, su primo, Lope de Estúñiga, uno de los mantenedores, se ofreció a luchar aquel mismo lunes con uno de ellos; y, en efecto, a hora de vísperas, pelearon Estúñiga, como mantenedor, y Johan Fabra, como aventurero. No se olvide que, según el capítulo octavo del Passo, los aventureros no tenían derecho a saber quién era el mantenedor que luchaba contra ellos y tenían prohibido preguntar el nombre de su adversario hasta haberse acabado la justa. A la sexta carrera Johan Fabra, tras haber roto su lanza en el peto de su enemigo, dijo «en alto catalán si fazía con él armas Baçán» (Diego de Bazán, uno de los mantenedores), y su hermano, Pere Fabra, le respondió: «No, mon frare, que per mi·s guarda». En la séptima carrera, un criado de Lope de Estúñiga, a fin de animar a su señor, gritó: «¡A él, a él!», y los jueces mandaron que se le cortara la lengua, pero se les rogó que aligerasen tan dura pena, «y le dieron treynta buenos palos y le llevaron a la cárcel». Tras diecinue-

ve carreras, como ya se había hecho muy oscuro, los jueces decidieron suspender la justa, a pesar de no haberse quebrado las tres lanzas reglamentarias, lo que se hizo con grandes protestas de los dos contendientes. Estúñiga invitó a cenar a Johan Fabra y a Suero de Quiñones, con muchos otros caballeros, «con gran agasajo, e dançaron sobre cena».

El martes, 13 de julio, poco después de amanecer, lucharon mossén Pere Fabra, aventurero, y Diego de Bazán, mantenedor. A la quinta carrera Bazán rompió la tercera lanza, con lo que se acabó la justa. Cuando Pere Fabra supo que no había peleado con Suero de Quiñones, se consideró engañado porque éste le había prometido que se probaría con él, y juró que en algún tiempo se lo pediría por testimonio.

El miércoles, 14 de julio, Lope de Estúñiga pidió a los jueces que le dejasen acabar las armas con mossén Johan Fabra, que habían sido interrumpidas el lunes, pues quedaba por quebrar una de las tres lanzas, pero los jueces respondieron que ya lo habían dado por concluido, «y con esto se quedó mohíno». Aquel mismo miércoles, antes de comer, se presentaron en el Passo Honroso dos aventureros, mossén Pere Daviu y mossén Francés Daviu, que dejaron, como todos, sus espuelas en poder del rey de armas, que las colgó en el paño francés. Poco antes, en marzo y abril del mismo año 1434, Pere Daviu, desde Játiva, Nules y Oliva, había cambiado cartas de batalla con Ausías Rodlán, de Moixent (Mogente), porque, como decía aquél, «en l'església de Santa Clara, a requesta vostra, passaren algunes paraules entre vós e mi». Era, pues, hombre algo pendenciero.

Aquel mismo día pasaron por cerca de la liza dos damas, y los jueces enviaron al rey de armas y al faraute para saber si eran nobles y si iban en su compañía caballeros que les franqueasen el paso, pues, según el capítulo cuarto, toda dama que se aproximara media legua debía perder el guante de la mano derecha si un caballero no luchaba por ella. Las damas respondieron que

iban en romería a Santiago, que eran nobles y que se llamaban Guiomar de la Vega, viuda, y Leonor de la Vega, esposa de Juan de la Vega, que las acompañaba. El rey de armas les pidió sus guantes, si había algún caballero que las librase; y al punto se ofreció a ello mossén Francés Daviu, al cual Juan de la Vega dio muchas gracias, porque él no iba dispuesto a hacer armas, sino en calidad de romero, y al volver de Santiago intervendría en el Passo Honroso. Los jueces, que habían hecho colgar los guantes del paño francés, ordenaron al persevante Vanda que los devolviese a las damas cuando supieron la cristiana intención de los viajeros y la caballerosa intención de Juan de la Vega.

El jueves, 15 de julio, Suero de Quiñones, «armado en blanco de unas platas senzillas, sobre las cuales metió una blanca camisa, toda bordada a figuras de ruedas de Sancta Catalina», luchó contra mossén Pere Daviu, aventurero. El caballero valenciano, en la tercera carrera, dio al leonés «por la vista del almete, hazia la parte derecha de la sien, y entró el fierro hasta la mitad, y rompió allí su lança un palmo de fierro, y quedóle metido por la visera del almete, y recibió un comunal revés. Suero travó con la mano derecha el troço por le sacar, mas no pudo, e todos creyeron ser ferido de muerte, según el peligroso lugar del encuentro; mas Suero, por despenar a todos, dixo en altas bozes: —¡No es nada, no es nada! ¡Quiñones, Quiñones! —y en esta carrera encontró Suero a Mosén en el peto del piastrón, e falsóle juntamente con el bolante de las platas y tocó el peto dellas, y por este encuentro se libró de la muerte, al parecer de todos». Luego, por ser ya de noche, los jueces suspendieron la pelea.

El viernes, 16 de julio, mossén Francés Daviu, aventurero, luchó con Lope de Estúñiga, mantenedor. La pelea fue muy dura, y a la carrera veintitrés el valenciano cayó fuera de la liza, con lo que se acabó la justa. Entonces «mosén Francés dixo allí delante de muchos cavalleros que lo oyeron, que hazla voto a Dios de jamás en su vida tratar con monja, ni la amar, porque hasta allí

avía amado a una, por cuya contemplación avía venido a fazer aquellas armas; y que qualquiera que supiesse que él amava a monja, le pudiese retar por malo, sin que él le pudiesse responder en ningún lugar». Lope de Estúñiga, que estuvo muy satisfecho por haber luchado con él, «le quedó muy aficionado».

El sábado, 17 de julio, por la tarde, llegó al Passo Honroso «un gentil home catalán llamado Juan de Camoz, vezino de Barcelona», cuya espuela derecha fue colgada del paño francés. El día siguiente, el domingo 18, «llegó a se presentar a los juezes, para provar el aventura, mosén Bernal de Requesenes, catalán de Barcelona, el qual trahía sus cavalgaduras, diziendo que yva por devoción en romería a Sanctiago de Galicia, y de allí a Hierusalem, y como prometiesse de guardar lo acostumbrado, fue admitido, y su espuela diestra colgada en el paño francés».

El lunes, 19 de julio, Johan de Camós, aventurero, peleó con Pedro de Nava, mantenedor, y la justa acabó a la octava carrera, cuando Nava hubo quebrado tres lanzas. Acto seguido contendieron Bernat de Requesens, aventurero, y Diego de Bazán, mantenedor, e hicieron siete carreras.

El jueves, 22 de julio, da principio el epistolario de caballeros catalanes y valencianos con los mantenedores del Passo Honroso, lo que de ahora en adelante permite combinar los datos de estas cartas con los que ofrece el *Libro del Passo Honroso* y completarlos. Aquel mismo día, por la tarde y por medio del rey de armas Portugal, Suero de Quiñones recibió la siguiente carta:

> Mossèn Suero de Quiyones. Com nosaltres dos, cavallers catalans, ffrares d'armes, siam certs que vós tenu un pas en lo pont de Órvigo, camí romeu de Sent Jacme, havent feta una empresa d'armes, per la qual cové als romeus, cavaliers e gentilshòmens, qui van a la sancta perdonança, torbar lurs devocions e retardar lur romiatge, com per lur honor sien forçats e constrets de suplir a vostra volentària empressa, e vehent nosaltres tal destorp als dits romeus per vós ésser donat, som partits de Catalunya, al pus cuytat que havem pogut, pensant-ne fer servir a Déu e a mossènyer Sent Jacme. Per què, ab la present vos offerim rompre totes agnelles lances en la forma e manera que per vós en vostra empressa són di-

visades. E açò fem per descàrrech dels dits romeus e que d'ací avant romanguen quitis e devotament puxen cumplir llur romiatge, prenent nosaltres tot lo càrrech dins lo temps per vós emprès, pregant-vos d'ací anant als dits romeus no sia fet nengun empaig, e que prestament hajam vostra certa resposta, car nosaltres havem votat dar compliment a·ltres afers, als quals, Déus migançant, no podem fallir vós no acceptant nostra oferta. Certificam-vos que si dins dos dies haver vós rebuda la present, de la qual starem a fe del portador, no havíem haüda la dita vostra resposta, a nosaltres seria forçat dar compliment a nostre vot. E per què·s mostre la veritat que havem dat acabament en lo per què som venguts ací, vos trametem la present per lo rey d'armes de Portogal, sots scrita de nostres mans e sagellada ab lo segell de nostres armes e partida per A B C. Dada en la ciutat de Leó, a XXII de juliol, any M CCCC XXX IIII. *Riambau de Corbera e Francí Desvaylls*.[3]

Esta carta estaba «escrita en papel cebtí» e iba sellada «con dos sellos de cera colorada… junto uno sobre otro, y el de mosén Francí tenía señal de una roseta redonda, y el de mosén Riembao tenía señal de un cuervo». Es de destacar la gran audacia del reto de Francí Desvalls y Riambau de Corbera, quienes, so pretexto de que el Passo Honroso estorbaba a los romeros que iban a Santiago en aquel año jubilar, y en servicio de ellos y del Apóstol, se ofrecían a quebrar, ellos solos, las trescientas lanzas que Suero de Quiñones había fijado como límite de su empresa. El gesto de los dos caballeros catalanes amenazaba con deslucir el Passo, pues, si se aceptaba su reto, quedaría reducido a la pelea de dos aventureros contra los mantenedores e impediría que hicieran armas los caballeros que habían acudido de diversos reinos.

Riambau de Corbera es, en principio, difícil de individualizar porque los Corbera, generación tras generación, llevaban el nombre de Riambau, lo que induce a constantes confusiones. No será nuestro caballero el Riambau de Corbera, lugarteniente general de Cataluña, que sirvió en Sicilia y en Cerdeña a Juan I y a Martín el Humano, que luchó contra Mateu de Castellbó, conde de Foix, que en 1413 combatió contra Jaime de Urgel, en Lérida, donde tuvo a sus órdenes al poeta Guillem de Masdovelles. Este Riambau de Corbera en 1434 era mucho mayor que el que tomó parte en el Passo Honroso y tenía demasiada categoría para

meterse en empresas de este tipo, sobre todo con la audacia que revela la carta que acabamos de leer. En 1431 firman, en varios documentos de índole particular, Riambau de Corbera, *miles*, mayor de días, y su hijo Riambau de Corbera, *miles*, menor de días; en otros de 1432 y 1437 ya sólo firma el segundo, el cual consta como muerto el 2 de junio de 1442 y se menciona a su viuda Guillameta Bertrán. Creo indiscutible que el Riambau de Corbera del Passo Honroso es este último. De Francí Desvalls trato con amplitud más adelante.

La primera carta de los dos catalanes llegó al Passo Honroso, como se ha dicho, por la tarde del 22 de julio. No tuvo inmediata respuesta de Suero de Quiñones, mas de otro caballero, que ni tan sólo era mantenedor del Passo sino un asistente a las justas, don Juan de Benavente, quien, desde el puente de Órbigo, escribió, el viernes 23 de julio, a los caballeros catalanes, diciendo que ha leído la carta que han enviado a Suero de Quiñones, en la cual demuestran su «devoto e animoso propósito ser por amor del [Señor] soberano e a honor del bienaventurado apóstol Sanctiago», pues se trata, por una parte, de liberar de su prisión a Suero de Quiñones quebrando las trescientas lanzas necesarias para su rescate, y por el otro evitar que los romeros sean «detenidos e quitados de su devoción». Él, don Juan de Benavente, que es gran amigo de Suero, no ha querido luchar en el Passo Honroso para «evitar los desastres que en los fechos de armas suelen suceder», y ha hecho el voto de no ir a la casa del Apóstol, o sea a Santiago, hasta hallarse en un caso de armas semejante o mayor. Por lo tanto, propone a Francí Desvalls y a Riambau de Corbera que una vez hayan hecho libre a Suero de Quiñones (o sea hayan roto las trescientas lanzas del Passo Honroso), le liberen a él también de su voto, lo que supone que ellos dos tendrán que romper por lo menos trescientas lanzas más con él (Juan de Benavente) y otro caballero. Es decir, que a Francí Desvalls y a Riambau de Corbera, tras el esfuerzo de luchar como únicos aventureros en

el Passo Honroso, se les pide que inmediatamente participen en un hecho de armas que forzosamente ha de ser igual o mayor.

El 24 de julio, sábado, Suero de Quiñones envió a Francí Desvalls y a Riambau de Corbera la respuesta a su carta, en la que les dice que, conforme sus capítulos, a los aventureros o conquistadores sólo les es lícito quebrar tres lanzas, con lo que ellos dos se han de conformar.

Es preciso que nos detengamos para hacer una importante consideración sobre las fechas de envío y de recepción de estas primeras cartas. Como vimos, la de Desvalls y Corbera, firmada en León el jueves, 22 de julio, había llegado a su destino el día siguiente, viernes 23, pues Juan de Benavente sella en esta fecha la suya, afirmando que ha visto «una letra por vos embiada a mosén Suero de Quiñones». Pues bien, Suero de Quiñones, al contestarla, empieza diciendo: «Por Portugal, rey de armas, me fue reportada una letra oy sábado, víspera del Apóstol Sanctiago», o sea el 24 de julio, fecha en que firma esta respuesta. Evidentemente, Suero de Quiñones no dice la verdad, pues la carta de Desvalls y Corbera llegó a su poder el día 23, y la mostró a Juan Benavente, quien se adelantó a escribir a los dos caballeros catalanes. Esta anormalidad implica un voluntario retraso en responder por parte de Suero de Quiñones, que nos aclara las intenciones de éste y de su amigo Juan de Benavente. Francí Desvalls y Riambau de Corbera, con su inesperado reto, podían acabar con todo el lucimiento del Passo Honroso si ellos dos solos rompían las trescientas lanzas, pues impedían que justaran los demás aventureros llegados de distintos reinos y se convertían en los héroes del hecho de armas, en detrimento de Suero de Quiñones y de los otros nueve mantenedores. Era preciso amedrentarlos para que desistieran de su audaz empresa, y con esta intención se explica el nuevo reto de Juan de Benavente, que obligaba a Desvalls y a Corbera a que, tras haber roto trescientas lanzas en el Passo

Honroso, tuvieran que romper otras trescientas o más en otro hecho de armas inmediato.

La carta de Juan de Benavente y la respuesta de Suero de Quiñones, a pesar de ir firmadas en dos días distintos, llegaron a León, por medio del persevante Cintra, la noche del 24, víspera de Santiago. Era absolutamente necesario que Francí Desvalls y Riambau de Corbera las recibieran al mismo tiempo, pues los términos contenidos en la de Juan de Benavente sólo tenían el propósito de disuadirles de sus deseos de hacerse cargo ellos solos del Passo Honroso. Pero los caballeros catalanes contestaron a las dos cartas por la mañana del día 25, domingo, festividad del Apóstol.

En la réplica a Suero de Quiñones, Desvalls y Corbera le dicen que, ya que él no ha querido aceptar su ofrecimiento, o sea romper las trescientas lanzas, propósito que les había traído de Cataluña precipitadamente para librar a los romeros de las incomodidades del Passo, ellos, para cumplir su voto y para servir a Dios y a Santiago, se ven precisados a requerirle de «batalla a ultrança» («batalla a todo trance», o sea a muerte), lo que hacen conminándole a que escoja un compañero para que él y Suero luchen contra ambos, y ellos se ofrecen a buscar plaza segura y juez competente. En cuanto a lo que les había escrito Suero de Quiñones, o sea que se limitaran a actuar en el Passo Honroso como los demás aventureros, los caballeros catalanes replican que «no penseu gens que Siam ací venguts per rompre tres lançes». Esta carta la llevó al puente de Órbigo el rey de armas Portugal, y a ella respondió Suero de Quiñones, esta vez inmediatamente. Dice que está maravillado de que le requieran de batalla a todo trance «sabiendo vosotros que yo mantengo empresa contra todos los cavalleros e gentileshomes del mundo», y les propone que, «pues en poco tenedes romper las tres lanças, que leades bien mis capítulos, e fallaredes que el dezeno dize que qualquier cavallero o gentilhome que quisiere quitar qualquiera pieça del

arnés para correr las dichas lanças, o alguna dellas, que lo embíe a dezir, e que será respondido a su grado, si la razón y el tiempo lo admitiere». Y añade: «E pues a vosotros plaze lo más peligroso, yo vos requiero que vos plega venir aquí e requerir de quitar aquella pieça en que razonablemente más peligro venir puede, certificándovos que aquí fallaredes dos cavalleros o gentileshomes tales, que ningún cavallero del mundo reprocharlos pueda, que la quitarán luego». Después los amenaza y les dice que no aceptará ninguna carta suya más.

Según el capítulo décimo del Passo el caballero aventurero que quisiere pelear más peligrosamente podía proponer hacerlo quitándose una determinada pieza del arnés, con lo que quedaba menos protegido; y se sobreentiende que el mantenedor que combatirá con él se quitará la misma pieza, como Suero de Quiñones puntualiza en la carta que acabo de extractar.

Aquel mismo día 25 de julio, por la mañana, Francí Desvalls y Riambau de Corbera respondieron, como ya se ha dicho, a la carta de Juan de Benavente. Acceden a lo que éste les propuso, y aseguran que, una vez hayan combatido «a tota ultrança» con Suero de Quiñones y el compañero que éste escoja, están dispuestos a liberar a Juan de Benavente de su voto, rompiendo con él y un compañero suyo trescientas lanzas, «o tantes com volreu ne trobareu plaer», siempre que ello sea en plaza y lugar adecuados.

El día siguiente, lunes 26 de julio, Juan de Benavente responde a Francí Desvalls y a Riambau de Corbera, y al principio de su carta escribe: «A mí paresce que vosotros á placido de dar larga en mi deliberación [liberación], la cual a vosotros era offerecida por las buenas novas que de vosotros havían recontado los cavalleros e gentileshombres de vuestra nación, que en este honrado passo an sehído delibrados, los quales creho ser verdat». Y extraña la negativa que sigue a continuación: «E pues así es que vuestra final entención es de dar fin en otras fechos primero, yo

vos do muxas gracias por vuestro buen offerecimiento, el qual por mí non es acceptado, e antes fago fin de más vos replicar en este fexo». Es esto sorprendente, pues don Juan, en su primera carta, había propuesto a los caballeros catalanes que, después de que éstos liberaran a Suero de Quiñones, lo liberaran a él, y ahora aduce el pretexto de que no admite que antes de hacer armas con él intervengan en otra empresa. Ello corrobora que la intervención de don Juan de Benavente sólo pretendía amedrentar a Francí Desvalls y a Riambau de Corbera para que no siguieran adelante en su intención de concluir ellos dos solos el Passo Honroso.

El miércoles, 28 de julio, Francí Desvalls y Riambau de Corbera llegaron al Passo Honroso, «e aviendo fecho el homenaje e solemnidad usada en tal menester, les fueron quitadas las espuelas derechas e colgadas en el paño francés». Requirieron al rey de armas Portugal y al faraute y notario Monreal para que fueran a Suero de Quiñones para que le dijeran «que eran venguts aquí per conplir les armes ab sa persona e ab altre que·l dit Suero volgués, e que·s levarien aquella pesa d'armes qui·ls semblaria pus perillosa; hoc encara, si ell gosava de fer les dites armas sens nenguna pesa d'armes, que ells eran contents».[4] Vemos, pues, que los caballeros catalanes no sólo han transigido con lo último que les propuso Suero de Quiñones, luchar quitándose una pieza del arnés, sino que proponen algo más peligroso todavía: pelear sin ninguna pieza de armas, si Suero se atrevía a ello.

Pero Suero de Quiñones, tras recibirles «con mucho respecto de honor» y proveerles de tiendas de campaña, les replicó que se contentaran con romper las lanzas «axí com havien fet molts altres cavallers e gentileshòmens de lur regne e del regne de Castella qui per aquèn eren passats». Cuando oyeron tal respuesta, tan distinta de lo que esperaban y de lo que prometía la última carta de Suero, quien no les concedía lo que les había ofrecido, quedaron muy descontentos y, por medio del rey de armas y del farau-

te antedicho, hicieron decir al caballero leonés que se acordara de las promesas que había hecho «e que volgués gordar la sua honor».

Al oír estas palabras Suero de Quiñones dijo que se remitía a lo que los jueces del Passo Honroso ordenaran y quisieran. Entonces Francí Desvalls y Riambau de Corbera, acompañados del rey de armas Portugal y del faraute y notario Monreal, se encaminaron a la liza y se presentaron delante de los jueces, que estaban en su cadahalso, y ante gran número de caballeros, gentileshombres y otra gente, dieron cuenta de todos los requerimientos que habían sido hechos, tanto por cartas como de palabra, entre ellos y Suero de Quiñones. Desde allí mismo los caballeros catalanes enviaron de nuevo al rey de armas Portugal a la tienda del caballero leonés para recordarle que había ofrecido la oportunidad de quitarse la pieza del arnés que les pareciera más peligrosa. El rey de armas regresó diciendo que Suero de Quiñones lo remitía todo a los jueces «e que no vendria contra sos capítols», excusa ésta algo desconcertante, pues el décimo de tales capítulos admitía la facultad de pelear con una pieza quitada, como él mismo había propuesto tres días antes.

Entonces Francí Desvalls y Riambau de Corbera repitieron sus razones ante los jueces, les rogaron les permitieran proceder como pedían, y que en caso contrario todo quedase a cargo del honor de Suero, no del suyo. Entonces los jueces respondieron lo siguiente:

> Cavallers, senyors e amichs: si vosaltres sou venguts ací per fer les armes segons que·s conté en los capítols de Suero, e los altres cavallers e gentilshòmens han fet, qui per ací són passais, nosaltres som prests e apparellats de fer per vosaltres axí com per los altres, ab tota honor e gentilesa, axi com fer se pugua; e·n altra manera no som ací per a consentir de levar alguna pessa d'armes ne fer consentir altres mudaments que fins ací no sian estats fets.[5]

Francí Desvalls y Riambau de Corbera, obligados a admitir la sentencia de los jueces, dijeron que, ya que se veían forzados a

hacer armas como los otros aventureros, las harían, pero protestaron contra el honor de Suero.

Toda esta escena, desde la llegada de Francí Desvalls y Riambau de Corbera al Passo Honroso hasta la sentencia de los jueces, es sintomáticamente suprimida en el texto del *Libro de Passo Honroso*, pero la conocemos gracias a un documento de valor irrecusable: el acta testimonial o carta pública, extendida ante testigos por el propio Monreal, faraute y notario real, que él mismo llevó tiempo después a Barcelona, sin duda a requerimiento de Desvalls y Corbera, deseosos de que constara la verdad de lo que les había ocurrido, documento ignorado o menospreciado por los historiadores modernos y que nos ilumina sobre uno de los puntos hasta ahora más desconocidos y peor interpretados del Passo Honroso.

Una semana después, el miércoles 4 de agosto, después de dicha la primera misa, Francí Desvalls y Riambau de Corbera fueron a una de las tiendas próximas a la liza donde se solían armar los aventureros, pues aquél era el día que se les había designado para pelear. Cuando habían empezado a armarse, llegaron el rey de armas y el faraute y les rogaron, de parte de Suero de Quiñones, que no se armasen por entonces, pues todos los mantenedores del Passo «estavan malparados, por feridos o por lisiados», y que esperasen al día siguiente, jueves, que ya encontrarían con quién probarse. Los caballeros catalanes «respondieron que aquél era su día, e que non dexarían de se armar e de meterse en la liça». No juzguemos precipitadamente esta respuesta, que podría parecer poco caballeresca, hasta llegar al final de este episodio. Los jueces, cuando supieron «la respuesta de los catalanes tan rompida», fueron a la tienda donde se armaban y les dijeron:

> Cavalleros, ya sabedes el juramento y pleytomenage que fechos nos tenedes de estar a nuestra governança e mandado en este fecho de armas de que nos somos juezes, e también sabedes que nos vos juramos de guardar vuestro derecho e igualdad con toda justicia; y en virtud de tales condiciones vos notificamos que

> todos los diez defensores del Passo están mal feridos o desencasados manos o braços. E por ende vos rogamos como mejor podemos, e vos lo mandamos, que cessen por oy vuestras armas, e que mañana jueves, por la mañana, fallaredes cavalleros sanos o enfermos que vos mantendrán justa.

Francí Desvalls y Riambau de Corbera, «aunque con acedía», obedecieron y se desarmaron. Aquel día llegó un «maestro algibrista», que se dedicó a concertar huesos dislocados de caballeros lisiados. Mientras tanto, Suero de Quiñones celebró consejo con sus nueve compañeros mantenedores, y comprobaron que les quedaba muy poco tiempo para hacer armas con todos los caballeros aventureros que esperaban turno; y a fin de «cumplir con algunos en aquel miércoles», enviaron un escudero a Francí Desvalls y a Riambau de Corbera para rogarles que no tuviesen a mal esperar ellos a pelear el día siguiente y que algunos de los mantenedores que ya estaban curados («bilmados») hicieran armas aquella tarde con algunos aventureros. Esta proposición indica bien a las claras el temor que infundían los dos caballeros catalanes a los mantenedores del Passo Honroso, los cuales, a pesar de sus lesiones, se veían capaces de luchar contra otros aventureros que no fueran ellos. Como es natural, Francí Desvalls y Riambau de Corbera «replicaron que, pues aquel día era suyo, y havía caballeros bilmados y dispuestos para tratar las armas, que ellos querían provarlos en la liça como ellos se querían provar con otros». Entonces Suero les mandó decir que sin dilación se cumpliese su deseo, que se armasen otra vez y que aquella tarde encontrarían mantenedores con quienes pelear. Entonces los catalanes replicaron que los jueces habían determinado que aquel día no se luchara, y que, por lo tanto, nadie, ni ellos ni otros, entrasen en la liza. Pero ocurrió que Suero de Quiñones pidió a los jueces, siempre tan dispuestos a complacerle, que puesto que el aventurero Martín de Guzmán ya se había armado, y parecería «desaguisado fazerle desarmar sin llegar a la prueva», que le permitiesen luchar, y envió al rey de armas y al faraute «con muchos muy humildes ruegos a los dos catalanes toviessen por bien dar

licencia a don Martín de Guzmán, aunque fuesse la vez y el día suyo». Desvalls y Corbera accedieron a los ruegos de Suero de Quiñones, aunque ellos también se habían armado aquella mañana y se les había hecho desarmar sin que «pareciesse desaguisado». Vale la pena consignar que Martín de Guzmán peleó contra el mantenedor Sancho de Ravanal, que los jueces les permitieron que «no por sobervia, sinon para mayor experiencia», justaran con lanzas gruesas, que ambos se dieron grandes golpes en las quince carreras que duró el combate, y que en todo momento el mantenedor demostró estar muy fuerte y muy sano, lo que sin duda le hubiera permitido medirse con alguno de los dos catalanes, y así no alterar antirreglamentariamente el curso del Passo.

El jueves, 5 de agosto, Diego de Bazán, mantenedor, peleó con Riambau de Corbera, el cual montaba «un valiente y fuerte cavallo, muy diestro y seguro, que avía trahído de Aragón, de color ruzio e muy fermoso». Tomó una de las lanzas más gruesas y Bazán hizo lo propio. La justa fue muy breve:

> A la primera carrera encontró Rimbao a Baçán por la bavera, e rompió su lança en él en pieças, quedando la punta de fierro en la bavera; e Baçán quedó un poco atordido, mas no mucho, como algunos dixeron, e por esso non perdió su lança. Mas por fallarse mal de la ferida que de antes tenía, los juezes dixeron a Rimbao que le darían otro cavallero que le cumpliesse de justa. El catalán no quiso más armas con ninguno, dizendo que ya avía satisfecho a su dever.

Y a continuación, el autor del *Libro del Passo Honroso*, para paliar el efecto de la fulminante victoria de Riambau de Corbera, añade por su cuenta: «en lo que semeja que non vino de su tierra por ganar honra con obras sinon por contender en achaques», olvidando que tanto él como Francí Desvalls habían querido romper ellos solos las trescientas lanzas, y no se les permitió, y luego pretendieron pelear peligrosamente, con una pieza del arnés de menos, y tampoco les fue concedido. Los jueces dijeron luego que Bazán «les avía jurado que, en poniéndose en carrera, ya yva atordido, y que antes de llegar al lugar del encuentro, ya non vía

de sus ojos y que le semejava salirle dellos llamas de fuego, e que en este día él muriesse de muerte de villano si verdad non fablava; y el rey de armas y el faraute lo publicaron con grandes vozes delante quantos allí se acertaron». Como aquel día Diego de Bazán no murió «de muerte de villano», hay que admitir que era verdad cuanto decía.

Acto seguido entraron en la liza Lope de Aller, mantenedor, y Francí Desvalls. La pelea se desarrolló del modo siguiente:

> faltaron de sus primeras encuentros, mas en la segunda carrera el catalán encontró al de Aller en el arandela, e non rompió lança ni alguno dellos tomó revés. En la carrera tercera el de Aller encontró al catalán en la guarda del braçal izquierdo, falsándogela y tocándole en el guardabraço se le desguarneció, e despuntó el fierro, sin romper lança e sin que alguno dellos tomasse revés; e corrieron otra vez sin encontrarse. A la quinta carrera el catalán encontró al de Aller en una chapilla redonda de las dos que tiene el perno, donde está el bolante del piastrón en mitad del peto, e non prendió el fierro en ella, y ansí surtió rayando fasta el borde de las platas de la parte derecha, e lançóle el fierro por so el sobaco derecho, donde armadura ninguna puede aver, con un palmo del hasta de la otra parte, e fízole una gran ferida, de que salió mucha sangre, y rompió su lança en él. Lope de Aller llevó el troço de la lança, con el fierro metido en el brazo, fasta en fuera de la liça, e non tomó revés, antes dezía a todos que non era nada. Y el catalán tomó un gran revés de su encuentro; y los juezes dieron por acabadas sus armas y les mandaron salir del campo.

Así pues, tanto Riambau de Corbera como Francí Desvalls rompieron cada uno de ellos una lanza en su adversario, al que inutilizaron antes de que él pudiera quebrar ninguna otra. Finalmente, Suero de Quiñones invitó a los dos caballeros catalanes a comer el viernes, ya que él, a honor de Nuestra Señora, ayunaba los jueves. Sin duda aceptaron esta invitación, si bien el faraute Monreal, en la carta testimonial antes citada, afirma que Desvalls y Corbera, aunque todos los caballeros y gentileshombres que fueron al Passo Honroso, «prenian rasió de totas viandas del dit Suero, los dits cavallers, no contrastant que per moltas vegadas ne fossen estat requests, no volgueran míngua pendre».

El viernes, 6 de agosto, lucharon el mantenedor Suero, hijo de Álvar Gómez de Quiñones, y el aventurero Esberte de Claramonte, el cual, según el texto del *Libro del Passo Honroso*, impreso en Salamanca en 1588, es considerado aragonés, pero que el manuscrito de El Escorial, al presentarlo, dice que era «un gentilhombre el qual se llamó por su nombre Esberte de Claramonte, del reino de Cataluña». Zurita también lo considera catalán, y en este caso su nombre no desfigurado fue Asbert de Claramunt, que se hizo famoso en el paso precisamente porque fue el único caballero que halló la muerte en él. Ésta, según el manuscrito, acaeció del modo siguiente:

> A las nueve carreras encontró Suero, fijo de Álvar Gómez, al ya nombrado sin ventura Esberte de Claramonte, por la vista del elmete, e diole un tan gran golpe, que le lançó todo el fierro de la lança por el ojo yzquierdo fasta los sesos, e fízole saltar el ojo fuera del casco, e rompió su lança en él con un palmo del asta e con el fierro, el qual levava metido por la vista del elmete con el pedaço del asta, e por el ojo, según vos es devisado. E assí fue acostado un poco por la liça, fasta que cayó del cavallo muerto en el suelo; e tan súpitamente murió, que por muy aprisa que le acorrieron, nunca le oyeron fablar ni bollir braço ni pierna. E como le quitaron el elmete de la cabeça, falláronle el otro ojo derecho tan inchado como un gran puño que quería parezer en la cara, que avía dos horas que era muerto. E luego aquellos cavalleros catalanes que allí eran, mosén Francí *[Desvalls]* e mosén Rienbau de Corvera, antes desto nombrados, e otros asaz que allí eran naturales de su tierra, mostraron gran sentimiento por su muerte tan súpita, e rogaron a Dios que le huviesse merced al ánima, e en especial se quexava mucho por su muerte un gentilhome que a la sazón en el fecho de aquellas armas le servía, el qual se llamava por su nombre Jufre Jardín, el qual antes desto havía muy bien fecho sus armas… e dezía a altas bozes: «¡O, Esberte de Claramonte, que en fuerte ventura e punto fueste nacido por morir tan supitánea muerte e fuera de la tierra donde eras! Plega a Nuestro Señor Dios que te aya el ánima». E destas cosas dezía muchas e muy dolorosas.

El obispo de Astorga no permitió que Asbert de Claramunt fuera enterrado en sagrado, y así lo sepultaron en una ermita próxima no consagrada. El *Libro del Passo Honroso*, en su versión manuscrita, nos da una fugaz descripción física del caballero:

> Este Esberte era un home tan alto que era maravilla, e tan seguido que cosa en sí non parecía mal puesta, e muy ancho d'espaldas e de muy fuertes miembros, ca

dubda sería si en mill homes escogidos se pudiera fallar cuerpo de home tan fuerte ni tan aventajado. E era home muy fermoso.

El lunes, 9 de agosto, se dio fin al Passo Honroso, con lo que Suero de Quiñones quedó liberado, y el rey de armas y el faraute, con toda solemnidad y ante escribanos, le quitaron la argolla del cuello a pesar de que, como ya veremos, en modo alguno se rompieron las trescientas lanzas que eran precisas para rescatar al leonés. El jueves siguiente, 12 de agosto, y desde León, Suero de Quiñones envió a Francí Desvalls y a Riambau de Corbera, una «letra fent so de batalla», que Vanda, persevante del rey don Juan de Castilla, llevó hasta Barcelona. El caballero leonés, tras referirse a los principales incidentes ocurridos con los dos catalanes, afirma que no quisieron pelear peligrosamente quitándose una pieza del arnés, y les comunica que, estando ya libre de su prisión y empresa, si algo quieren de él, se lo digan por carta, «que yo vos certifico que, si el precio es honor, que vosotros seays en breve satisfechos». Y el autor del *Libro del Passo Honroso* añade: «Esta carta recibió el dicho Vanda, persevant, prometiendo de la dar lo más cedo que pudiesse a los dos cavalleros para quien yva, a los quales él non pudo alcançar fasta en Barcelona, e se la dio en su mano, mas no tenemos certeza de la respuesta que ayan dado, e por esso non la pornemos aquí, non queriendo dañar nuestra verdad con mentiras de cosas agenas».

Nada menos que cuatro respuestas conozco yo de Francí Desvalls y Riambau de Corbera a esta última carta de Suero de Quiñones. Tres de ellas son modelos o borradores, que no fueron enviados, y la cuarta es la redacción definitiva, que fue remitida a Suero de Quiñones, por medio del persevante Helmenía, desde Barcelona, el 13 de octubre de 1434. Se desprende que Francí Desvalls y Riambau de Corbera, una vez llegados a Barcelona y recibida la anterior carta de Suero de Quiñones, consultaron a otros caballeros sobre la manera más adecuada de responderle; y así han llegado hasta nosotros los modelos de respuesta que les

propusieron un anónimo, Ramón de Soler y mossén Pero Pardo de la Casta, caballeros muy experimentados en este tipo de correspondencia. La respuesta válida y definitiva —que no tiene la dureza de algunas expresiones de los modelos— resume al principio lo que ya sabemos, desde la llegada de Desvalls y Corbera a León, y recuerda que «érem contents, no solament de llevar una peça, mes encara més avant, e per vós nos fou tramès a dir que·ns pregàveu fóssem contents de córrer segons los altres»[6] (lo que coincide con lo atestiguado por el faraute y notario Monreal). Y concluyen con estas palabras:

> Per què a nosaltres a present no resta pus a dir ne scriure com hajam complit, segons desús, ço que amprendre votat havíem; mas si vós, cuydant smenar vostres errades, voldríeu pendre càrrech de requerir-nos de res, trameteu-nos-ho a dir, e siau cert que trobareu altra resposta que nosaltres no havem trobada en vós, fiant en Déu e a mossèn Sent Jordi que vós, en tal cars de tot reparar vostres càrrechs, doblareu aquells.[7]

Ésta es la última pieza que conozco sobre la intervención de Francí Desvalls y Riambau de Corbera en el Passo Honroso.

Un mes después de acabado el Passo, o sea el 6 de setiembre de 1434, los caballeros valencianos Johan Fabra y Pere Fabra, firmaban, en Lisboa, una carta de «requesta de batalla a tota ultrança», dirigida a Suero de Quiñones y Lope de Estúñiga. Es como sigue:

> Suero de Quiyones e Lope de Stúyega, cavaliers. Nosaltres, Johan Fabra e Pere Fabra, cavallers germans, per desig gran que tenim d'excercitar en fet d'armes nostres persones, en lo nom de Déu e de nostra Dona e del benaventurat Sent Jordi, requerim vosaltres a tota nostra requesta, nostres persones contra les vostres, combatre·us a ultrança, peu a terra, ab atxa, spasa e daga d'una egualtat, e les armes deffensives cascú a sa voluntat, sens nengun mal engini, hofferint-vos per jutge lo comte de Viana, almirant de Portogal, guovernador de Cepta, lo qual per Portogal, rey d'armes, nos és certificat que·ns tenrà la plaça segura. E si aquest acceptar no volreu, nosaltres lexam lo càrrech a vosaltres, e som prests de pendre lo que·ns dareu, ab tal condició que·ns sia sens sospita. E d'açò·us requerim hajam vostra bona e breu resposta del dia presentada aquesta letra en XV dies següents. En testimoni de la veritat, vos fem la present sots scrita de la ma nostra, segellada

ab lo segell de nostres armes, feta en ciutat de Lisbona a vi de setembre, any Mil CCCC XXX IIII. *Johan Fabra Pere Fabra*.[8]

El mismo Portugal, rey de armas, llevó esta carta a Valladolid a Suero de Quiñones y Lope de Estúñiga, que la recibieron el 10 de octubre, o sea un mes después de firmada. Estos dos caballeros no respondieron hasta el día 24 del mismo mes. Suero de Quiñones, en su carta responsiva, les recuerda que defendió el Passo Honroso, pero que

> considerando el deservicio que a Dios venir podía en la semegant empressa ser contra christianos, fue necesario de fazer un voto por haver un mérito e gracia… e por haver Nuestro Senyor algún tanto de mi parte, el qual fue que, si algunos cavalleros por enoyo que hoviessen de non fazer las armas a sa guisa, como a sus honores era necessario, me requerressen d'otras qualesquieren armas, que por mí non le seria açetado… Pero, porque entendáys que sto non se dieze por scusa, e que mi voluntat es de dar complimento a los tales fechos por mi persona, yo he pensado una manera por a nos acordar, e es star: que ya creyo que sabedes, o hauredes oydo dezir, cómo yo fue requerido de batalla, quando tenía mi empressa, de mossén Ffrancí Dezvall e de mossén Rianbau de Corbera, cavalleros catalanos… e si vosotros vos juntares con ellos, e ellos con vos, que serés quatro a me enviar la requesta, lo que devés fazer e vos stará bien, pues sos todos de un reyno, yo con otros III cavalleros o gentileshombres e de nombre d'armas, en el nombre de Dios e de Nuestra Senyora e del apóstol Senyor Santyago, vos combatré en defensión de mi onor, a pie a terra, con los tres bastones, segons que en vuestra lletra vienen divisados…

Suero acepta, por último, que la batalla se celebre en Ceuta y ante el conde de Viana, y da a los Fabra cincuenta días de plazo para responderle. Ya tendremos ocasión de mencionar varias veces a don Pedro de Meneses, gobernador portugués de Ceuta, persona muy dada a los lances caballerescos.

El mismo día 24 de octubre va firmada la respuesta de Lope de Estúñiga a los Fabra. Les dice que con voluntad gozosa satisfaría su «virtuoso deseo», pero que en esta ocasión está pendiente de una requesta de un caballero de este reino de Castilla, don Juan Niño. Si sale con vida de esta empresa, peleará con los dos caballeros valencianos, «defendiendo mi honor, yo por la mía sola,

aviendo tiempo razonable, después de combatido el uno por a combatir el otro, con tal condición que la batalla sea en la manera siguiente…». Y divisa largamente las armas, en condiciones peligrosas, «por quanto tengo votado a la senyora de quien yo soy de nunqua fazer batalla de transe voluntarioso en menos peligrosa guisa». Don Juan Niño, con el que tenía que luchar Estúñiga, era el hijo de don Pero Niño, el héroe del magnífico *Victorial*. Tenía también gran prestigio caballeresco don Juan Niño, pues en las justas celebradas en Valladolid, en mayo de 1434, cuando llegó el momento de que «el dios del Amor» pronunciara la sentencia, el primer premio, naturalmente, lo otorgó al rey y el segundo a don Álvaro de Luna, pero en seguida añadió: «Iten, por quanto don Johan Niño á continuado más e á fecho más demasyas a los que con él an justado, mandamos que en remunerasçión de tanto travajo que sea dado de la cámara de nuestras armas una çelada, fecha por Bulcano, armero de Júpiter». Los jueces de estas justas fueron don Pero Niño, don Íñigo López (el futuro marqués de Santillana) y el mariscal Pero García. Uno de los caballeros que salieron a la liza fue Suero de Quiñones.

Pasaron los cincuenta días de plazo que Suero de Quiñones había concedido a los Fabra para que le respondieran, sin que llegara noticia alguna de ellos. Entonces —sería poco después del 13 de diciembre—, el caballero leonés envió a un heraldo en busca de los dos hermanos valencianos con un encargo de palabra, que conocemos gracias al memorial que le dio. El heraldo debía decir a Johan Fabra y a Pere Fabra que a pesar de haber expirado el plazo aún está dispuesto a aceptar su respuesta y a recibirles «mayormente en tan alta corte como es la del condestable [don Álvaro de Luna], mi senyor, en la qual yo soy»; pero que no se demoren, «porque la luenga fin destas armas non pongan algún destorvo al principio de otro fexo, digno de tanto o de más honor, que ya començado havría si por éste non huviesse sehído».

Es de suponer que este heraldo debería ir a buscar a los Fabra a Lisboa, donde no los encontraría porque los dos caballeros hermanos ya habían partido para Valencia. Seguramente antes de dejar Portugal, el primero de diciembre, recibieron las anteriores cartas de Suero de Quiñones y de Lope de Estúñiga, firmadas el 24 de octubre, a las que dieron respuesta, ya en Valencia, el 4 de enero de 1435. Ahora responden por separado, y Pere Fabra se dirige únicamente a Suero de Quiñones y le dice que encuentra «asaz flaca» la excusa del voto que había hecho de no aceptar requerimientos de otros caballeros, y que en cuanto a su proposición de que ellos se unan a Francí Desvalls y Riambau de Corbera, no cree que con ello salve el voto que tiene hecho. Propone que él, Pere Fabra, luche con Suero de Quiñones, y su hermano Johan Fabra con Lope de Estúñiga. Independiente, y en la misma fecha, Johan Fabra se dirige a Lope de Estúñiga y le dice que les ha divisado «armes entre cavallers no acostumades», a lo que no es preciso responder hasta que esté libre de la empresa, con don Juan Niño, y que está dispuesto a pelear con él, sobre lo que espera respuesta antes de veinte días de recibida esta carta.

La respuesta de Suero de Quiñones a Pere Fabra no va fechada. Le acusa recibo de su última carta, que le ha entregado el faraute Enora, e insiste en que los dos hermanos valencianos se unan a otros dos caballeros «que sean de linatge e de stado raçonable», y él con otros tres peleará contra ellos ante el conde de Viana. El 5 de febrero, Lope de Estúñiga responde a Johan Fabra y dice que el rey de Castilla no ha dado licencia para que pelee con don Juan Niño, que las armas que él divisó son de caballeros, «pues drecho es de cavallería que en el mayor peligro aya maior honra», y que está dispuesto a luchar.

A esta carta de Lope de Estúñiga responden los dos hermanos Fabra, conjuntamente, el 18 de enero, desde Valencia. Afirman que se maravillan de que con tanta diligencia rehúya la batalla que ellos han propuesto a él y a Suero de Quiñones, que de he-

cho él ha rehusado «no sens gran càrrech de vostra honor», y que cada uno de ellos está dispuesto a luchar con quien quiera. Y el 21 de enero Johan Fabra y Pere Fabra responden a Suero de Quiñones, entre otras cosas, que sería mejor que hubiese hecho el voto de llevar cilicio un año, que no debe haber olvidado que ellos dos, en el Passo Honroso, se comportaron sin menoscabo de su honor, «ans, si en tan petites armes se pot guanyar honor, la y crehem haver guanyada, no contrastant que córrer les dites lances hajam en fort poqua stima».[9] Y tras estas palabras de menosprecio para el Passo Honroso, concluyen:

> Pus nostra requesta no havets volgut acceptar ni aquella que per vostres novells partits havets posada, no havets volguda proseguir, vos notiffich que d'aquests affers de ci avant no parlem més, ni·n pendrem letra vostra; e havem enuig com, per la pràctica per vos servada en aquests affers, nos ha convengut fer cert vot.[10]

Y con esta nueva ironía de los Fabra sobre los votos de Suero de Quiñones se acaba la documentación que conozco sobre este asunto, cuyas últimas cartas son largas y reiterativas, van llenas de distingos y de sutilezas de derecho de armas, como ocurre en tantos epistolarios caballerescos de la época, lo que me ha obligado a extractarlas muy resumidamente.

Un año después de sus debates con Quiñones y Estúñiga, en marzo de 1436, Johan Fabra formaba parte del consejo de Juan de Navarra en su calidad de lugarteniente de Aragón. En tres ocasiones lo encuentro, más adelante, en relación con grandes escritores valencianos de la época. Una vez en 1447, cuando el caballero Bernat de Vilarig, en sus cartas de batalla con Gómez de Figueroa, nombra procuradores suyos a Pero Sánchiz de Calatayud, a Ausías March, a Johan Fabra y a Johan Catalá, lance que luego consideraremos. Otra, en la consulta con que se abre el *Spill*, en la que Jacme Roig se dirige a nuestro caballero:

> *Magnífich mossèn Johan*
> *Ffabra, cavaller valent:*

pel gentil atreviment
qu'entre dones vos roman,
aquest rescrit vos coman
per vós sia tot llegit,
ben llimat e corregit,
afegint-hi lo que·y fall.[11]

Que Johan Fabra fue «cavaller valent» ya lo sabíamos; pero ahora averiguamos que tuvo gentil atrevimiento con damas y que era capaz de limar y corregir un buen libro.

Por último, Johan Fabra murió el 9 de mayo de 1462, y cinco meses después su esposa, lo que dio tema al gran escritor valenciano Johan Roiç de Corella para una prosa titulada *Letra que Honestat escriu a les dones*, conservada fragmentariamente, donde se trata de la muerte de la viuda «de un estrenu cavalier, lo nom del qual crech no ab escura fama a les orelles de vosaltres és arribat: mossèn Johan Fabra».

En cuanto a Pere Fabra, el *Dietari del Capellà d'Alfons el Magnànim* nos da noticia de su muerte, ocurrida el 5 de julio de 1469:

> Mossèn Pere Fabra, senyor de Bolbay, partí per venir a València; la mula que cavalcava squivà's, de què caygué lo dit mossèn Pere, e la mula rocegà'l, que portà lo peu en l'estrep; e lo digous de matí fonch soterrat en lo monestir de preycadós de València.

Las incidencias y los resquemores personales del Passo Honroso arrastraron, pues, nuevos debates caballerescos en forma epistolar que, al parecer, no se solventaron con las armas. A pesar de la dureza de algunas cartas y de las ironías que tanto los vasallos del rey de Castilla como los del rey de Aragón dedicaban a sus adversarios, en ningún momento se pierde la cortesía. Los caballeros que intervinieron en el Passo Honroso, hombres típicos del siglo XV, eran rudos y pendencieros pero al mismo tiempo elegantes y cultivados. Acabamos de ver que, al decir de Jacme Roig, Johan Fabra poseía dotes literarias; pero también tenemos muestras de ingenio y de arte de algunos de los castellanos que

pelearon en el Passo, y principalmente de Suero de Quiñones y de Lope de Estúñiga. Los cancioneros nos han conservado algunas poesías de Suero, de carácter amoroso, correctas y delicadas y con algún acierto, como la canción que empieza:

Honesta, gentil donzella,
sy de mí no sois servida,
ordenad vos la querella:
yo porné luego la vida.

O como aquella otra, cuyo texto íntegro dice así:

Dezidle nuevas de mí
e mirad si havrá pesar
por el plazer que perdí.
Contadle mi fortuna
e la pena en que vivo,
e dezid que soy esquivo,
que non curo de ninguna;
que tan fermosa la vi,
que m'oviera de tornar
loco el día que partí.

Tuvo además el defensor del Passo Honroso relación íntima con don Enrique de Villena, de quien se conoce cierta *Epístola a Suero de Quiñones*, en la que, con retorcida pedantería, le intenta explicar la razón de «por qué non érades amado con aquel hervor que vos a las personas que bien queríades solíades amar». Esta *Epístola* ha de ser anterior al Passo Honroso, porque va firmada en un mes de marzo, sin indicar el año, y don Enrique de Villena murió en diciembre de 1434. En el siglo XVI se narraba una curiosa anécdota, según la cual don Enrique de Villena, por arte de nigromancia, hizo ver a Suero de Quiñones al diablo en la persona de un maestresala.

Excelente poeta fue Lope de Estúñiga, hijo de Juana, hija natural del rey Carlos II de Navarra. Gran amigo de Suero de Qui-

ñones, fue adversario de don Álvaro de Luna, quien llegó a encarcelarlo, e intervino activamente en la complicada política castellana de la segunda mitad del siglo XV. Hemos visto que fue decisiva su actuación en diversos lances del Passo Honroso, pero como poeta merece también una especialísima atención, ya que es uno de los mejores entre los castellanos de su tiempo. En sus momentos graves y melancólicos a veces recuerda la famosísima canción del comendador Escrivá (identificable con Johan Ram Escrivá de Romaní, escritor en valenciano y en castellano). Escribe Estúñiga:

Oh, vida!, que la tu vida
es vida con la qual muero,
e vida que non olvida
la contra de lo que quiero;
non quieras dolor tan fuerte
que me fiera,
porque mi querida muerte
non me quiera.

Estando preso Lope de Estúñiga cae, como es natural, en el tópico de las veleidades de la Fortuna, a veces con notas curiosas, como:

Que ya vimos Padresanctos
con dolor y con afanes,
con otros cien mil quebrantos,
y aunque traen ricos mantos,
tornados en sacristanes;
y también, por otra parte,
de muy baxos labradores
muy altos emperadores;
porque Fortuna reparte
como quiere sus favores.

Lo más personal de esta composición se encuentra en su estrofa final, o «cabo»:

Mas yo, como no perdí
por mi culpa lo perdido,
consuélome que me vi
en lugar donde vencí,
aunque agora soy vencido.
Y pues ésta fue mi suerte,
no creáys que por temor,
ni por muy mayor dolor,
no menos me hallo fuerte
que si fuera vencedor.

También vale la pena recordar su canción de despedida de amores, lo que en poética provenzal y catalana se llama «comiat», y las coplas sobre tres adormideras teñidas, escritas a ruegos de seis damas.

Otros participantes del Passo Honroso, como Alfonso de Deza, Juan Pimentel y Juan de Merlo (de quien pronto trataremos extensamente) cultivaron la poesía; y Francí Desvalls, en marzo de 1458, contestó en retorcida prosa catalana y a favor del Amor, a Pere Pou que había lanzado ciertos *Deseiximents contra Fals Amor* (o sea «Desafío contra Falso Amor»), a lo que me referiré más adelante.

A pesar de que los jueces declararon a Suero de Quiñones libre de su voto y de que le rescataron de la argolla que llevaba todos los jueves, en el Passo Honroso no se rompieron las trescientas lanzas que anunció en sus capítulos, sino únicamente ciento setenta y siete, según la relación numérica que va al final del manuscrito de El Escorial. Y ello no por falta de aventureros, pues el último día del Passo quedaron tres caballeros que no pudieron hacer armas por haber expirado el plazo.

Es interesante señalar el número de lanzas que se quebraron, o contaron como quebradas, en los encuentros de cada uno de los diez mantenedores del Passo Honroso. En los encuentros de Sancho de Ravanal se rompieron treinta y tres; en los de Gómez de Villacorta, veinticuatro; en los de Pedro de Nava, veintidós;

en los de Pedro de los Ríos, dieciocho; en los de Lope de Estúñiga, diecisiete; en los de Diego de Bazán, dieciséis; en los de Suero, hijo de Álvar Gómez, catorce; en los de Lope de Aller, doce; en los de Diego de Benavides, diez; y, aunque parezca sorprendente, en los de Suero de Quiñones sólo se quebraron once lanzas. Suero de Quiñones únicamente luchó con cuatro caballeros: con Arnaldo de la Floresta Bermeja, con Pere Daviu, con Gonzalo de Castañeda y con Juan de Merlo, el cual le hirió el martes 27 de julio; y aunque quedó inutilizado para el resto del Passo, no se olvide que ya habían transcurrido catorce días hábiles para la lucha.

Frente a los diez mantenedores pelearon sesenta y ocho aventureros, y vale la pena determinar cuál era su procedencia. Se presentaron sólo tres caballeros de fuera de España: el alemán Arnaldo de la Floresta Bermeja, el italiano Luis de Aversa y el bretón Arnao Bojué, «de la casa del famoso duque de Bretaña, en Francia». En cuanto a los portugueses, se hace constar que lo es Pero Gil de Abreo, pero también lo era el famoso Juan de Merlo y asimismo algunos de los caballeros que lo acompañaban, entre ellos Galaor Mosquera, Martín de Almeyda, Pero Vázquez de Castilbranco y Juan de Carballo.

No deja de llamar la atención el hecho de que el mayor contingente de caballeros no vasallos del rey de Castilla que participaron en el Passo Honroso está formado por vasallos de Alfonso el Magnánimo. Son veinte en total, de los cuales diez son aragoneses: Rodrigo de Zayas, Antón de Funes, Sancho Zapata, Fernando Liñán, Francisco de Muñoz, Gonzalo de Lihori, Juan de Estamarín, Francisco de Faces, Arnaldo de Novalles y Francés Pero Bast. Cuatro son valencianos: Johan Fabra, Pere Fabra, Pere Daviu y Francés Daviu; y seis catalanes: Johan de Camós, Bernat de Requesens, Riambau de Corbera, Francí Desvalls, Jofre Jardí y el «mártir de la caballería» Asbert de Claramunt. Téngase en cuenta que los aventureros castellanos y leoneses fueron de

treinta y cinco a treinta y ocho, cifra difícil de precisar porque en algunos cabe la posibilidad de que fueran portugueses.

Conviene reparar en el trance político durante el cual se celebró el Passo Honroso, en el verano de 1434. Es el momento del gran triunfo de la política de don Álvaro de Luna sobre los infantes de Aragón, cuando están vigentes las treguas de Majano, efectivas desde el 25 de julio de 1430 y estipuladas para cinco años. Suero de Quiñones, algunos de los mantenedores del Passo y sus jueces, como Pero Barba, eran de la casa de don Álvaro de Luna por aquellos años. Recuérdese que los capítulos del Passo Honroso los publicó «Suero de Quiñones, cavallero e natural vassallo del muy alto rey de Castilla e *de la casa del magnífico señor su Condestable*». El crecido número de vasallos del rey de Aragón que acudió a pelear en el Passo, y el empeño que pusieron en deslucirlo los valencianos Johan y Pere Fabra y los catalanes Francí Desvalls y Riambau de Corbera, sin olvidar la arbitrariedad con que, respecto a estos dos últimos, procedieron los jueces del hecho de armas, son detalles que tal vez transparentan algo más que roces y piques de tipo puramente caballeresco. Recordemos que los Fabra cierran su correspondencia con Suero de Quiñones ironizando sobre el honor que se pudo alcanzar «en tan pequeñas armas» y afirmando que tienen «en muy poca estima» haber participado en el Passo Honroso. No se trata, ahora, de aquilatar si fue un hecho de armas pequeño o si era poco estimable haber peleado en él, sino de señalar el tono despectivo con que hablan de él los caballeros valencianos, paralelo al de los catalanes, que tenían en poco romper sólo tres lanzas y deseaban quebrar las trescientas para adjudicarse toda la gloria del Passo. Por otra parte, el *Libro del Passo Honroso*, en buen número de reticencias, observaciones intencionadas del autor e ironías en menoscabo de los catalanes y los valencianos, revela una hostilidad que procede de causas independientes del hecho de armas y que es lógica en el ambiente de don Álvaro de Luna. Claro está que

el levantamiento de 1438 enfrentará con el poderoso Condestable a muchos de los que le eran fieles en 1434, entre ellos al propio Suero de Quiñones, su familia y gran número de sus amigos; y cuando, en 1448, el defensor principal del Passo Honroso esté preso en Castilnovo, el infante de Aragón don Juan, rey de Navarra, hará lo posible para canjearlo y más adelante lo tendrá en su corte de Pamplona.

El Passo Honroso, nacido en la casa del condestable don Álvaro de Luna, pudo pretender, entre otras muchas intenciones, ser la respuesta al Passo de la Fuerte Ventura, con el que el infante don Enrique de Aragón había empequeñecido las justas organizadas por don Álvaro. Los vasallos del rey de Aragón —Alfonso el Magnánimo, hermano mayor del infante don Enrique— acudieron al Passo Honroso indiscutiblemente por afán de aventuras, de lucimiento personal, de ganar fama y prestigio en las armas, pero detrás de esta actitud creo que existe cierto deseo de hacerlo fracasar, bastante transparente en la actuación de Johan Fabra, Pere Fabra, Francí Desvalls y Riambau de Corbera.

AVENTURAS Y VIAJES DE CABALLEROS ANDANTES

Caballeros andantes extranjeros en España

Aunque el propósito de este libro es, fundamentalmente, dar una idea de algunos de los muchos españoles del siglo XV que ejercieron la caballería y se hallaron en lances guerreros, es preciso dar también una ligera noticia de algunos caballeros extranjeros que vinieron a España en demanda de aventuras. Ya hemos tratado de Jacques de Lalaing y su empresa del brazalete, de la posible estancia de Guillaume du Chastel en Segovia y hemos aludido a los que intervinieron en el Passo Honroso, entre ellos el alemán Arnaldo de la Floresta Bermeja (que en realidad debió de llamarse Arnald von Rottenwald).

Recojamos algunos datos sobre caballeros andantes extranjeros en los reinos españoles en el siglo XV. Al iniciarse éste, en fecha que ha de situarse entre los años 1397 y 1409, Carlos VI de Francia escribe a Martín I de Aragón para recomendarle muy encarecidamente a su «amé et feal chevalier et chambellan Jean de Grabo, né du pays de Pouleinne, lequel après qu'il a eu nagaires faites armes devant nous où il s'est grandement et notablement portez» desea ahora visitar «le pays de par delà», o sea, España. Nada se sabe de la estancia en la parte de acá de los Pirineos de este caballero «nacido en el país de Polonia».

Jean de Werchin, senescal de Hainaut, fue un caballero muy dado a buscar aventuras en España: en 1399, junto con Michel de Ligne, tenía que participar en unas justas, en Cardona, que el rey Martín ordenó suspender, y aunque no les permitió colocar escudos en forma de reto caballeresco en su «señoría», les escribió para asegurarles que le placería mucho que acudiesen a su corte, entonces en Zaragoza, pues allí encontrarían caballeros y escuderos que los liberarían de sus votos caballerescos. En junio de

1402 el senescal de Hainaut, mediante heraldos, difundía que estaba dispuesto a luchar con cualquier caballero que se presentara en Coussy el primero de agosto, y si no acudía nadie, iría a los reinos de Navarra y de Castilla, se llegaría hasta «monseigneur Saint Jacques», y regresaría por los reinos de Portugal, Valencia y Aragón dispuesto a aceptar los retos de todos los caballeros que quisieran justar con él, a condición de que no se tuviera que desviar más de veinte leguas del itinerario trazado. El cronista borgoñón Enguerrand de Monstrelet, que narra esta aventura, afirma que durante este viaje el senescal de Hainaut hizo armas siete veces, y tenemos documentado uno de estos combates: el que efectuó en Valencia, el 7 de abril de 1403, con Luis d'Abella.

Tiempo después, el 6 de agosto de 1405, Martín I de Aragón escribe desde Barcelona a Jean de Werchin, senescal de Hainaut, y le dice que ha sabido que está en gaje de batalla con su vasallo Colomat de Santa Coloma, el cual le ha rogado que les dé campo seguro para luchar, y que él, el monarca, ha accedido a que ello se efectúe en su señoría o en el reino de Sicilia, donde el rey, su primogénito (Martín el Joven), también está dispuesto a dar el campo. Colomat de Santa Coloma era un gascón que estaba al servicio de los reyes de Aragón, en cuyas empresas militares a Sicilia y Cerdeña tomó parte. El senescal de Hainaut aceptó el ofrecimiento del rey Martín el Humano y el 4 de mayo de 1407 llegaron a su corte, a la sazón en Valencia, muchos franceses acompañando a Jean de Werchin, Jacques de Montenay, Tanneguy du Chastel (hermano de Guillaume, muerto tres años antes) y Jean Carmen. Se había concertado que estos cuatro franceses lucharían contra Colomat de Santa Coloma, Pere de Montcada, Peyrolet de Santa Coloma y Barnabò de l'Uovo. Martín I quiso hacer coincidir esta batalla con las fiestas que solemnizaban las bodas de su hermana la infanta Isabel con Jaime, conde de Urgel, que aún no era «el desdichado».

La batalla se celebró el 30 de mayo y tenemos una pormenorizada descripción del lance en las *Chroniques* de Enguerrand de Monstrelet (libro I, capítulo XIX). Según el cronista borgoñón la batalla se celebró en «Valence la Grande», en presencia del rey de Aragón, fue de cuatro contra cuatro y estaba concertada con hachas, espadas y dagas hasta la muerte, «sauve en tout la volonté du juge». El rey se situó en el cadahalso principal acompañado del duque de Gandía y de los condes de Cardona y de Denia, «avec autre très grand'noblesse». Cuarenta hombres de armas guardaban las lizas y había dos pequeñas tiendas para que reposaran los luchadores. Los aragoneses eran los requeridores, y primero entraron en liza los franceses, e hicieron reverencia al rey de Aragón, quien les respondió con gran honor. Hora y media después —eran ya las cinco de la tarde—, entraron los aragoneses, y el rey, mientras tanto, intentó suspender la batalla y reconciliar a los adversarios, pero éstos se negaron.

El rey de armas Aragón dio los gritos acostumbrados, que solían proferirse en francés: «Laissiez-les aller pour faire leur devoir!», y los caballeros salieron de las tiendas con las hachas. El senescal de Hainaut luchó con Colomat de Santa Coloma (aquella misma mañana armado caballero por el rey), y le dio un golpe en el bacinete que le obligó a dar media vuelta. Jacques de Montenay dio con el hacha a Pere de Montcada y lo agarró con una mano intentando herirle con la daga. Las otras dos parejas combatían, y a poco rato el rey Martín tiró su bastón al campo y dio por acabada la contienda. Bajó de su cadahalso y requirió con amabilidad al senescal y a Colomat para que dejaran de luchar. Los dos adversarios se arrodillaron y el rey les obligó a darse las manos. Retuvo tres días a los franceses en Valencia y les hizo gran honor.

Entre 1413 y 1414 Carlos VI de Francia recomienda a Fernando el de Antequera su dilecto «cliens armorum Johannes de Roca», sin duda Jean de la Roche, quien, para acrecentar su fa-

ma, se dispone a recorrer diversos climas y longincuas y bárbaras partes del mundo y que ya ha empleado doce años en largos viajes, indagando y admirando lo que existe «sub Phebi cardine». Ahora se propone visitar las partes meridionales, «citra et ultra maria», y el rey de Francia ruega al de Aragón que le permita pasar por sus reinos y dominios con sus caballos, bienes y arneses y las seis personas que le acompañan.

Varias son las cartas que Carlos VI de Francia envió a Fernando el de Antequera recomendándole a caballeros. En 1415 lo hace a favor de «Ludovicus, dux de Slize et dominus de Brege ac de Lignis», o sea Luis, duque de Silesia, señor de Brieg y de Liegnitz, caballero alemán que se propone ir a Aragón y a Granada, recomendación que también hace, en otra carta, Jean de Berri. En la misma fecha y por las mismas razones —visitar los reinos de Aragón y Granada— el rey de Francia recomienda a Fernando I «Henricus de Gravar et de Blommeneau», y, en efecto, el rey de Aragón, a su vez, recomendó este caballero alemán a los reyes de Castilla, Portugal y Granada y al arzobispo de Santiago. El mismo año Carlos VI recomienda al caballero André Marchand, que había sido preboste de París, y en fecha indeterminada (entre 1412 y 1415) a su «poursuivant d'armes» James, quien tiene intención de visitar varios países «pour acquerir honneur et avoir plus grant congnoissance des seigneurs et dames desdiz pays et de leurs armes». A finales de 1415 el rey francés recomienda al nuestro al caballero «Bolfgang de Schad» (Wolfgang von Schad), austriaco, que pretende recorrer diversos reinos y partes del mundo «pour voir le peuple et exercer sa personne en faiz de chevalerie»; y así el 23 de febrero de 1416 Fernando I firma un salvoconducto a favor de «Valfgagus Schad» para que recorra el mundo «pro milicie actibus exercendis».

Alfonso el Magnánimo también acogió con agrado y favor a los caballeros andantes extranjeros que llegaban a sus reinos. En febrero y marzo de 1417 se presentaron en su corte, que se halla-

ba en Híjar y luego en Fuentes de Ebro, cuatro caballeros que las rúbricas de los documentos de nuestra Cancillería denominan «alemanes» y que se llamaban Ventçeslao, hijo del egregio y poderoso Pizembrón, duque y señor de Oppania, Nicholao Schranlz de Czyernyoyr, Weneschio de Waldescrin y Henrich de Schönwald, apellido este último que los escribanos grafían Schenvald, cuando lo toman de oídas, y Schonvald, cuando lo copian de otro escrito. Viajan «por excercitar en diversas partidas del mundo los strenuos actos de cavallería», y el rey Alfonso no tan sólo los hace caballeros de la orden de la Jarra y la Estola —«amprisia nostra Jarre et Stole»—, sino que se dedica a proveerles de toda suerte de salvoconductos y recomendaciones para los soberanos y señores que visiten en su errar caballeresco, entre ellos a su hermano el infante don Juan, a Juan II de Castilla, a don Alfonso Fernández, señor de Aguilar. El exotismo de los nombres de estos caballeros alemanes (y también eslavos) da una nota que parece novelesca a los registros de la Cancillería real, y es de observar que en el *Jehan de Saintré* figura cierto «seigneur de Huppain, qui portoit de geulles à trois losanges d'argent».

En julio de 1417, el rey Alfonso, desde Valencia, firma cartas de recomendación a favor de Petrus de Natara, que ha decidido ir a Francia a ejercitar la caballería; y en febrero de 1420, desde Tortosa, provee de un salvoconducto al «devotus noster Iohannes de Flosa, miles alamanicus».

La *Crónica de Juan H* y la refundición de la *Crónica del Halconero* relatan con detalle y colorido la empresa del caballero alemán micer Roberto, señor de Basel (Basilea). Sigamos este lance en una relación más breve, o sea la que ofrece la *Crónica del Halconero*, en su capítulo CLXXXVIII:

> Miércoles tres días de agosto, año de 1435 años, estando el rey don Jhoan en la su çibdad de Segovia, vino un alemán que se llamaba Ruberte, señor de Valsa, e él era honbre de manera, de hedad de treynta y cinco años, e traya consigo sesenta cavalgaduras; entre las quales traya un cavallero de hedad de fasta cincuenta o

sesenta años, e traya otros diez y ocho gentiles honbres, que cada uno traya su empresa, e el señor Ruberte la suya e el cavallero otrosy, que eran por todas veinte enpresas. E venían a fazer armas delante el señor rey de Castilla. E el Rey, desque lo supo, mandóle aposentar en una posada de Fernando de Luna, alta, donde posó el dicho señor Ruberto, cavallero e gentileshonbres. La qual posada fue guarnida de ricos paramientos e camas muy ricamente; e le fezieron sala e muchas onras, e saliéronlo a rescevir los condes e cavalleros e gentiles homes que a la sazón en la corte del señor Rey estavan; e antes que saliesen, el dicho señor Ruberte e los suyos, madrugó, e entró en la cibdad de Segovia de mañana. E el señor Rey maravillóse dello, e preguntóle que por qué lo avía asy fecho; e respondió que por no enojar a su merced ni dar travajo a los de su corte, e lo otro que su costumbre era de se llevantar de mañana. E fuéronle tocadas sus empresas al dicho Ruberte e a los suyos por cavalleros de Castilla, e fizieron sus armas en Segovia muy notablemente, en presençia del señor Rey…

Interrumpamos ahora esta resumida relación para consignar, según los otros dos textos, que quien tocó la empresa de micer Roberto fue don Juan Pimentel, conde de Mayorga, y la del anciano, tío del caballero alemán, la tocó Pedro de Quiñones. Lope de Estúñiga y Diego de Bazán justaron también con otros dos alemanes. Sigue la *Crónica del Halconero:*

El señor Rey envió al dicho Rubert muchas joyas preçiadas, e cavallos guarnidos, e otras cosas; de lo qual no quiso resçevir cosa alguna, diziendo que quando de su tierra avía salido avía fecho voto de non resçebir cosa alguna de rey ni príncipe ny de otro señor. E tanto le afincó el señor Rey, a que ovo de reçevir la devisa solamente del Collar del señor rey de Castilla. E otrosy, el dicho Roberto pidió por merced al señor Rey que le mandase dar carta suya para Fernand Álvarez, señor de Valdecorneja, que a la sazón estava en la frontera de los moros, en Jaén, para que entrasen con él en la primera entrada que fiziese en tierra de moros, que ay se querían armar de cavalleros e tornar a su tierra. E al señor Rey plógole dello, e dioles sus cartas para el dicho Fernand Álvarez, que luego entrase con ellos e los armase cavalleros. E partieron de Segovia, e fueron a Fernand Álvarez, e diéronle las cartas del señor Rey; e entraron en tierra de moros, e todos provaron muy bien. E allí se armaron todos veinte cavalleros, e se tornaron para su tierra.

España tenía para los caballeros andantes extranjeros el doble aliciente de las lucidas cortes de los reyes cristianos y la frontera con los moros, que forzosamente había de reavivar el espíritu de cruzada, tan vinculado a la caballería y a la literatura. Pero ya ve-

remos que no fueron pocos los caballeros que se dispusieron a justar en la corte del rey de Granada.

Caballeros andantes españoles por Europa

Consideremos ahora los viajes, empresas, batallas y aventuras de algunos caballeros españoles que se hicieron famosos en otros reinos, y en primer lugar reparemos en tres de los que participaron en el Passo Honroso: Francí Desvalls, Juan de Merlo y Gutierre Quijada.

La primera noticia que tengo sobre el barcelonés Francí Desvalls es su lance con el caballero Johan de Boixadors, señor de Savallá, que tuvo efecto entre el 30 de noviembre de 1428 y el 24 de junio del año siguiente, cuando Desvalls sería sin duda joven todavía, aunque ya había sido armado caballero, no tan sólo por el carácter típicamente juvenil de su recuesta sino porque lo encuentro documentado hasta cuarenta años después, o sea hasta el 10 de octubre de 1468, día en que, como veremos luego, lo hizo degollar Juan de Lorena.

El lance entre Francí Desvalls y Johan de Boixadors se desenvolvió del modo siguiente: el 30 de noviembre de 1428, día de San Andrés, Francí Desvalls envió a Johan de Boixadors una «letra de requesta de batalla», firmada en Barcelona, en la que, siguiendo la costumbre caballeresca de combatir y deseando ejercitar el uso de las armas, lo requiere a batalla a ultranza y se ofrece a encontrar plaza segura y juez competente imparcial dentro de los cuatro meses de la aceptación. Al día siguiente, el primero de diciembre, Johan de Boixadors responde desde Barcelona con una carta que llevó a Desvalls el trompeta Gabriel Puig. Acepta el requerimiento, divisa rápidamente las armas, elige que el combate sea a pie, para que se acabe antes, y cede a su adversario el derecho de buscar plaza y juez, que en realidad pertenecía a él por ser el requerido. Al día siguiente, el 2 de diciembre, Francí Desvalls envía su segunda carta a Johan de Boixadors, le pide

que detalle más el armamento tanto ofensivo como defensivo que deberán usar y le anuncia que no le volverá a escribir hasta que, una vez haya encontrado la plaza, le commine: «¡Veniu, cavaller, veniu a la batalla!». El 3 de diciembre (según se afirma al principio) o el 4 (según consta en la subscripción), Johan de Boixadors, desde Barcelona, responde a Desvalls que cada uno lleve las armas defensivas que le plazcan, y que las ofensivas sean lanza, hacha, espadas y dagas, a su voluntad, porque él escogerá las que él haya elegido, y acaba dándole prisas para que pronto lleguen a los hechos y no tengan que ensuciar más papel.

Francí Desvalls cumplió su palabra, y así el 17 de febrero de 1429 envió a Johan de Boixadors una carta firmada en el reino de Portugal y de la cual fue portador Stramós, heraldo del infante don Eduardo de Portugal, en la cual le comunicaba que había aceptado ser juez de la batalla el conde don Pedro, gobernador de Ceuta, quien había fijado la jornada el próximo día de San Juan (24 de junio), en la ciudad de Ceuta y en la plaza de delante del castillo. Con fecha del 21 de enero de 1429, don Pedro de Meneses, conde de Villa Real, capitán y gobernador de Ceuta, firmó la carta citatoria en portugués dirigida a Johan de Boixadors, en la cual le hace saber que el día primero de enero se le presentó Francí Desvalls y le pidió que fuera juez de su batalla y les diera plaza, lo que él aceptó asignándoles el día de San Juan y extendió salvoconducto para ambos. El 13 de marzo Johan de Boixadors, desde Barcelona, escribe a don Pedro de Meneses acusándole recibo de su carta citatoria, que había llegado a su poder dos días antes y de la cual fue portador Stramós, heraldo del infante don Eduardo. Le agradece que haya aceptado ser juez de la batalla y asegura que, salvo justo impedimento, estará en Ceuta el 24 de junio dispuesto a luchar con Francí Desvalls.

Aquí acaba nuestra correspondencia, pero del desenlace del asunto tenemos cabal información gracias a Gomes Eanes de Zurara, quien en su *Crónica do conde don Pedro de Meneses* escribe:

> Em estes dias chegou a Cepta hum cavalleiro da caza d'El Rey d'Aragão, que se chamava Mosê Francees Desvalhe, morador em Barcelona, a requerer ao Conde que lhe tevesse praça com outro cavalleiro com que era desafiado… Mosê Francis Desvalhe tornou á sua requesta; e veo o seu requestado, que se chamava Mosê Joham de Boxadores. E tendo-lhe o Conde outorgada a praça, El Rey d'Aragão escrepveo ao Infante Eduarte e á Infanta sua mulher que lhes rogava que escrepvessem ao Conde que não viesse aquelle feito á derradeira fim, por serem fidalgos nobres e taes que por cada hum delles recebia perda, e per semelhante screpveo ao Conde, o qual per nunhuna guisa quiz leixar de comprir sua promessa, e teve tal modo que elle comprio o que devia, e El Rey d'Aragão foi satisfeito do que dezejava; e foi assy, que o Mosê Francís foi primeiro em Cepta que o outro; porem seu contrario, ainda que fosse detheudo por El Rey d'Aragão, ouve lugar e chegou em huma gallé á cidade de Cepta, açaz bem corregido, e acertou-se que o outro chegava aquella hora em hum bragantim, onde fôra vêr o castello de Metene e outras cousas por seu desenfadamento. E brevemente o Conde lhes fez muita honra, agasalhando-os primeiro muy bem, mandando-os requerer per cavalleiros e depois per frades onestos, que leixassem aquella contenda, e esto per duas vezes, e emfim ouveron de vir a manter sua requesta, onde nom curamos de escrepver seu corregimento, que era açaz de bom, mas dizemos per conclusão que elles, postos na praça e remessando-se hum ao outro, o Conde os mandou tirar, ainda que elles cada hum per sy se queixava açaz, porem emfim feze-os amigos e os fez comer em huma mêsa, e lhes fez mercê como quem era, e os mandou pera sua terra açaz contentes, de que El Rey d'Aragão foi muito ledo e o agradeceo muito ao Conde, e ainda casy todos-los bons do regno ouverom daquelle feito grande prazer, porque aalem dos fidalgos serem muito aparentados, eram avidos per bons (libro II, capítulo XXII).[1]

Don Pedro de Meneses, muy aficionado a fomentar los lances caballerescos en su corte de Ceuta, supo complacer muy hábilmente a Alfonso el Magnánimo y cumplir lo que había prometido a Desvalls y a Boixadors, quienes, a pesar de la prohibición real, hicieron cuanto pudieron para dar fin a la batalla, que acabó pacíficamente.

Es de suponer que Francí Desvalls, al desafiar a Johan de Boixadors, no lo hizo movido por ninguna mala voluntad ni para vengar ningún agravio, pues era frecuente que los caballeros jóvenes y que todavía no se habían dado a conocer retaran a otros más famosos y experimentados a fin de alcanzar prestigio. Ello nos permite deducir que Johan de Boixadors, señor de Savallá,

sobre quien no poseo otra documentación, fuera en 1428 un caballero reputado.

Cinco años después encontramos a Francí Desvalls en el Passo Honroso, al que acudió con otro catalán, Riambau de Corbera, y ya conocemos su intervención en este hecho de armas y sus consecuencias.

Un año justo, día por día, de haber peleado en el Passo Honroso con Lope de Aller, o sea el 5 de agosto de 1435, Francí Desvalls, tras luchar en las galeras de Alfonso el Magnánimo, caía prisionero de los genoveses en la batalla de Ponza. Era rescatado por ochocientos ducados el 23 de marzo de 1436. Siguió varios años en Italia, donde también se hizo famoso por su destreza en el manejo de las armas. Así, el 15 de marzo de 1443 Antoni Vinyes escribe, desde Nápoles, a los consellers de Barcelona, y, entre otras cosas, les dice que Francí Desvalls ha justado en presencia del rey y de muchos nobles italianos y que fue reputado uno de los mejores justadores del mundo («dels bells junyidors del món»). Consta que en Nápoles, en 1450, Francí Desvalls tenía un escudero llamado Landis de Parra.

Ocho años más tarde encuentro a Francí Desvalls documentado en Barcelona y participando en un juego literario. El 25 de marzo de 1458 Pere Pou, desde Valldonzella, dirigió unos *Deseiximents contra Fals Amor* (o sea: «Desafío contra Falso Amor»), redactados en prosa y en verso. Parodiaba con ello el estilo de los carteles de desafío (carteles de deseiximents), y, como era de esperar, le replicaron, en prosa, una serie de caballeros, como Francesch de Pinós, Johan Almugáver, Pere Johan Ferrer, Bernat Turell y, entre otros más, Francí Desvalls. Nuestro caballero defiende al Amor de las acusaciones que le ha hecho Pere Pou en términos retóricos y retorcidos, muy propios de la prosa de la época.

En 1461, a punto de encenderse la guerra civil catalana, Francí Desvalls es mestre racional (cargo que ya ostentaba reinando el Magnánimo) y figura como uno de los embajadores que envía la reina doña Juana Enríquez a la Diputación, para tratar de delicados asuntos referentes a los consejeros y servidores del Primogénito, el futuro Fernando el Católico.

Reinando nominalmente en Barcelona René de Anjou, y hallándose la ciudad bajo el terror de su hijo, Juan, duque de Lorena, tuvo lugar el desdichado fin de Francí Desvalls, de lo que nos da noticia el *Dietari del capellà d'Alfons el Magnànim*, refiriéndose al año 1468, con las palabras siguientes: «Disapte, a X de octubre, en la ciutat de Barcelona, lo duch Johan ha fet degolar a mossèn Francí Desvals, lo pus aparentat hom de Barcelona, e à fet degolar tres cavalés e un jurista perquè·s letregaven ab lo senyor Rey». Advirtamos que esta noticia, breve y escueta nota necrológica, da cuenta de la categoría social de Francí Desvalls en términos muy parecidos a los que emplea el cronista portugués Zurara cuando, tratando de sus lances juveniles, decía de él y de Johan de Boixadors que eran «fidalgos… muito aparentados». La breve nota del *Dietari* revela que la fidelidad de Francí Desvalls a Juan II se debió de manifestar en las conspiraciones realistas que tan frecuentes eran en Barcelona bajo la lugartenencia del duque de Lorena; y explica también que tres años después, el 6 de mayo de 1471, un hijo de nuestro caballero, Francí Desvalls «pus jove», enviara desde Perpiñán, por medio del heraldo Dalphim, una violenta carta de batalla desafiando a muerte al conde de Iscla, o sea a Johan de Torrelles, conde de Ischia, que había sido tesorero del rey René de Anjou y gobernador general de Cataluña.

Entre otros caballeros andantes reales citaba don Quijote, en el parlamento con el canónigo toledano, al «lusitano Juan de Merlo, que fue a Borgoña y se combatió en la ciudad de Ras con el famoso señor de Charní, llamado mosén Pierres, y después, en la ciudad de Basilea, con mosén Enrique de Remestán, saliendo

de entrambas empresas vencedor y lleno de honrosa fama…». Muy famoso fue, en efecto, «un caballero llamado Juan de Merlo, que era natural de Portugal e naciera en este reyno», como dice la *Crónica de Juan II*, la cual lo describe como «hombre muy dispuesto, de gentil gesto e cuerpo; fue gran justador e luchador e hacía toda cosa muy bien». En febrero de 1428 figura Juan de Merlo entre los «omes de cuenta» que entraron en Castilla con el condestable don Álvaro de Luna. En 1430, en guerra con los moros de Granada, «fue herido en el rostro un poco».

El nombre de Juan de Merlo no aparece en los pasos de armas y justas que se celebraron en Valladolid entre el 2 de mayo y el 8 de junio de 1428, pero sí, en cambio, en los que se hicieron en esta ciudad castellana en mayo de 1434, organizados por don Álvaro de Luna en honor de Juan II. Muy someramente relatan este hecho caballeresco la crónica del citado rey y la del Condestable, aunque en ambas se registra que el propio soberano rompió una lanza justando con Juan de Merlo. Más explícita es la *Crónica del Halconero*, con su refundición, en la que se narra que don Álvaro de Luna fue el capitán de la justa «con treinta cavalleros mancebos que con él fueron, de los grandes que avía a la sazón en toda la corte». El Condestable fijó sus capítulos en la puerta de palacio, y en ellos se señalaban las condiciones de la justa, que había de ser juzgada por don Pedro Niño, conde de Buelna, por don Íñigo López de Mendoza, señor de Hita (más adelante marqués de Santillana), y por el mariscal Pero García. El domingo día 2 de mayo, a las tres de la tarde, se presentó el Condestable en la liza precedido de quince de sus caballeros con libreas verdes y de otros quince con libreas amarillas y seguido de otros dos vestidos de negro. El primer aventurero que compareció fue el rey, con arnés real, un capote verde y escudo dorado. Juan II justó con Diego Manrique y luego con Juan de Merlo, «e rompió dos varas muy bien rompidas». Acto seguido don Álvaro de Luna justó con Juan de Merlo, «e fízolo muy bien». Tras las justas

vino el torneo, en el que lucharon los treinta caballeros, y «allí ovo muy fuertes e rezios enqüentros, e quedaron algunos de aquellos cavalleros desmarcados de los arneses, e dos dellos de los yelmos, que ge los llebaron de las cabeças». Al ponerse el sol se concluyó la fiesta caballeresca, y siguió la cena con danzas y momos, y entonces los jueces de las justas emitieron su sentencia, puesta en boca del «dios de Amor», en la cual se premiaba en primer lugar al rey, en el segundo al Condestable, en el tercero a don Juan Niño, en el cuarto a Pedro de Acuña y en quinto lugar a Juan de Merlo, Carlos de Arellano y Alfonso Niño, debido a que «se son mostrados más regulosos e mejores encontradores, e ayer fecho más e mejores carreras que ninguno de todos los otros». El dios de Amor, en vista de ello, rogó «a sus señoras e amigas que en remuneración e galardón de sus travajos los abracen e fagan buena fiesta».

Apenas habían pasado tres meses de las justas de Valladolid Juan de Merlo aparece en el Passo Honroso defendido por Suero de Quiñones. El texto manuscrito del *Libro del Passo Honroso* dice que el viernes 23 de julio de 1434 «llegó al Paso el honrado e famoso cavallero Juan de Merlo, mayordomo mayor del muy magnífico e poderoso e honorable cavallero don Álvaro de Luna, condestable de Castilla, con otros onze cavalleros e gentileshombres que en su compañía venían, los quales vinieron a facer las armas, al Paso ya nombrado, según se contenía en los capítulos que Suero de Quiñones havía fecho en deliberación e rescate de su empressa». Por la tarde del 26 de julio Juan de Merlo envió a decir a los jueces del Passo que él se había presentado allí para luchar peligrosamente el día de Santiago, lo que no se le había consentido, pero que «él havía de facer armas en Françia con unas platas sençillas que allí traya, e que rogava a los juezes que rogasen a Suero, o qualquier otro que hordenado fuese de con él fazer, que con otras platas sençillas con él quisiese fazer, porque él pudisse ver para quánto eran sus platas, e que en esto le farían

una gran graçia». El texto impreso en 1588 dice: «porque trahía unas platas senzillas para hazer armas en Francia, y quería provar su fortaleza». Los jueces no accedieron a ello, y Juan de Merlo tuvo que esperar al 28 de julio, día en que se armó para justar prescindiendo del fino arnés que tenía preparado para la batalla de Arrás, de la que tratamos en seguida. Entró en la liza «de mala voluntad, que él bien quisiera provar allí aquellas platas suyas porque entendía que eran de las fuertes del reino». A poco entró Suero de Quiñones, «el qual llevava sobre las armas una camisa blanca con unas ruedas de Sancta Catalina». En la tercera carrera Suero fue herido en el brazo derecho, de tal suerte que pidió a Juan de Merlo que ambos rogaran a los jueces que dieran su batalla por acabada. Merlo respondió «que le plazía, pero que le rogava, de parte de su dama, que mandasse armar otro cavallero» con quien proseguir el combate. Como Suero de Quiñones no lo aceptó, se dieron las armas por cumplidas. Juan de Merlo regaló a Suero de Quiñones «un guardabraço yzquierdo muy fermoso», y éste le correspondió con «una gentil mula… porque él sabía cómo le estava aparejado largo camino para yr fazer sus armas fuera del reino, e la mula andava muy llano», lo que el texto impreso puntualiza: «le cumplía largo camino hasta Francia».

Tras la batalla con Juan de Merlo Suero de Quiñones quedó inutilizado para el resto del Passo Honroso, que se dio por acabado doce días más tarde. Ello supone acrecentamiento en el prestigio de nuestro caballero, a pesar de que el notario Rodríguez de Lena, tan parcial a favor del leonés, hace una serie de bizantinas consideraciones sobre el origen de la herida que dejó fuera de combate a Suero de Quiñones.

A Juan de Merlo le precisaba ir a Francia porque un tiempo antes, en 1433, si hemos de dar fe a la *Crónica de Juan II*, había sido retado por un famoso caballero borgoñón. Explica la mencionada crónica que «fuete tocada su empresa por un gran señor de la casa del duque Felipo de Borgoña, llamado micer Pierres de

Brecemonte, señor de Charní». Se trata de Pierre de Beauffremont, señor de Charny, al cual me referiré cuando me ocupe de Pedro Vázquez de Saavedra y del Pas de l'Arbre Charlemagne.

Los cronistas borgoñones Enguerrand de Monstrelet y Jean Lefevre, señor de Saint-Remy, ofrecen detalladísimas descripciones de la batalla entre Juan de Merlo y Pierre de Beauffremont. Constituyó uno de los números más notables con que se celebró la paz de Arrás, entre Carlos VII de Francia y Felipe el Bueno de Borgoña. Éste fue el juez de la justa, que empezó el I1 de agosto de 1435, un año después del Passo Honroso. Combinando y resumiendo los datos de los dos cronistas borgoñones recogemos las siguientes noticias. El citado día 11 se presentó en la liza preparada en Arrás «messire Jean de Merle, chevalier banneret très renommé, natif du royaume d'Espagne, appelant sans querelle diffamatoire, pour acquerir honneur, contre Pierre de Beauffremont», según afirma Monstrelet. Esto está en contradicción con la *Crónica de Juan II*, ya que ahora se afirma que Juan de Merlo era el requeridor, no el requerido. Según las *Mémoires* del señor de Saint-Remy «messire Jehan de Merlo» entró en la liza a las nueve de la mañana, seguido de cuatro caballeros que le habían sido adjudicados para formar su compañía, y se dirigió al duque de Borgoña en los términos siguientes: «Très excellent et puissant prince et redoubté seigneur, je me viens présenter devant vous pour accomplir che que j'ai promis à faire». Monstrelet nos da un curioso detalle, que pudo producir un conflicto. Juan de Merlo llevaba una especie de capuchón («une huque») de tela bermeja con una cruz blanca, lo que desagradó a muchos borgoñones porque les pareció que con ello el español se mostraba parcial a los franceses. El caballero respondió que desde hacía mucho tiempo existía entre los reinos de Francia y de España (Monstrelet suele dar el nombre de España a Castilla) tal confederación que en aquél no podía llevar otra enseña que la de los reyes de Francia. Con esta respuesta Juan de Merlo no se atraía

precisamente la simpatía de los borgoñones, tan hostiles a Francia a pesar de las paces que se estaban festejando.

Media hora después entró en la liza Pierre de Beauffremont, señor de Charny, acompañado de lo más lucido de la caballería borgoñona y con gran número de reyes de armas, heraldos y trompetas. Como las lanzas que había dispuestas resultaron no ser de la misma medida, Juan de Merlo dio dos de las suyas al señor de Charny y éste dos de las suyas a su adversario. En las seis primeras carreras no se dieron ningún golpe; y al observar Juan de Merlo que su caballo huía y esquivaba los encuentros, pidió al duque de Borgoña que se lo dejara cambiar, lo que le fue otorgado. Entonces la justa adquirió más emoción: en una carrera ambos quebraron las lanzas, en otra Merlo recibió un golpe en el almete y en otra, finalmente, rompió su lanza en el adversario, punto en el que el duque de Borgoña hizo cesar la pelea, dio por finalizada la batalla a caballo y afirmó que ambos rivales habían luchado con valentía.

El día siguiente se hizo la justa a pie. A las siete de la mañana entraron los combatientes en la liza, y los caballeros que acompañaban al señor de Charny protestaron ante el duque porque habían observado que Juan de Merlo, en vez de hacha, llevaba un «becq de faucon», o sea, el arma llamada en castellano «halcón» o «pico de cuervo». Pero el señor de Charny no se opuso a que empleara tal arma. El famoso rey de armas Toison-d'Or hizo vaciar la liza y dio los gritos rituales para que empezara la contienda. Los adversarios salieron de sus tiendas con las lanzas en la mano, y causó sorpresa que Juan de Merlo fuera con la visera levantada. El señor de Charny disparó la lanza contra el español, sin acertarle, y entonces éste arrojó la suya con gran fuerza y se la clavó al borgoñón en el brazo izquierdo. El señor de Charny se la arrancó y tomó el hacha para repeler a Juan de Merlo, que se le aproximaba amenazador con el «becq de faucon» agarrado con las dos manos. Se asestaron varios golpes, y el señor de

Charny no salía de su sorpresa al ver que su enemigo seguía luchando con la visera levantada. El duque de Borgoña hizo cesar la batalla, y los fieles del campo cogieron a ambos caballeros y los llevaron a presencia de Felipe el Bueno, ante el cual, de hinojos, el señor de Charny dijo que acataba cuanto dispusiera. Pero Juan de Merlo, de rodillas, y siempre con el rostro descubierto, dijo que había venido de muy lejos, soportando muchos trabajos por tierra y por mar y había hecho grandes dispendios para tan poca cosa: «J'eusse bien voulu qu'il vous eust pleu de nous laisser un peu esbatre et encoires prendre un petit de plaisir en armes». [2] El duque respondió que había combatido muy valientemente y que daba las armas por cumplidas; pero el caballero español replicó insistiendo en que, después de haber hecho un viaje tan largo, muy poco honor había ganado en presencia de un príncipe tan famoso en todo el mundo. Felipe el Bueno no accedió a que se reemprendiera la batalla y los dos rivales se retiraron a sus tiendas. Volvieron luego ante el duque, se quitaron los guanteletes y se dieron la mano. En los días sucesivos Felipe el Bueno honró en su palacio a Juan de Merlo, y le hizo grandes regalos para sufragar los gastos que había hecho en el viaje. La *Crónica de Juan II* puntualiza que le regaló «una vaxilla de plata en que había setenta o ochenta marcos». Monstrelet acaba el relato de las justas de Arras ponderando de nuevo la admiración que produjo el que Juan de Merlo combatiera con la visera alzada, costumbre sin duda española, pues veremos que también luchaba así Pedro Vázquez de Saavedra.

Según Monstrelet Juan de Merlo «se partit d'Arras pour s'en retourner en son pays», pero la *Crónica de Juan II* dice que «de allí [de Arrás] se fue en Alemaña, e llevó su empresa en Basilea, donde le fue tocada por un caballero que se llamaba mosén Enrique de Remestán, e las armas fueron a pie, e la señoría de la cibdad dio jueces para las armas. E micer Enrique le hizo un engaño muy grande, el qual fue que hizo un corchete en el hacha, con el

qual combatiéndole le llevó un guardabrazo, e fuera muerto o mal ferido si los jueces en ello no proveyeran; e esto fue habido a maldad a micer Enrique, e fue dada la honra de las armas a Juan de Merlo». Estas noticias se corroboran en parte gracias a algunas afirmaciones que se hacen en la pintoresca relación castellana de «El torneo que se fiso en Xafusa». Xafusa es Schaffhouse, y tratando de «los de aquí de Bala», o sea de Basilea, se habla de un caballero «el qual es el que con Juan de Merlo fizo armas aquí», con lo que sin duda se alude a micer Enrique de Remestán, del cual se dice que «fue muy mal apaleado e quebráronle el yelmo porque es casado con villana». Y al final de la relación, cuando se otorgan los premios, leemos: «E desta guisa dieron cuatro anillos por el torneo e dos por la justa, e por la justa hobo el uno el caballero que fiso con Juan de Merlo». Si la justa de Basilea fue casi simultánea al torneo de Schaffhouse, como parece dar a entender esta relación, llegaríamos a la consecuencia de que Juan de Merlo y el alemán batallaron en febrero de 1436.

En octubre de 1439 Juan de Merlo, ya en Castilla, figura entre los caballeros fieles a don Álvaro de Luna y ostentando todavía el cargo de mayordomo del Condestable. Murió Juan de Merlo en acción de guerra, entre Arjona y Andújar, el año 1443, en una «pelea muy áspera» entre los partidarios de Juan de Guzmán y los de Rodrigo Manrique. La *Crónica de Juan II* relata así el fin de nuestro caballero:

> Y en esta pelea yendo Juan de Merlo, de quien la historia ha hecho mención, en el alcance de los contrarios, metióse tanto en ellos que quedó solo, e quando quiso volver al paso de una puente, halló peones de los contrarios los quales lo mataron; de la muerte del qual el Rey ovo gran sentimiento, porque era muy buen caballero e le había siempre bien servido.

Cultivó Juan de Merlo la poesía, sin duda esporádicamente, y respondió a una pregunta que le hizo su primo Gómez Carrillo. Le replicó, a su vez, Fernando de Guevara, otro caballero que más adelante recordaremos, el cual afirma que ha visto a Juan de

Merlo «requestar tantas damas en Castilla… que en Sevilla tienen d'esto que parlar».

Cinco años después de la muerte de Juan de Merlo, en dos estrofas del *Laberinto de Fortuna*, Juan de Mena lloró su fin y cantó las hazañas que ya conocemos:

Allí, Juan de Merlo, te vi con dolor:
menor vi tu fin que non vi tu medio,
mayor vi tu daño que non el remedio
que dio la tu muerte al tu matador.
¡O porfioso, pestífero error!
¡O fados crueles, sobervios, rabiosos,
que siempre robades los más virtuosos,
e perdonades la gente peor!
Bien te creemos que tú non pensaste
senblante finida de todo tu bien,
quando al Enrique de Remestién
por armas e tranças en Bala sobraste;
pues menos farías quando te fallaste
en Ras con aquel señor de Charní,
donde con tantos onores assí
tu rey e tus reinos e manos onrraste.

Don Quijote, en su apología de la caballería andante, hace mención de «las aventuras y desafíos que también acabaron en Borgoña los valientes españoles Pedro Barba y Gutierre Quijada (de cuya alcurnia yo deciendo por línea recta de varón), venciendo a los hijos del conde de San Polo». Miguel de Cervantes, que en el inciso ha dejado escapar una de sus tan típicas notas irónicas, sigue teniendo como única fuente de información la *Crónica de Juan II*. Añadamos algunos detalles más. Gutierre Quijada, señor de Villagarcía, que ya en 1431 se distinguió guerreando con los moros de Granada a las órdenes directas de don Álvaro de Luna y junto a otros notables caballeros, entre ellos Suero de Quiñones, el 22 de julio de 1434 se presentó en el Passo Honroso acompañado de diez caballeros y gentileshombres. Durante

dos días los defensores del Passo habían «folgado» por falta de aventureros, y por esta razón los recién llegados fueron recibidos con agrado y se les envió el rey de armas Monreal y el faraute Villalobos para averiguar cuáles eran sus propósitos. Gutierre Quijada pidió que se leyeran los capítulos del Passo Honroso por un escribano que traía consigo y que Suero de Quiñones afirmara delante de éste que tenía por firme y válido el contenido de aquéllos. Pero como sucedió algo tan curioso como fue que el citado escribano no supo leer los capítulos, tuvo que hacerlo Rodríguez de Lena. Quijada no aceptó ninguna de las tiendas que Suero de Quiñones tenía dispuestas para alojar a los aventureros, e hizo montar la suya cerca del puente de Órbigo. Cumplió con todas las ceremonias preliminares del Passo, fue a saludar a Suero y luego, por medio del rey de armas y del faraute, le hizo decir que «le rogava que por parte de su amiga se quisiese combatir con él e fazer las armas». Suero respondió que, de acuerdo con sus capítulos, los aventureros no debían saber con quién justaban hasta finalizar cada justa.

El 24 de julio lucharon el mantenedor Diego de Bazán y el aventurero Gutierre Quijada, «el qual traya en pos de sí su estandarte verde con escaques blancos y azules, que eran sus armas», y para hacerle honor le acompañaba Juan de Merlo. A la tercera carrera «encontró Diego de Baçam a Gutier Quexada por debaxo del guardabraço derecho e rasgóle el falso peto por ençima del hombro e la camisa, e un poco de la carne, por tal vía que le fizo sangre e desguarnecióle el braço e rompió su lança por çerca de un palmo del asta, con el fierro, e lebó el tronçón de la lança puesto por ençima del honbro hasta en cabo de la liça; e todos pensaron que yva más ferido de lo que fue. E Gutier Quexada encontró a Diego de Baçam en el guardabraço yzquierdo e diole un tan gran golpe que por muy poco ge lo falsara, e rompió su lança en él en dos pedaços». En la cuarta carrera ambos adversarios se asestaron otros dos golpes, y los jueces dieron por acaba-

das sus armas. Rodríguez de Lena comenta esta justa con sutiles consideraciones sobre cuál de los dos luchó mejor, en su constante empeño partidista de dejar en mejor lugar a los defensores o mantenedores del Passo Honroso. El 27 de julio, en su tienda, Gutierre Quijada armó caballero a Arnao de Novalles, de Zaragoza, otro de los aventureros que habían acudido al Passo.

La *Crónica de Juan II* da amplia información de las andanzas de Gutierre Quijada y de su batalla, en Saint-Omer de Borgoña, con el bastardo de Saint-Pol, lance que las crónicas borgoñonas que he podido consultar no refieren, y no creo que sea por partidismo o mala fe, ya que suelen relatar con independencia otras batallas de caballeros españoles. Como ocurre algunas veces, la cronología indicada en la *Crónica de Juan II* no corresponde a la realidad. Afirma, al narrar sucesos del año 1435, que «en este tiempo» salieron de Castilla Gutierre Quijada, señor de Villagarcía, y Pedro Barba —que había sido uno de los jueces del Passo Honroso— con cierta empresa de armas cuyos capítulos enviaron «a la corte del duque Felipo de Borgoña, señaladamente requiriendo a dos caballeros muy famosos, hijos bastardos del conde de San Polo, el uno llamado micer Pierres, señor de Haburdín, y el otro micer Jacques», quienes aceptaron el reto. Hay que destacar un posible error de la crónica castellana. El famoso bastardo de Saint-Pol, señor de Haubourdin, nacido hacia 1400 y muerto el 26 de julio de 1466, de cuya activa vida militar hablan con gran frecuencia todas las crónicas borgoñonas de la época, no se llamaba Pierre sino Jean de Luxembourg, quien se hizo caballerescamente muy famoso cuando defendió, cerca de Saint-Omer, del 15 de julio al 15 de agosto de 1449, el Pas de la Belle Pélerine, al que ya me he referido y al que concurrieron muy pocos caballeros, pero uno de ellos fue «un chevalier d'Espagne, qui pour ce temps se tenoit en l'hostel du roy». Existía un Jacques de Luxembourg, hijo legítimo del conde de Saint-Pol, y posible-

mente medio hermano del bastardo, que sin duda fue quien respondió, junto con éste, al reto de los dos caballeros españoles.

Siguiendo la *Crónica de Juan II* nos enteramos de que Gutierre Quijada y Pedro Barba, contando con que aún faltaba tiempo para su batalla con los Saint-Pol, «tomaron su camino para Jerusalem, en el qual se desacordaron, e Pero Barba se volvió en Castilla, e Gutierre Quexada cumplió su romería e volvió en Borgoña al tiempo asignado para hacer las armas», y el cronista comenta que esto es un grave error, pues cuando se tiene acordada una batalla uno no debe exponerse a otros peligros. Afortunadamente existe otro texto que nos aclara los vagos detalles de la crónica y nos precisa la cronología de nuestro lance. Pero Tafur, en sus *Andanças e viajes*, explica que en Venecia se encontró con «Gutier Quixada e Pero Barva de Campos, que yvan a Jerusalem, e que estavan en la ciudad por ver la fiesta que se fazía…». Encontró también a otros castellanos dispuestos a visitar los santos lugares, «e parescióme como que ellos yvan desacordados, e cada uno yva en su navío, e trabajé por los concordar, e nunca pude, e ansí se partieron, el uno en la galea de remos, el otro en la galea do suele yr la pobre gente». Ello nos atestigua que Pedro Barba llegó por lo menos hasta Venecia, y nos da la fecha del viaje de los dos caballeros, ya que la estancia de Pero Tafur en la ciudad adriática fue en mayo de 1438. Gutierre Quijada, conociendo más o menos el inquieto itinerario de Pero Tafur, le dio un encargo para su rival borgoñón, ya que cuando el autor de *Andanças e viajes* llegó poco después a Bruselas, tras relatar la amable acogida que le dispensó Felipe el Bueno, añade: «E otro día fui al palacio del Duque e… pregunté quién era allí el bastardo de San Polo, e mostráronmelo, e llegué a él e díxele de parte de Gutierre Quexada, que con él avía de fazer armas, cómo yo lo dexé embarcado para Jerusalem, e que presto serle de buelta e vernía a cumplir su fecho, e que se le recomendava. El duque llegóse e oyó esto, e dixo: —Buena devoçión es esta que faze mosén Gutierre: cami-

nar a Jerusalem con entençión de venir a matar o deshonrrar a su compañón…—, e que aquel camino fuera mejor para después de fechas las armas. E esto todo dezíe él en manera de burla; e de aquel día en adelante el Bastardo me fizo tan grant compañía como si fuera muy estrecho pariente suyo». Esta estancia de Pero Tafur en Bruselas se coloca en setiembre de 1438, lo que nos permite concluir que la batalla entre Gutierre Quijada y el bastardo de Saint-Pol, en Saint-Omer, se celebró en junio de 1439, cuando, para solemnizar la llegada de Catalina de Francia, hija de Carlos VII, prometida del conde de Charolois, el duque de Borgoña organizó solemnes fiestas en la «ville de Saint-Omer, où le mariage fut parconfirmé», y «si y furent faites grands et mélodieuses fêtes et ébattements par plusieurs journées, tant en joûtes comme autrement». La *Crónica de Juan II* narra las incidencias de la justa del modo siguiente:

> E plugo a Dios que Gutierre Quexada vino sano a la villa de Sant Omer, en Borgoña, donde el duque Filipo mandó hacer las lizas muy honorablemente, donde habían de combatir Gutierre Quexada e micer Pierres, bastardo de San Polo; e porque en los capítulos de Gutierre Quexada se contenía que había un tiro de lanza arrojadiza, e Gutierre Quexada era muy gran bracero, húbose tan gran miedo del tiro de su lanza, que la condesa de Nevers, parienta del Bastardo, embió rogar a Gutierre Quexada que dexase el tiro de la lanza, e le daría un diamante de precio de quiñientas coronas. El qual le respondió que toda cosa que ella mandase haría de buena voluntad, pero que esto él no lo podía hacer porque tenía sus capítulos firmados e sellados del sello de sus armas, e rescebidos por el bastardo de San Polo, e que debía saber que entre caballeros se guarda esta costumbre, que quando capítulos de armas son firmados e sellados, no se puede menguar ni crecer ninguna cosa de lo que en ellos se contiene. E por ningún ruego Gutierre Quexada no quiso dexar el tiro de la lanza. E metidos los caballeros en la liza, hecha la reverencia al Duque por ellos, los caballeros se fueron el uno para el otro, e quando se llegaron quanto quinze pasos, Gutierre Quexada tiró su lanza, e pasó por encima del hombro del Bastardo e fincó en el suelo de tal manera que a gran trabajo se pudo sacar, e la lanza del Bastardo no llegó a Gutierre Quexada. E, pasado el tiro de las lanzas, ambos a dos se fueron combatir de las hachas, e se dieron asaz valientes golpes el uno con el otro. E comoquiera que·l Bastardo era tan valiente de cuerpo o por aventura más que Gutierre Quexada, Gutierre Quexada trabajó de entrar al estrecho con él, e púsole un torno, e dio con él en el suelo, e luego se puso sobr·él, la hacha levantada en las manos; y es cierto que si las armas fueran necesarias, lo pudierra bien matar. E luego el Du-

que echó el bastón, e quatro caballeros que estaban armados en las lizas para los despartir si el Duque lo mandaba, levantaron al Bastardo e lleváronlo a su pabellón. E Gutierre Quexada, puesta la rodilla en el suelo, dixo al Duque que bien sabía su señoría como Pero Barba, su primo, había dexado su sello a micer Jaques, bastardo de San Polo, certificándole de ser en aquel día a cumplir con él ciertas armas en sus capítulos contenidas, el quai había adolescido y estaba en Castilla tanto trabajando, que sería duda si pudiese venir a complir las armas a que era obligado. E que, pues él estaba allí, placiendo a micer Jaques, qu'él satisfaría por su primo e haría luego con él las armas en la forma que Pero Barba las había de hacer; e donde esto no le pluguiese, que le requería e rogaba le diese el sello que de Pero Barba tenía. El Duque mandó luego llamar a micer Jaques, e le dixo que viese si quería cumplir las armas con Gutierre Quexada o qué era lo que le placía hacer. El Bastardo respondió que a él le desplacía mucho de la enfermedad de Pero Barba, pero, pues él estaba en tal disposición, era contento de darle su sello; e así ge lo dio, de lo qual es cierto que el Duque hubo grande enojo, porque paresció cobardía del Bastardo en no querer cumplir las armas con Gutierre Quexada, lo qual a él fue muy grande honra. El Duque, otro día después de las armas, hizo comer consigo a los dichos caballeros, teniendo a la parte derecha a Gutierre Quexada. E después de comer el Duque le embió una ropa chapada en que había más de quarenta marcos de orfebrería dorada aforrada de cevellinas. Y hechas así las armas de Gutierre Quexada, dos gentiles hombres, parientes suyos, llamados uno Rodrigo Quexada y el otro Pedro de Villagarcía, se acordaron de hacer ciertas armas a caballo con otros dos gentiles hombres de la casa del Duque, e las hicieron honorablemente en presencia del Duque; el qual, hechas las armas de los dichos Rodrigo Quexada e Pedro de Villagarcía, el Duque les embió sendas vaxillas, en que había treinta marcos de plata en cada una. E así Gutierre Quexada se partió de la corte del duque de Borgoña con mucha honra, e salieron con él los más de los continos caballeros e gentiles hombres del Duque.

Documentación de archivo borgoñona confirma estas últimas noticias y corrobora la fecha que propongo para las justas de Gutierre Quexada en Saint-Omer, ya que nos atestigua que en 1439 el escudero de un «chevalier d'Espaigne» que contendió con Monsieur de Haubourdin recibió de Felipe el Bueno seis copas de plata que se compraron a un mercader de Saint-Omer, y que el duque, simultáneamente, ofreció otras copas a dos «ecuiers d'Espaigne» que combatieron, también en Saint-Omer, con Guillaume de Vauldrey y Jaquotin de Haubourdin, con lo que averiguamos los nombres de los que justaron con Rodrigo Quijada y Pedro de Villagarcía.

La batalla con Gutierre Quijada aumentó la fama de gran caballero que tenía el bastardo de Saint-Pol, de tal suerte que, cuando Olivier de la Marche pondera sus habilidades combativas en el Pas de la Belle Pélerine, dice que justaba con mucha seguridad y serenamente en los más difíciles trances «comme celuy qui autresfois avoit esté en celuy estroit passage de combatre en champ clos, et sous jugement, car il avoit combatu, en la vile de Saint-Omer, un chevalier d'Espaigne nommé messire Goutière, l'un des plus redoutés chevaliers de toutes les Espaignes».

Gutierre Quijada volvió a Castilla. Consta que en 1445 combatió valientemente, al lado de don Álvaro de Luna, en la batalla de Olmedo. Tan fiel fue nuestro caballero al Condestable que cuando Juan II, en 1453, le propuso que «acabara» a don Álvaro, Gutierre Quijada se negó proclamando su lealtad y diciendo que tal acción sería «endiablado caso».

Ya vimos que Gutierre Quijada hizo armas, en su juventud, contra los moros de Granada al lado de Suero de Quiñones y que participó en el Passo Honroso. Pues bien, el Cronicón de Valladolid da esta escueta noticia: «Murió Suero de Quiñones, fijo de Pedro de Quiñones, en Berceal, XI de julio, o cerca de Castro Verde, en una pelea que ovo con Gutierre Quixada, do le mataron los peones, año de MCCCCLVI». Un texto tardío, que podría recoger noticias ciertas, las glosas al *Sermón de Aljubarrota*, da un cierto tono caballeresco a la muerte de Suero de Quiñones y a la reacción de Gutierre Quijada.

> Y también en otro tiempo como un Gutierre Quixada, señor de Villagarcía, se encontrase en otra refriega con Suero de Quiñones, su contrario, ambos con harta y buena gente de a caballo, fue vencida la parte de Suero de Quiñones. Al cual, como no le viesen por allí, dijo uno al Quijada: —Señor, Suero de Quiñones, ¿huyó?— Y él le dijo: —No era él caballero que había de huir. Buscalde entre los muertos, que allí le hallaréis—. Y así fue que, como andaba en los delanteros, el primero de todos murió.

Continuemos la rápida descripción de andanzas de caballeros españoles por reinos extranjeros, limitándonos al siglo XV. El 20 de agosto de 1400, en París, Miguel d'Orís, caballero catalán (el castillo de Orís está próximo a Vic), firmaba un cartel dirigido nada menos que a todos los caballeros de Inglaterra pidiéndoles que lo liberasen de su voto luchando con él. El voto de Miquel d'Orís, muy parecido al que cumplía Bernat de Coscón todos los años el día de San Sebastián, consistía en llevar un punzón clavado en el muslo hasta haber luchado con un caballero inglés, a pie primero y después a caballo, con las condiciones que largamente se exponen en el mencionado cartel, que se copia, junto con otras epístolas caballerescas de nuestro caballero y su adversario, a partir del capítulo segundo de la crónica de Enguerrand de Monstrelet. El cartel lo llevó a Calais un persevante llamado Ali, sin duda un moro que Orís incorporaría a su cortejo como una nota de exotismo ante los franceses. Respondió al cartel, dispuesto a libertar a Miquel d'Orís luchando con él, sir John Prender Gast, caballero de la corte del conde de Sommerset. La batalla parece que no llegó a celebrarse, y el relato de Monstrelet induciría a creer que fue por culpa del catalán, si no fuera porque en una carta de Carlos VI de Francia a Martín de Aragón, firmada en París el 14 de mayo de 1401, no leyéramos que «nostre bien amé eschançon Michiel d'Orís, escuier, va presentement par devers vous, lequel a longuement esté par deça, attendant faire et acomplir certaines armes par lui entreprinses à faire à l'encontre d'un chevalier anglois qui longuement l'a fait attendre par deça et qui aucunement ne s'est comparu, en quoy nostre dit eschançon s'est loiaument offert et presenté, dont nous nous louons moult de lui».[3]

El mismo cronista Monstrelet (libro I, capítulo CXLI) da cuenta de una batalla que se celebró en 1415 en Saint-Ouen, cerca de París, entre tres portugueses, «le seigneur d'Alberon», João Gonsales y Pedro Gonsales, que eran «appelants», o sea requeridores,

y tres franceses, François de Grimaulx, Marigon y Lerecques, y dice que los portugueses fueron vencidos.

Los caballeros emprendían largos viajes para adquirir honor en hechos militares y en batallas en lizas. Alfonso Mudarra, protegido de Fernando I de Aragón, emprendió, en 1411 y 1412, una peregrinación a Jerusalén, «causa honoris acquiriendi», pero su ruta fue la siguiente: Saboya, Génova, Milán, Buda, Cracovia, Kovno y la Moldavia. A veces los reyes procuraban retener a los caballeros andantes a su servicio para utilizarlos en guerras contra sus enemigos. Esto pretendió Alfonso el Magnánimo de Pedro de Velasco, camarero mayor del rey de Castilla, que supongo que hay que identificar con el conde de Haro. El 2 de setiembre de 1428 el rey Alfonso le escribe acusándole recibo de una carta que le ha enviado por Joyós, persevante, y le dice que, a fin de complacer a su deseo, ya antes «havíemos feyto publicar en nuestra cort el cartell de la dita vuestra empresa», pero que no le da licencia para justar a fin de evitar disensiones y escándalos entre sus súbditos y los del rey de Castilla. Tiempo después, el 26 de marzo de 1429, desde Lérida, Alfonso V vuelve a escribir a Pedro de Velasco, camarero mayor del rey de Castilla, contestando a otra carta que le ha enviado también por medio de Joyós. Dice el rey de Aragón que, como está a punto de partir para una campaña militar, «no podríamos de present assegurarvos el passo en la dita vuestra letra mencionado», o sea, que el caballero castellano pretendía defender un paso de armas en tierras del Magnánimo. Y éste sigue: si quiere ejercitar la caballería, que se incorpore a su ejército y que se presente en la corte el día de San Jorge o, lo más tarde, el primero de mayo.

Don Quijote, en el parlamento que he citado al principio, argumenta: «Niéguenme asimesmo que no tue a buscar las aventuras a Alemania don Fernando de Guevara, donde se combatió con micer Jorge, caballero de la casa del duque de Austria». Detengámonos un poco en la consideración de las empresas de este

caballero. Nació en 1406; tomó parte en las justas de Valladolid de 1434, y la *Crónica de Juan II*, en los acontecimientos del año 1436, intercala lo siguiente:

> En este tiempo partió deste reyno un caballero llamado don Fernando de Guevara, doncel e vasallo del Rey, el qual con su licencia e ayuda llevó una empresa en Alemaña, e fuele tocada por un caballero muy valiente llamado micer George Vourapag, de la casa del duque Alberto de Austerriche, que después fue rey de Ungría e de Boemia y emperador de los romanos, e hizo sus armas en la cibdad de Viena en presencia deste Duque. Las armas fueron a pie; e comoquiera que el caballero alemán era sin comparación mucho más valiente que don Fernando de Guevara, don Fernando se hubo tan bien e tan valientemente que lo finó de la hacha en ambas a dos las manos, en tal manera que·l alemán se iba retrayendo aunque sabiamente, como caballero que sabía bien lo que hacía. El Duque en esto echó el bastón, e sacólos de las lizas, e hizo muy grande honra a don Fernando de Guevara, y embióle un joyel que podía valer quiñientas coronas, e dos trotones muy especiales, e así don Fernando se volvió en Castilla…

Es evidente que Cervantes se informó en este pasaje de la *Crónica de Juan II y* sin duda nada más sabía de don Fernando de Guevara. Esta batalla se dio antes de 1439, pues en enero de este año Pero Tafur se encontraba en Viena, y «fui a ver a Jorje Voniroc, un cavallero que havía fecho armas secretas con don Fernando de Guivara». El nombre del caballero alemán, Vourapag o Voniroc, sigue siendo un enigma. Y la *Crónica de Juan II* continúa:

> … se volvió en Castilla, y estuvo en ella algún tiempo, e después acordó de se ir a Nápol para el rey don Alonso de Aragón, el qual lo rescibió muy bien e le hizo grande acogimiento e mercedes, e después lo hizo conde de Belcastro, e fallesció allá estando en servicio del rey don Fernando de Nápol.

Está documentado abundantemente don Fernando de Guevara, conde de Belcastro, en nuestra corte napolitana, y como poeta aparece en debates en verso con Juan de Dueñas y con el propio Alfonso V, en cuyo nombre respondió Carvajales. El barcelonés Benet Garret, il Cariteo, poeta en lengua italiana, no dejó de encomiar al conde de Belcastro, «bel Ferrando, ai re non inequale».

El valenciano Felip Boyl fue un auténtico profesional de la caballería andante, y conocemos de él por lo menos tres lances en lugares muy distantes. La *Crónica do conde don Pedro de Meneses*, de Gomes Eanes de Zurara, que narra hechos acaecidos entre 1415 y 1437, da cuenta, sin precisar en qué año ocurrió, de una batalla entre Felip Boyl y el castellano Lope Alfonso de Montemolín:

> Outro sy neste tempo chegarom cartas ao Conde d'El Rey de Castella em que lhe rogava que tevesse campo entre hum seu cavalleiro, que se chamava Lope Affonso de Monte Molim, e outro cavalleiro da caza d'El Rey d'Aragão, que se chamava Mosem Filippe Buir. O Conde, vendo como taes dous cavalleiros eram mais dados pera serviço de Deos que pera se combateren sobre pequeno caso, trabalhou muito per sy e per outrem de os avir, o que nunca per nenhum modo pôde acabar. Porem ouve-lhes de mandar ordenar seu campo, como he de costume, onde ao remesar das lanças o cavalleiro castellão errou seu lanço, no que o catalão foi mais certo, e, passando o arnez de Milão, ferio seu contrario em hum quadril; e querendo vir ás fachas o Conde mandou aos fieis que os tirassem do campo per bõos e per leales, o que elles nom queriam de boamente consentir; porem vendo como estavam sob o poderío do Conde, ouverom de consentir ao que elle queria, e por seu regimento forom amigos, e partio o Conde muito com elles fazendolhes muita honra aquelles dies que alli forom, e per semelhante fezerom os outros fidalgos cortesãos que estavan en Cepta, de que aquelles cavalleiros forom muito contentes, louvando muito tanta nobreza de capitão e daquelles que tal cidade defendiam, espedindo-se delles com muy grande ofrecimento (libro II, capítulo II).[4]

Don Pedro de Meneses, conde de Villa Real, gobernador portugués de la plaza de Ceuta, ya nos ha aparecido en situaciones similares, pues era persona muy asequible a aceptar la presidencia y judicatura de lances caballerescos en el guerrero ambiente de la ciudad africana que gobernaba.

En 1439 Felip Boyl, con otros miembros de su familia, cruzó una violenta correspondencia en Valencia, con Pere y Antoni de Tous, y, tras insultantes cartas, se acordó que la pugna se zanjaría en una batalla presidida por cualquier juez cristiano o infiel que no fuera enemigo del rey de Aragón, exceptuando el de Granada.

En enero de 1444 Felip Boyl aparece en la corte de Enrique VI de Inglaterra y publica unos capítulos, en un peculiar inglés, mezclado con palabras francesas, cuyo preámbulo vale la pena transcribir:

> Be hit so that I, Philyp Boyle, knyth of the rem de Aragon, was enchargit for to fyght with a knyth or with a squyre and for a special for to serve my sovereyn lorde le tresexelent et trespuissant prince le roye de Aragon et de Cisccile, scelon with more for the whiche I migte not be delyverid of my seide enpris for defaugte de acunus of them of the rem of France, wherefore I am come in to the rem of Yngelande and in to the corte and precens of the Hei Maieste de treshaugte, treslustre, victorius prince le roye de Angleter et de France, le cheef de onour, vayleour et prouves, and be a supplicacioun and be a special grace I have gete leve to bere a divise in this nobill corte, be the moian of the whiche I mai be deliverid of my seide charge, the wheche I declare these artiklis here suinge…[5]

Es decir: Felip Boyl había hecho el voto de luchar contra un caballero o escudero en muestra de servicio al rey de Aragón y de Sicilia (Alfonso el Magnánimo), y en el reino de Francia no encontró a ninguno que se prestara a liberarlo de su empresa, y acudía al rey de Inglaterra para suplicarle que pudiera ostentar la divisa en su corte, a fin de encontrar quien lo liberase de su voto en un combate de acuerdo con los artículos que siguen. En éstos, que sólo son cinco, Felip Boyl especifica que la batalla deberá ser a caballo, con lanzas, espadas y dagas, que el vencedor se quedará con la espada y el almete del vencido, y que si la contienda a caballo no acaba en un día, continuará la mañana siguiente a pie. Finalmente, como el caballero valenciano ha tenido que dejar en Flandes, «al otro lado del mar», su caballo y su arnés, la batalla no podrá celebrarse hasta ocho días después de que le hayan llegado a Inglaterra montura y armas, y si no llegan en tiempo razonable, la contienda tendrá que ser a pie.

Aceptó el reto el escudero John Astley, y la batalla, que se dio a pie (sin duda porque no llegó de Flandes el caballo), tuvo efecto el 30 de enero de 1442 en el Smithfield de Londres, en presencia de Enrique VI. Textos ingleses contemporáneos nos in-

forman de que Boyl esgrimía la espada y Astley la lanza, que rompió sobre el valenciano; éste atacó de nuevo y se le cayó la espada al suelo. A continuación pelearon con las hachas, y el inglés desarmó a Boyl y le rompió el escudo por tres partes. Cuando Astley estaba a punto de hincar la daga en la faz de Boyl, el rey hizo cesar la batalla y los contendientes fueron separados. Felip Boyl ofrendó su arnés a Windsor, y el rey Enrique armó caballero a John Astley —que sólo era escudero— y a un hijo de Felip Boyl. Una nota de archivo hace constar que el rey de Inglaterra hizo pagar a Felip Boyl cien libras por este hecho de armas.

Siete meses después, en Valencia, Jaume Ripoll enviaba una carta de requerimiento de batalla a Johanot Martorell, el autor del *Tirant lo Blanc*, algunas de cuyas andanzas caballerescas ya conocemos. Ripoll le propone luchar, a caballo o a pie porque ha oído decir que Martorell desea avezarse a hacer armas. La proposición era indelicada, inconveniente e incluso ofensiva, porque era frecuente que un caballero joven y poco experimentado requiriera a otro ya famoso con la finalidad de acostumbrarse a batallar, como vimos en el lance entre Francí Desvalls y Johan de Boixadors. Johanot Martorell, en aquella sazón, debía de tener cerca de treinta años y ya había ocurrido su lance con Johan de Monpalau. El escritor contestó el 13 de setiembre denegando la propuesta porque no ve la necesidad de ello ni tiene ningún interés en que Jaume Ripoll sea su discípulo —aquí cambia intencionadamente la pretensión de su corresponsal—, y que si tantas ganas tiene de combatir, que vaya a servir al rey que está guerreando con sus rebeldes, clara alusión a la guerra de Nápoles. Pero súbitamente Martorell cambia la argumentación de su carta y dice que Jaume Ripoll procede como han procedido otros que prefieren las armas «domésticas» a las «bravas», que se hacen sirviendo al rey. Y añade que esto lo dice por mossén Felip Boyl, de quien, tiempo antes, Jaume Ripoll le llevó escritos donde de-

cía que lucharía con él. Debemos suponer que en la corte inglesa Felip Boyl recogió noticias sobre la estancia de su paisano Johanot Martorell en Londres (de donde salió a principios de 1439), y que, de regreso en Valencia, retó al escritor con unas cartas de las que fue portador Jaume Ripoll. Entonces Martorell respondió con gran sequedad: «Mossén Ripoll: decid a mossén Felip Boyl que todos sus memoriales y todas sus palabras estimo en menos que lo que piso, y que nada me agradará más que combatirme con él». Y luego comenta el incidente atacando al mismo tiempo a Jaume Ripoll y a Felip Boyl:

> E fóra-li [a Boyl] millor estat e pus honorós que m'hagués tramès lletra de batalla que no com hi ha empès a vós oferint-vos al temple, mostrant que poc li costau de criar, volent menjar lo rave ab les vostres dents, així com lo jueu desija menjar ab les dents del cristià. Trobaria plaer li diguéssiu de part mia a mossèn Felip Boyl, puis per vós m'ho ha tramès a dir, que em combatré; e conèixer s'ha en la resposta que jo li faré que yo no só aquell qui ell va cercant, que en mal lloc se n'és vengut a fer llenya, que ell no és home per rescatar a mi, ne jo só home per lleixar-me rescatar a ell ni altri: qui carn vol, a la carnesseria hi tramet, e no a casa del llop.[6]

El estilo de ciertas páginas del *Tirant lo Blanc* es evidente en estas líneas de Johanot Martorell, el final de cuyo lance con Jaume Ripoll y Felip Boyl desconocemos.

Otro caballero andante famoso fue Pedro Vázquez de Saavedra, capitán de galeras del duque de Borgoña. Debió de nacer hacia el año 1410, pero desconozco sus primeras empresas y las razones que le movieron a partir de España en demanda de aventuras, pues la primera noticia que he encontrado de él se halla en la correspondencia de John Paston, quien afirma que «Sir Peter de Vasques of Spain» se encontraba en Westminster el 26 de noviembre de 1440 dispuesto a batallar con Sir Richard Woodvile. Como veremos luego, las primeras andanzas memorables de Pedro Vázquez de Saavedra se dieron en Inglaterra y en Alemania, concretamente en Colonia, pero lo que realmente le hizo famoso y lo que sin duda alguna orientó de modo definitivo su vida mi-

litar fue su lucida intervención en el Pas de l'Arbre Charlemagne.

Pierre de Beauffremont, señor de Charny, que fue uno de los primeros veinticuatro caballeros que Felipe el Bueno de Borgoña eligió para formar parte de la orden del Toisón de Oro al instituirla en 1429, se había hecho famoso al luchar en Arrás con Juan de Merlo, episodio que ya conocemos. El 8 de marzo de 1441 Pierre de Beauffremont firmó los capítulos de un paso de armas que pretendía defender, con otros doce caballeros, «sur le grand chemin venant de Dijon à Auxonne, au bout de la chaussée partant de ladite ville, et un gros arbre appelé l'arbre des ermites», capítulos que transcribe íntegramente el cronista Enguerrand de Monstrelet. En dicho árbol colgarán dos escudos, el uno negro sembrado de lágrimas de oro, y el otro violeta sembrado de lágrimas negras. Los aventureros que hagan tocar el primero se comprometerán a justar a caballo con el señor de Charny, o alguno de los mantenedores, hasta hacer doce carreras con lanzas; y los que toquen el segundo tendrán que batallar a pie, con lanza y espada, hasta los doce golpes. El caballero que toque el suelo con las manos o las rodillas vendrá obligado a dar a su adversario un rubí «de telle valeur que bon lui semblara», y el que cayere con todo su cuerpo será hecho prisionero y por su rescate tendrá que dar a aquel o a aquella que su oponente le indique más de quinientos escudos. Este paso se celebrará a partir del 1 de julio de 1443 y durará cuarenta días. De la crónica del borgoñón Monstrelet nos es preciso pasar a la de Juan II de Castilla, donde, en un capítulo sin duda mal intercalado en el año 1440, y que ha de corresponder al siguiente, leemos:

> En este tiempo vino a la corte del Rey don Juan un faraute del duque Felipo de Borgoña, llamado Xateobelín, el qual en la sala del Rey, estando juntos los reyes de Castilla e Navarra y el príncipe don Enrique y el infante don Enrique, e todos los otros condes y caballeros que en la corte estaban, demandó al Rey licencia de parte de micer Pierres de Brefemonte, señor de Charní, para publicar los capítulos de ciertas armas que·l dicho señor de Charní entendía de hacer en el

mes de agosto en el año venidero de quarenta y uno, cerca de una villa que se llama Dijón, en Borgoña…

Anotemos ahora que no es desconocido este faraute Xateobelín, ya que, años después, en el de 1449, cuando el bastardo de Saint-Pol publique los capítulos del Pas de la Belle Pélerine, varios heraldos borgoñones serán encargados de llevarlos a diversos reinos, y entre ellos «fut envoyé Chasteau-Belin, hérault, ès Espagnes», como consigna el cronista Mathieu de Coussy. Los capítulos del paso que quería defender Pierre de Beauffremont, que primeramente se denominó Pas des Ermites, se difundieron también por la Corona de Aragón, ya que existe de ellos una fiel traducción catalana contemporánea.

El Pas des Ermites sufrió algunas variaciones de poca importancia, entre ellas el cambio de título y una ligera modificación en el lugar y la fecha. Se le llamó el Pas de l'Arbre Charlemagne, en atención a un famoso árbol «qui sied à la charme de Marsenay, près de Digeon», y se dio del 11 de julio al 8 de agosto de 1443 en las proximidades de los castillos de Parigny, Mercenay y Couchy, o sea, como dice nuestra *Crónica de Juan II*, «cerca de una villa que se llama Dijón, entre dos castillos llamados el uno Parñí y el otro Mercenay», lo que corrobora que los textos borgoñones y el castellano se refieren al mismo hecho.

La *Crónica de Juan II* sigue diciendo que, una vez leídos en la corte de Castilla los capítulos de Pierre de Beauffremont, «hubo muchos que hubieron voluntad de ir hacer las dichas armas», y sólo menciona la participación en el paso del escritor y caballero andante mosén Diego de Valera. Pero el cronista castellano ignora que el verdadero héroe del Pas de l'Arbre Charlemagne fue Pedro Vázquez de Saavedra, quien se enteró de los capítulos en Inglaterra. Olivier de la Marche narra con detención y respeto la actuación de «un chevalier du royaume de Castille, nommé messire Pietre Vasque de Saavedra», quien había hecho tocar los dos escudos que pendían del árbol, o sea que deseaba justar, como

aventurero, tanto a caballo como a pie. El cronista borgoñón añade que «ledict messire Pietre estoit assez congnu en l'hostel du Duc pour homme renommé, et avoit fait armes à Coulongne (oú plusieurs de l'hostel du Duc avoyent esté) et nouvellement venoit d'Angleterre; et de tout estoit issu et sailli à son grand honneur».

El primer día del paso, el jueves 11 de julio de 1443, a las ocho de la mañana, se presentó ante el duque de Borgoña, juez de las justas, «messire Pietre Vasque de Saavedra», todo él vestido de negro. Le precedía un oficial del rey de armas del rey de Castilla, el cual comunicó que aquel caballero estaba ya dispuesto a hacer las armas a pie. Felipe el Bueno le dio la bienvenida y Pedro Vázquez se retiró a su tienda para armarse. Acto seguido hizo su presentación el señor de Charny. A las nueve de la mañana los dos contendientes entraron en la liza ya armados, y llamó la atención, como subraya Olivier de la Marche, que el castellano llevara la visera alzada, «et metoit sa teste hors de son bacinet, comme une fenestre». Cuando el señor de Charny advirtió esta anomalía, propia sin duda de los caballeros españoles, como vimos al tratar de Juan de Merlo, él también se alzó la visera y descubrió el rostro. La Marche nos da rápidas descripciones de los dos caballeros: «l'espaignol estoit moyen homme, de forte et grosse taille… et le seigneur de Charny estoit grand et puissant chevalier». Lucharon con las hachas, y al llegar a los quince golpes acordados en los capítulos, el duque de Borgoña tiró su bastón al campo y los justadores fueron separados. El castellano y el francés se fueron retirando mirándose de reojo porque ninguno de los dos quería ser el primero en dejar la liza.

Al día siguiente, Pedro Vázquez y el señor de Charny lucharon a caballo. El español entró en la liza santiguándose; y su caballo iba cubierto de una seda la mitad azul y la mitad blanca. Hicieron las once carreras, en las cuales algunas veces se asestaron duros golpes con la lanza. Ausente aquel día Felipe el Bueno,

presidió y fue juez de la justa Louis Monsieur, conde de Nevers, el cual los dio a los dos por buenos caballeros e hizo que se abrazaran en la liza.

Fue tan excelente la impresión que produjo Pedro Vázquez Saavedra que desde aquel momento quedó adscrito, sin duda para el resto de sus días, a la corte del duque de Borgoña. Así lo atestigua La Marche: «fut depuis ledict messire Pietre retenu chambellan de l'hostel du duc de Bourgongne, et fut fort aimé et prisé en la maison pour ses vertus, et fit de grands services au prince sur les infidelles, en grandes ambassades et en guerre, par mer et par terre».

Mientras se efectuaban estas justas llegó al Pas de l'Arbre Charlemagne otro caballero «du royaulme de Castille, nommé Diago de Valière». Es nuestro mosén Diego de Valera, de quien la *Crónica de Juan II* explica resumidamente la actuación en este paso, más detallada por Olivier de la Marche, cronista que, en dos líneas, nos da la fisonomía de nuestro caballero andante y escritor: «le chevalier fut de petite et moyenne taille, mais de grand et noble vouloir, gracieux et courtois», y no olvidemos que era preciso ser muy cortés para ser admirado por la cortesía en la corte borgoñona. No hablaré de las justas y empresas de mosén Diego de Valera, porque ya son muy conocidas. En cambio, creo interesante ir siguiendo la asendereada y novelesca biografía de Pedro Vázquez de Saavedra, a quien los textos franceses van modificando el apellido hasta llamarle Vasque, Vasc, Vas, etc.

Cuando se estaban celebrando las fiestas caballerescas de Dijón le llegaron a Felipe el Bueno mensajeros de Roma con la pretensión de formar una gran escuadra que acudiera en auxilio de Constantinopla, aprovechando ciertas victorias que los húngaros habían alcanzado sobre los turcos. El duque de Borgoña, después de una acción militar en el ducado de Luxemburgo, decidió intervenir en la expedición naval y logró que la señoría de Venecia

le prestara cuatro galeras, tratos que se llevaron a término en las Navidades de 1443. La armada borgoñona quedó al mando del almirante Walerand de Wavrin, y se unió a la veneciana y a la pontificia en el golfo de Venecia. A las órdenes de Walerand de Wavrin se encontraban dos caballeros, «garnis de sens et de vaillance, l'un nommé Pietre Vas, natif du royaulme de Castille, et l'autre messire Gauvain Quieret», como consigna el cronista Jean de Wavrin, sobrino del almirante, en sus *Anchiennes croniques d'Engleterre*. Encontramos, pues, a nuestro Pedro Vázquez de Saavedra, poco después de su brillante participación en el Pas de l'Arbre Charlemagne, incorporado a las fuerzas navales borgoñonas y en un lugar de responsabilidad, a las órdenes del almirante Wavrin y en estrecha relación con caballeros tan famosos, como Geoffroy de Thoisy. La escuadra borgoñona se hizo a la mar en julio de 1444, y al llegar a la isla de Ténedos, el almirante sintió curiosidad por saber si la famosa ciudad de Troya había estado situada cerca de allí, detalle que da una idea de lo intoxicados de literatura que estaban estos militares. Unos griegos, a quienes preguntaron por la situación de la épica ciudad, les dijeron que no podían seguir adelante sin cruzar los Dardanelos; y entonces Pietre Vas y Gauvain Quieret aconsejaron que navegaran hasta allí; y en efecto, lo hicieron y efectuaron un desembarco que fue seguido de un encuentro con los turcos, en el cual exhibió su temerario heroísmo un arquero inglés «quy estoit à messire Pietre Vasse», o sea uno de la mesnada del caballero castellano, que debió unirse a él en Inglaterra. Cuatro días después llegaron a Galípoli, donde las naves borgoñonas se unieron a las del Papa y de la señoría de Venecia, y se decidió que parte de la escuadra se quedaría en aquel puerto y cuatro galeras irían a Constantinopla. Pedro Vázquez se quedó al mando de las galeras dejadas en Galípoli. Paso por alto importantes hechos que se siguieron: la ayuda prestada por los genoveses a los turcos, quienes gracias a aquéllos entraron grandes contingentes en Europa,

y la derrota del rey de Hungría en Varna, todo lo cual hacía difícil la empresa de salvar a Constantinopla. El almirante Wavrin entró con su escuadra en el mar Negro, y envió a nuestro Pedro Vázquez en busca del rey de Hungría, del cual nada se sabía después de su derrota, a fin de que sus fuerzas se unieran a las borgoñonas en la común empresa de defender de los turcos el imperio bizantino. Tres galeras mandadas por Geoffroy de Thoisy siguieron la costa del mar Negro hacia Oriente, o sea por el norte de Turquía, navegación muy sugestiva para caballeros del Toisón de Oro, ya que era la ruta que llevó a Jasón a la Cólquida; y otras dos, mandadas por Walerand de Wavrin y Pedro Vázquez, hicieron lo mismo en sentido opuesto, o sea costeando Bulgaria, con el propósito de encontrarse todas ellas en «la mer de la Thane», o sea el mar de Azof. Ello se emprendió en Pera el 28 de marzo de 1445. En las galeras del almirante y del castellano iban húngaros recién libertados de los turcos. Nuestros navegantes admiraron un puerto del que se decía que había sido construido por la amazona Pentasilea, y arribaron a la desembocadura del Danubio, donde los válacos que allí encontraron no les supieron dar noticias del rey de Hungría. En vista de ello, Walerand de Wavrin decidió que Pedro Vázquez desembarcara y, acompañado por la gente de su galera y los húngaros libertados, se internara hasta Hungría. El caballero castellano cumplió bien su misión, pues llegó hasta Buda, se presentó ante el parlamento húngaro y exhibió cartas credenciales en nombre del lugarteniente general del duque de Borgoña, y ofreció que seis o siete de las galeras que se encontraban en el mar Negro remontarían el curso del Danubio para reunir en ellas combatientes húngaros, lo que fue aceptado tras un día de deliberación de los parlamentarios y de entrevistas con Pedro Vázquez. Los húngaros prometieron reunir un ejército de ocho a diez mil combatientes, y rogaron al castellano que, en su viaje de regreso, se entrevistara con el señor de Valaquia para incitarlo a tomar parte en la expedición, lo que Pedro Váz-

quez hizo puntualmente. Un mes duró este viaje diplomático de nuestro caballero, quien, al volver a la desembocadura del Danubio, dio cuenta de su misión a Walerand de Wavrin.

El almirante envió a Pedro Vázquez a Constantinopla en una pequeña nave que llevaba ingenios artilleros para la defensa de la ciudad. Nuestro caballero combatió al lado de húngaros y de válacos hasta finales de julio de 1445. Y cuando estuvieron prestas las naves que debían remontar el Danubio, él se anticipó llevando la noticia a Hungría en una galera. El 12 de setiembre Pedro Vázquez, precediendo a los contingentes húngaros, se presentó en el sitio de Nicópolis ante el almirante Wavrin, por el cual fue muy bien recibido, así como por el cardenal de Venecia, que también formaba parte de la expedición. Dejo de mencionar diversas actuaciones de Pedro Vázquez de Saavedra en el próximo Oriente, que las *Anchiennes croniques d'Engleterre* relatan con pormenor, entre ellas su relación directa con el voivoda transilvano Juan Hunyadi, el padre de Matías Corvino.

A partir del año 1449 la vida militar de Pedro Vázquez de Saavedra transcurre otra vez en el Occidente europeo. Jacques de Lalaing, caballero borgoñón cuyas andanzas por España ya conocemos, publicó en diciembre de 1448 los capítulos del Pas de la Fontaine en Pleurs, que se celebró en setiembre del año siguiente. En este mes Pedro Vázquez se encuentra en Châlons-sur-Saône, junto a Jacques de Lalaing, en situación que hoy diríamos «de imaginaria», pues dice Olivier de la Marche que Lalaing «s'acompaigna de messire Pietre Vasque, un très-gentil chevalier… lequel messire Pietre estoit homme duit et suffisant de son corps et de son conseil; et croy que si ledict messire Jaques eust eu inconvéniant de maladie ou autrement, il entendoit de mettre en son lieu ledict messire Pietre Vasque».

En las suntuosas fiestas que organizó Felipe de Borgoña en Lille, en febrero y marzo de 1454, como preparación para la «cruzada» que se había de enviar contra los turcos, que acababan de

apoderarse de Constantinopla, se celebró la caballeresca ceremonia de los Votos del Faisán, ave que fue presentada en un banquete y ante la cual los principales caballeros de la corte borgoñona juraron que llevarían a término determinadas heroicidades o actos de lealtad. Al narrar esta ceremonia Olivier de la Marche no menciona a Pedro Vázquez de Saavedra, pero sí lo hace Mathieu de Coussy, quien, entre los de otros muchos, inserta «le voeu de messire Pierre Vasc de Savedra», el cual, en aquella solemne ocasión, en la más pomposa corte del mundo, hizo público el siguiente voto:

> Je voue aux dames et au phaisant que, s'il y a bataille dedans un an allencontre du Grand-Turc, que pour l'amour et révérence de Dieu nostre Sauver Jésus-Christ, se il me garde d'emcombrement, je y seray; et pour le jour je suivrai le bon chevalier le seigneur de Haubourdin de tout mon pouvoir, pour luy ayder à accomplir son voeu; ou de moi aborder à la bannière à signe du GrandTurc de telle manière que je le baisseray ou y laisseray les enseignes, se en la voie pour ce accomplir je ne suis mort, ou que mon cheval me faulsist au chemin.[7]

Encontramos aquí de nuevo al bastardo de Saint-Pol, Jean de Luxemburgo, señor de Haubourdin, con quien luchó Gutierre Quijada en 1439. Pedro Vázquez confiesa que en la expedición que se prepara formará en la mesnada del Bastardo y que le ayudará a cumplir su voto. Poco antes, ante el faisán, el bastardo de Saint-Pol prometió que si ve al Gran Turco huir lo perseguirá hasta matarlo o hacerlo prisionero, salvo justo impedimento.

El mismo año de 1454 Pedro Vázquez está documentado en Lille dando cuenta al duque de Borgoña de una embajada que le había encomendado en Francfort. A partir de 1464 el caballero castellano acompaña a Antonio, bastardo de Borgoña, en sus expediciones navales por el norte de África, en las cuales también tomó parte Simon de Lalaing —tío de Jacques—, como nos atestiguan las *Mémoires* de La Marche. El cronista borgoñón narra someramente la ayuda que prestaron a los portugueses en Ceuta, y el regreso de la expedición por Roma y Marsella. En

este momento podemos relacionar a Pedro Vázquez con un episodio de la historia de España. Reinaba en Barcelona, en oposición y en guerra con Juan II de Aragón, el condestable don Pedro de Portugal, aquel que tenía la melancólica divisa *Paine pour joye*, que ya había utilizado Jean de Chassau en las fiestas de Lille de 1454, y aquel a quien el marqués de Santillana dedicó el famoso *Prohemio*. Pedro el Condestable, en momentos apurados, pidió auxilio a las potencias extranjeras, entre ellas al duque de Borgoña; y así, el 6 de setiembre de 1464, desde Barcelona, envió a su mensajero Bartomeu Garí con cartas credenciales para diversas personalidades, entre ellas el bastardo Antonio de Borgoña, capitán general de la escuadra del duque, para Simon de Lalaing y para «mossén Pedro Vázquez de Saavedra, capitán de galeras», y en las instrucciones al citado embajador se le ordena que se entreviste con «mossén Pero Váez». Pero este embajador iba a Borgoña, y el bastardo Antonio y Pedro Vázquez navegaban por el Mediterráneo. A ello se debe, sin duda, que, mejor informado el Condestable, el 10 de octubre de aquel mismo año firme otras cartas dirigidas a Antonio de Borgoña, «capitán general de la armada del ilustrísimo duque de Borgoña contra los turcos», al magnífico y noble mossén Simon de Lalaing y al «magnífico mossén Pedro Váez de Saavedra, capitán de galeras», para que reciban la visita de sus secretarios Bertrán Ramón Savall y Jaume Pellicer. Y dos días después da instrucciones a éstos, en las cuales ordena que en Marsella o en Tolón hablen, en primer lugar, con mossén Pero Váez y después con el bastardo de Borgoña. Han de hacer cuanto puedan para lograr que los borgoñones acudan en auxilio del Condestable, el cual premiará sus servicios: «a mossén Pero Váez dará una honrada baronia o vescomdat». Nuestro caballero debió de contestar de modo que el Condestable creyó que acudiría a su favor, ya que dos años después, el 30 de abril de 1466, firmaba en Manresa una carta dirigida al «magnífico mosén Pedro Váez de Saavedra, caballero», en la que

le acusa recibo de misivas suyas y le promete trato benigno, honores y favores si se decide a acudir a Cataluña con sus gentes para defender su ya tan desesperada causa.

Volvemos a encontrar a Pedro Vázquez de Saavedra en Inglaterra en junio de 1467, cuando intervino en la batalla concertada entre el bastardo Antonio de Borgoña y lord Scales; y dos años después, en setiembre de 1469, formó parte de una embajada que el duque de Borgoña envió al rey de Inglaterra.

Sospecho que en mayo de 1473 Pedro Vázquez de Saavedra se encontraba en el sitio de Perpiñán, no sé si al lado de los franceses o al lado de Juan II de Aragón, ya que la actitud de Borgoña en aquellos momentos cambiaba con rapidez. El 18 de aquel mes Jean Jouffroy, Cardenal de Albi, aquel que cuatro años antes intentó concertar la boda de Juana de Castilla con Carlos de Guyena, escribió, desde el cerco de Perpiñán, una violenta carta a Juan Ramón Folch, conde de Prades y de Cardona, que empieza: «Senyor comte de Prades. Lo gran Vascho m'à vuy reportat que aveu renegat Déu que si poreu pendre mossè de Bressa e a mi nos fareu penjar…»[8], a lo que el conde de Prades y de Cardona respondió que no era cierto que hubiese dicho tal cosa «al Vascho», sino que comunicara a Felipe de Saboya, señor de Bresse, y a todos los demás capitanes franceses que, pues habían hecho matar cruelmente a dos gentileshombres de la casa de Juan II de Aragón, que se habían rendido, él haría lo mismo con los enemigos que cayesen en sus manos. Dada la ambigua posición de Borgoña frente a Juan II y a Luis XI de Francia, este «gran Vascho», si es realmente nuestro Pedro Vázquez de Saavedra, tanto podía estar entre los sitiados como entre los sitiadores.

Un manuscrito misceláneo francés transmite una breve fisonomía de nuestro caballero y da la fecha de su muerte:

> Un noble chevalier natif du royaume de Castille, nommé messire Pierre Vasques de Sayavedra, conseiller, chambellan de très excellens et très puissans prin-

ces les ducs Philippes et Charles de Bourgongne, lequel chevalier a esté en plusieurs batailles et rencontres contre les infideles et ailleurs, par mer et par terre, et par trois fois a combattu en liches closes, assavoir en France, en Angleterre et en Allemaigne, et aussy a esté en plusieurs rencontres et batailles au service des dits princes, ses seigneurs, contre les ennemis, et, par la grace de Dieu, il a achepvé tous ses faicts à son honneur et sans reproche. Il traspassa l'an mil IIIIC LXXVII. [9]

Puede parecer que me he extendido demasiado en los hechos y andanzas de Pedro Vázquez de Saavedra, pero mi intención no ha sido bosquejar la biografía de este capitán de galeras, que algún día deberá emprender algún historiador, sino presentar una figura de caballero andante real que ofrece notables similitudes con los caballeros andantes de la literatura. Pensemos sólo en Tirante el Blanco: el héroe de la novela de Johanot Martorell gana fama y prestigio, en Inglaterra, luchando en justas organizadas con ocasión de festejos reales. Se convierte luego en capitán de galeras y logra levantar el cerco de Rodas y después auxilia a Constantinopla, a punto de caer en poder de los turcos. En la vida de Pedro Vázquez se cruzan dos personajes que han sido considerados «modelos vivos» de Tirante: Geoffroy de Thoisy y el voivoda Juan Hunyadi. Mucho me guardaré de insinuar que Pedro Vázquez de Saavedra pudo ser un modelo vivo de Tirante, pero no creo desacertado insistir en que la vida y andanzas de este caballero castellano hacen verosímiles y actuales las proezas del caballero novelesco. Añádase a ello que no sería raro que Johanot Martorell, autor principal del *Tirant*, y Pedro Vázquez llegaran a conocerse: el novelista estuvo en Londres por lo menos desde marzo de 1438 hasta febrero de 1439, y Pedro Vázquez se atestigua también en Londres, dispuesto a entrar en batalla singular, en 1440. Ocurre, además, que Pedro Vázquez estuvo en relación con el condestable don Pedro de Portugal en 1464 y 1466, y Johanot Martorell dedicó el *Tirant lo Blanc* a un primo de aquél, el infante don Fernando de Portugal, que vivió en Cataluña en 1464 y 1465. No doy una excesiva importancia a estos

datos, que podrían ser meras coincidencias, pues para mí lo que tiene valor es que Pedro Vázquez de Saavedra, como Tirante, Amadís y tantos otros héroes de novelas caballerescas, fue en sus años mozos un hábil justador, que maravilló a los borgoñones en el Pas de l'Arbre Charlemagne, y después un capitán de galeras que luchó contra los turcos y socorrió a Constantinopla.

Y como Pedro Vázquez podríamos aducir los casos de otros muchos caballeros andantes españoles. Citemos únicamente, porque la materia es inagotable, a tres más. Rodrigo de Villandrando, conde de Ribadeo, de quien Fernando del Pulgar trazó una apasionante biografía, y que los cronistas borgoñones, como Enguerrand de Monstrelet y Olivier de la Marche, que cuentan sus hazañas, llaman Rodrigue de Villandras. François de Suriene, llamado «l'Arragonois», que mandó fuerzas al lado de militares tan ilustres como Talbot y Warwick y el borgoñón Perrinet Gressart, pero que además fue elegido caballero de la Garter, o Jarretière, en 1441, y que en el Smithfield de Londres combatió singularmente con sir John Astley, aquel que, en el mismo sitio, hemos visto luchar con Felip Boyl. Y Galeot de Bardaxí, de quien un historiador tan ponderado como Jerónimo de Zurita, escribió lo siguiente: «Fue uno de los señalados caballeros en valentía y esfuerzo que hubo en aquellos tiempos. Fueron las fuerzas y valentía de ánimo deste caballero maravillosas y muy alabadas de todas las naciones, en que sobrepujó a los más robustos y valientes soldados y capitanes que se señalaron en las guerras de Italia, así peleando a pie como a caballo, sin hallar ninguno que pelease con él que no fuese vencido; y sus hazañas no se encarecen como de los otros hombres de su tiempo, sino en comparación de los excelentes caballeros que dejaron de largos siglos inmortal memoria» *(Anales*, libro XV, capítulo LII).

La guerra de los Cien Años llevó a muchos militares españoles a Francia y algunos de ellos se distinguieron por sus encuentros caballerescos. Quién sabe los lances y aventuras que debieron de

protagonizar aquellos aragoneses que la documentación francesa llama Cernay y Mathias d'Archac o Rechac (¿Reixach?), que en 1428 estaban en el sitio de Orleans y en relación con Juana de Arco.

BATALLAS POR MALQUERENCIA

Batallas para enmendar agravios

Con mucha frecuencia las batallas entre caballeros eran debidas al odio o a discrepancias en diversos aspectos. En este sentido los largos y abundantes epistolarios conservados nos brindan casos interesantes de luchas caballerescas y datos que ayudan eficazmente a penetrar en la sociedad española del siglo XV. Se podría objetar que los caballeros de quienes ahora voy a tratar muy sucintamente no eran «caballeros andantes» de profesión, pues no erraban por el mundo en demanda de aventuras; pero hay que tener en cuenta que, cuando se encontraban en trances de batalla, actuaban como si lo fueran y luchaban en lizas presididas por reyes o grandes señores, con todo el aparato de reyes de armas, heraldos, persevantes, trompetas, fieles de campo, padrinos, etc., y ante un público de la más diversa condición que asistía muy gustoso a tales espectáculos, en los que más de una vez se dieron muertes y heridas graves.

Ejemplo claro de ello nos lo da el lance del valenciano don Pero Maça de Liçana, senyor de Novelda y de Moixent (Mogente), quien, el 14 de marzo de 1424, recibió una carta de requesta de batalla firmada por Mendoza, guardamayor del rey de Castilla, porque «a mí es dicho que vos dixistes que quando yo venía de Nápols que yo havía dicho al Sancto Padre mal de la persona del senyor rey de Aragón, axí mesmo lo havia scripto a mi sobirano e mi senyor el rey de Castilla, a lo qual… vos digo que mentides en ello, e vos lo yo combatré de mi cuerpo al vuestro, e con el ayuda de Dios e de la su benaventurada Madre e con la buena voluntad que yo he, spero de vos fazer conocer la non verdadera parabla que vos en sta razón dixestes». Dos días después contestó Pero Maça reafirmándose en lo que había dicho y añadiendo que Mendoza se marchó de Nápoles cuando había gran bullicio en la

ciudad, y sin hacer caso de los ruegos de Alfonso el Magnánimo, que quería retenerlo, se fue a Roma y desde allí escribió al rey de Castilla en gran deshonor del de Aragón. Por lo tanto, el caballero valenciano acepta la batalla que le propone el castellano y se cruzan varias cartas, los dos desde la ciudad de Valencia, de las que son portadores Cepta, rey de armas del Primogénito de Portugal, y Forés, heraldo del duque de Borbón, que no acierto a comprender por qué razones se encontraban en la capital del reino valenciano. El 19 de julio Pero Maça comunica a su rival que Alfonso el Magnánimo ha aceptado ser juez de la batalla; pero Mendoza lo recusa, sin duda con razón, por ser el señor de su enemigo y la real persona que motivaba el debate, y propone al conde don Pedro, gobernador de Ceuta, persona tan asequible a esta clase de requerimientos. Pero Maça insiste en que el juez ha de ser el rey Alfonso, criterio que triunfó, pues este monarca no tan sólo firmó un salvoconducto para que Mendoza acudiera a la batalla, con un acompañamiento de doscientas personas, sino que incluso escribió, desde Zaragoza, a autoridades de Valencia para que le informaran de las características y ceremonial de la batalla entre el senescal de Hainaut y Colomat de Santa Coloma, celebrada en presencia del rey Martín en 1407, a la que ya me he referido, a fin de proceder del mismo modo en la inminente batalla entre Mendoza y Pero Maça. Permítaseme añadir que don Pero Maça ya estaba acostumbrado a justar: en 1418 había aceptado la batalla que le propuso Johan de Vilaragut, «por sola voluntad y deleite» y para que aquel que saliera vencedor pudiera vanagloriarse «del daño y deshonor del otro»; y que fue armado caballero en el más exótico y novelesco de los ambientes: en la isla irlandesa de Lough Derg, en la puerta misma del purgatorio de San Patricio, cuando entró en la temerosa cueva Ramón de Perellós, vizconde Perellós y de Roda, en setiembre u octubre de 1397. Y esto no es literatura ni leyenda, pues existe el salvoconducto firmado por Ricardo II para que Ramón de Perellós,

acompañado de un séquito de veinte hombres (entre ellos Pero Maça), pueda trasladarse a Irlanda «ad Purgatorium Sancti Patricii ibidem videndum et visitandum». Si en una novela leyéramos que un joven ha sido armado caballero en la puerta del Purgatorio, creeríamos que el novelista fantasea o delira. Mas el valenciano Pero Maça, el que en 1424 se peleaba con el castellano Mendoza, veintisiete años antes ingresó en la caballería frente a la cueva que llevaba a ultratumba.

En atención a los curiosos detalles, incluso gráficos, que tenemos sobre su desenlace es interesante hacer referencia a la batalla entre los caballeros del reino de Valencia Johan Tolsá y Johan Marrades. El 3 de febrero de 1432, desde su castillo de Navarrés (cerca de Játiva), Johan Tolsá envió una carta de requerimiento de batalla a Johan Marrades en la que le dice que ha sabido que los que hace poco mataron a Alamí, esclavo, seguramente moro, de Marrades, afirman que lo hicieron por mandato de Tolsá. Que de ahora en adelante Marrades se guarde de él, porque está dispuesto a damnificarlo en persona y bienes y hará alancear a sus servidores y vasallos, y que quien diga que él hizo matar a Alamí miente «per sa falsa gola» («por su falsa garganta»). Tres días después le responde Johan Marrades con otra carta en la que afirma que está dispuesto a batallar con Johan Tolsá ante cualquier juez cristiano o infiel. Siguen varias cartas más, reiterativas e insultantes, por las que se decide que Johan Tolsá queda encargado de buscar juez, y, si no lo encuentra en el espacio de cuatro meses, lucharán clandestinamente, ante pocos testigos, en los límites entre Navarrés y Bolbay, o entre Almansa y Aragón. Procuradores de ambos se entrevistaron en Moixent (Mogente) y Albaida, con el debido sigilo a fin de que no se enteraran de todo ello los oficiales reales.

El 9 de agosto, Johan Tolsá envía una carta a Marradas en la que le informa de que, en las partes de Lombardía, el marqués de Ferrara se ha ofrecido a ser juez de su batalla y les ha asignado la

fecha del 30 de setiembre para que luchen en la plaza de dicha ciudad. Y dos días después, Juan de Egea, escudero y procurador de Tolsá, y Ferrando Climent, trompeta, se presentaron en el lugar de Alcántara y en el palacio de Pero Maça de Liçana, personaje que ya conocemos, preguntaron a Johan Marrades, caballero de la Orden de Santiago, que allí se encontraba presente, si había recibido una carta de Johan Tolsá, a lo que aquél respondió afirmativamente y que daba gracias a Dios porque pronto llegaría la batalla a su término. Esta ceremonia tenía como finalidad hacer saber al caballero requerido que el requeridor había cumplido su obligación e impedirle, mediante acta notarial, que pudiera alegar ignorancia una vez decididos el lugar y fecha de la batalla. La carta citatoria de Niccolò III, marqués de Ferrara, «en pergamino escrita y con el sello de dicho señor en cera verde impreso y pendiente, con cintas de seda verdes, bermejas y blancas», firmada en Ferrara el 5 de julio, hace constar que a su corte llegó el honorable y egregio fra Galvany Tolsá, caballero de la Orden de San Juan de Jerusalén, en nombre de su padre, Johan Tolsá, y pidió al marqués que se dignara dar campo a la batalla concertada entre Tolsá y el insigne Johan Marrades. El marqués accedió y les señaló la fecha antes citada. Nos enteramos ahora de que Johan Tolsá tenía un hijo, que era sanjuanista, al cual había puesto el novelesco nombre de Gauvain, el sobrino del rey Artús.

Llegó el 30 de setiembre y tanto Tolsá como Marrades alegaron impedimentos marítimos que les imposibilitaron presentarse en Ferrara en aquella fecha, y el marqués les concedió una prórroga de quince días. Y en efecto, el 15 de octubre estaban preparadas, en la plaza del común de Ferrara, las lizas y barreras dobles, bien clavadas, de modo que nadie pudiera entrar en el recinto sino por los lugares ordenados. Los dos contendientes valencianos se presentaron armados, con los caballos ricamente cubiertos y con gran acompañamiento de nobles y de hombres en-

tendidos en armas. Saludaron al marqués, que ocupaba un lugar preeminente, y acto seguido su consejero, el doctor en ambos derechos micer Florián de San Pietro, llamó a los caballeros para tomarles juramento. Les preguntó, primero, si estaban satisfechos del modo como el marqués de Ferrara había hecho disponer la plaza, y si lo aceptaban como juez, a lo que respondieron ambos que sí. Luego juraron, tocando corporalmente los cuatro santos Evangelios, que se atenían a las acusaciones formuladas en sus cartas, que creían defender causa justa y que no existía otra clase de injuria encubierta entre ellos, y que no llevaban encima veneno, maleficio o ensalmo alguno. Adviértase que en estas batallas estaba terminantemente prohibido que los contendientes llevasen encima objetos a los que se podían atribuir poderes maravillosos, como reliquias o amuletos; y utilizar armas de «virtud», como pueden ser espadas milagrosas (o sea llegadas sobrenaturalmente del cielo o proporcionadas por algún santo, o con reliquias en la empuñadura) o «consteladas» (o sea forjadas aprovechando la favorable conjunción de los astros), característica mezcla de la piedad ingenua y de la superstición del hombre medieval. Hechos los juramentos, en los que Johan Tolsá repitió que no era culpable de la muerte de Alamí, se dispuso que comenzara la batalla, y el marqués ordenó que un heraldo diera el grito acostumbrado: «Laissiez-les aller pour faire leur devoir!». El grito fue dado una primera y una segunda vez, pero antes de que el heraldo lo profiriera, como estaba reglamentado, por vez tercera, el marqués de Ferrara mandó que se aproximaran a él los dos adversarios, les ordenó que por aquel día desistiesen de luchar y se volvieran a sus albergues. Johan Tolsá y Johan Marrades demostraron gran sorpresa y turbación, y ambos suplicaron humildemente a Niccoló III que les permitiera proseguir la batalla. Él perseveró en su propósito y ordenó que sus trompetas, ministriles, heraldos y nobles acompañaran a los caballeros valencianos a sus albergues, sin hacer diferencias a favor de nin-

guno. Johan Tolsá y Johan Marrades obedecieron y salieron de las lizas después de haberse quitado los almetes.

La actitud del marqués de Ferrara se explica gracias al contenido de la sentencia del lance, por él firmada. Impidió que la batalla se efectuara porque tenía en su poder una importante confesión de Johan Tolsá en forma de carta a Johan Marrades, en la cual reconocía que «aquel día en que vuestro Alamí estuvo en Navarrés, asegurado por mí, fue muerto por mi alcaide y su hijo en mi territorio de Navarrés», y que él, Tolsá, confiando en el alcaide y en su hijo, no protegió a Alamí con escolta, pues si lo hubiera hecho, Alamí no habría sido muerto. Otorga que en su conducta hubo negligencia, que le puede hacer sospechoso de haber permitido la muerte de Alamí.

En vista de esta confesión el marqués de Ferrara sentenció que Johan Tolsá y Johan Marrades han de desistir de su batalla y no se han de provocar ni ofender nunca más; y si lo hacen, el provocador tendrá que pagar cuatro mil ducados de oro, la mitad para la cámara real de Aragón y la otra mitad para el provocado, y que ambos quedan absueltos de la culpa que pueda haber en la muerte de Alamí. «En aquel instante —dice el texto de la sentencia— Tolsá y Marrades juraron, ratificaron y aprobaron dicha sentencia y todas las cosas en ella contenidas; y en señal de buena paz y firme concordia, se abrazaron y entrecambiaron ósculo de paz besándose en la boca, dispuestos a observar entre ellos buena fe y fiel amor inviolablemente.»

Esta emotiva escena aparece representada en una tabla que se conserva en el Museo de Artes Decorativas de París, y que es una especie de exvoto. A la izquierda hay una monja arrodillada ante San Francisco, y a la derecha dos caballeros armados y a pie, que se abrazan y se besan, y cada uno de ellos tiene al lado una lanza y un escudo. El escudo de la izquierda es cuartelado, y en los cuarteles primero y cuarto trae dos palos centelleantes de gules sobre campo de argent, y en el segundo y tercero dos veneras de

argent, que son las armas del linaje Marrades. El escudo de la derecha es también cuartelado, y en los cuarteles primero y cuarto trae una cruz de oro sobre campo de gules, y en el segundo y tercero un castillo de argent sobre campo de azur o de sable, que son las armas del linaje Tolsá. Bajo el caballero de la izquierda hay un rótulo que dice: *Questo é misser Çoane da Valenza de Spagna*, y bajo el de la derecha otro en el que se lee: *Questo é misser Çoane de Chastelo ciossè de Spagna*. En medio de los dos grupos (el formado por la monja y San Francisco y el formado por los dos caballeros), hay una inscripción que dice:

> In 1432, a di 15 de otovro, fo dui chavalieri per conbatere e per darse la morte. E la venerabele dona Madonna suor Sara feze oratione a Dio e a Santo Françescho, se i diti chavalieri fesse paxe e che elli non s'amazase, de fare dipinçere el dicto lavoriero conmo apare qui de presente dipinto. E chussi, per la gratia de Dio e de le bone oratione, che i diti chavalieri fe paxe senza alghun impedimento de le lor persone, etc.[1]

La exacta correspondencia de esta fecha con la de la batalla frustrada de Ferrara entre Johan Tolsá y Johan Marrades, la identidad de los nombres de pila de los dos caballeros pintados y de sus escudos de armas con los de los dos valencianos, hacen totalmente segura que esta tabla italiana, conservada en París, sea una representación gráfica de nuestro hecho de armas, e incluso que nos encontramos ante el retrato auténtico de los dos rivales, pintados en el momento en que hacen las paces y en la misma actitud que describe la sentencia del marqués de Ferrara.

Este lance es interesante porque constituye uno de los pocos casos conocidos en que un caballero confiesa su culpabilidad en el momento de iniciarse la batalla. Johan Tolsá, aunque no otorgó haber ordenado la muerte de Alamí, admitió que, si no hubiese sido por su negligencia, éste aún viviría. A pesar de todo, fue una dura confesión, y más aún después de los destemplados términos que usó en la correspondencia con su rival. No obstante, Johan Tolsá no era un caballero menospreciable: en la guerra

de Castilla, en 1429, junto con Antoni de Vilaragut y Ramón Boyl hizo una expedición a Hiniesta y se apoderó de treinta mil cabezas de ganado, y tuvo que luchar contra Juan de Mendoza, que mandaba trescientos jinetes y seiscientos peones. En 1445 Johan Tolsá intervino como procurador de Johan y Vicent Alegre en su lance caballeresco contra Francesch Navarro. Por lo que respecta a Johan Marrades, caballero de Santiago, está documentado en 1425 como comendador de Aledo y señor de Bolbay.

Batallas por razones políticas

La complicada política española del siglo XV, con reyes depuestos, monarcas intrusos, banderías y guerras civiles, suscitó gran número de lances entre caballeros, que se acusaban de cobardía o de traición. Son tantas las querellas de este carácter que me veo obligado a seleccionar sólo una pequeña muestra.

El 7 de junio de 1453, Rodrigo y Alfonso de Vozmediano escriben a Juan y Pedro de la Panda y les exigen que confiesen «si vos afirmades por verdadero que, dexando al senyor infante don Enrique, nuestro senyor, en el campo el día que huvo la scaramuça con el almirante e adelantado Pero Manrique, fuíssemos [huyéramos] a la villa de Alburquerque». La carta la llevaron a sus destinatarios Conquista, heraldo, y Desirós, persevante de los infantes don Enrique y don Pedro de Aragón. Los Panda contestaron que no lo vieron, pero lo oyeron a personas dignas de fe, y, por lo tanto, están convencidos de ello, «car si los hombres non havían por verdat sinon lo que vehen, la fe cathólica sería en gran periglo». Como no llegan a ponerse de acuerdo sobre si la batalla se ha de celebrar según el fuero de Valencia, por ser los Vozmediano castellanos, deciden nombrar jueces para que diluciden este punto.

La noche del 25 de agosto de 1464, Juan de Beaumont, gran prior de San Juan de Jerusalén, rompía en Vilafranca del Panadés

con Pedro el Condestable de Portugal y se ponía al servicio de Juan II. Para hacerse cargo de lo sensacional que fue el cambio de actitud de Juan de Beaumont basta recordar que este caballero navarro, jefe de la facción de los beaumonteses, había sido ayo de Carlos de Viana y uno de sus principales valedores en las desavenencias del príncipe con su padre, que fue el lugarteniente de Enrique IV de Castilla en los cinco meses que éste ostentó el título de conde de Barcelona y que ocupó un lugar preeminente en los primeros tiempos del reinado de Pedro de Portugal en Cataluña. Eran muchos años, pues, los que Juan de Beaumont había luchado contra Juan II, arrastrando con su prestigio y autoridad tanto a navarros como a catalanes. Y como es natural su trascendental viraje del 25 de agosto de 1464, tan celebrado en el bando juanista, provocó una viva indignación en Barcelona, entre los fieles al condestable portugués. Uno de los personajes más destacados que éste había traído de Portugal era João de Almada, conde de Abranches, quien, irritado por lo que en su bando se consideraba una traición y, sin duda, haciéndose eco del estado de ánimo de los que rodeaban a don Pedro, muy pocos días después de haber Juan de Beaumont entrado en el servicio de Juan II, desafió a «batalla a ultranza» a Menaut de Beaumont, hijo bastardo del gran prior, que con éste se encontraba en Vilafranca del Penedés.

Zurita ya conoció este lance caballeresco, del que escribe lo siguiente: «Entonces don Juan de Almada, que se llamaba conde de Branches… desde Barcelona envió a desafiar a Menaut de Beaumont, que estaba ya en Villafranca en servicio del rey, y también desafiaba al prior, su padre, llamándolos traidores». El cronista aragonés añade otros detalles, entre ellos que João de Almada se casó, en Cataluña, con Leonor, hermana de Hug Roger, conde de Pallars, y que el condestable don Pedro le hizo merced de las villas de Albesa y Catllar, del condado de Oliva —que poseía su enemigo Francesch Gilabert de Centellee— y de

las baronías de Sant Vicenç de Llobregat —que era de Arnau Guillem de Bellera— y de Molins de Rey —que fue de Galcerán de Requesens y de Requesens de Soler—. Honró, pues, don Pedro de Portugal a João de Almada con copiosas mercedes desposeyendo de ellas, de modo efectivo o simplemente nominal, a los antiguos poseedores que militaban en el bando de Juan II.

Se abre la correspondencia y el lance con una carta de João de Almada, firmada en Barcelona el 8 de setiembre de 1464, dirigida a Menaut de Beaumont, que se encuentra en Vilafranca, en la que lo desafía «a toda ultrança» para hacerle confesar «que vós e el traydor de vuestro padre, soys de los mayores traydores que después de Judas fasta hoy han seydo». Almada propone luchar, bajo un juez neutral, contra Menant y contra su padre Juan de Beaumont, pero admite la sustitución de este último por otro caballero. El 20 de setiembre, y por medio del trompeta Galcerán, Menaut de Beaumont, desde Vilafranca, responde a João de Almada desmintiéndole la acusación de traición y aceptando la batalla, para la que divisa las armas y promete buscar, en el tiempo reglamentario, el juez imparcial. Añade que no es precisa la intervención de su padre porque él solo es capaz de vencerlo. En un inciso observa que vencer a João de Almada no le reportará reputación ni honra, por ser hijo «de aquel conde d'Abranches que, en batalla contra la persona de su rey e senyor natural se fallando, seyendo traydor, perdió ensemble la vida e la honor». La alusión es intencionada, pues no tan sólo supone tachar de traición al padre de João de Almada sino también al padre de don Pedro el Condestable. Como es sabido, en la batalla de Alfarrobeira (20 de mayo de 1449) el duque de Coimbra, antiguo regente, peleó contra su sobrino el rey Alfonso V de Portugal y murió en ella atravesado por una flecha. Entre los partidarios de don Pedro de Coimbra se encontraba su fiel servidor y amigo Álvaro Vaz de Almada, conde de Abranches, quien, al enterarse de la muerte de don Pedro, se lanzó temerariamente a la lucha y pro-

nunciando frases dramáticas, que el cronista Rui de Pina y los historiadores recogen con admiración, y murió valientemente ante un enemigo muy superior. Como es natural, la valerosa muerte de Álvaro Vaz de Almada era un motivo de orgullo caballeresco para su hijo João de Almada y un vínculo que lo ligaba entrañablemente a don Pedro el Condestable, hijo del duque de Coimbra.

En efecto, el 23 de setiembre y desde Barcelona, João de Almada envía, por medio de Pedro Golçalves, trompeta del «rey» don Pedro, su segunda carta a Menaut de Beaumont, y le replica que, al hacer mención de su padre, ha querido convertir en vicio la virtud, pues «tan glorioso acto como es morir en battalla con su senyor no cahescerá a tales como vós e vuestro padre, mas trayr e enganar, como avéys fecho muchas vezes e agora de presente feziestes». Y acto seguido, tras echar en cara a Menaut que es «borde», o sea bastardo, y que sólo se parece a su padre, Juan de Beaumont, en ser traidor y fementido, ataca duramente a Juan II, dándole sólo el título de «Rey de Navarra». Lo acusa de haber sido traidor a su señor natural Juan II de Castilla, tanto al apresarlo en Medina del Campo (28 de junio de 1441) como en la batalla de Olmedo (19 de mayo de 1445); y finalmente vuelve a insistir en que Juan y Menaut de Beaumont, en Vilafranca del Penedés, han traicionado al «rey don Pedro d'Aragón, mi senyor».

La respuesta de Menaut de Beaumont, firmada en Vilafranca el 26 de setiembre y llevada a Barcelona por Pere Llorenç, trompeta de don Pedro de Urrea, lugarteniente de Juan II en el reino de Valencia, constituye una briosa réplica a la carta anterior. Menaut esgrime argumentos para refutar la acusación de traidor hecha a Juan II de Navarra y Aragón insistiendo en el hecho de que éste, por pertenecer a la casa de Aragón, no ha de ser considerado vasallo del rey de Castilla. En Medina del Campo, además, procedió instigado por la reina de Castilla y por el príncipe de

Asturias don Enrique. Argumenta que, tras la sentencia de Caspe, don Fernando el de Antequera quedó separado de la sumisión a la casa de Castilla y obligado a fidelidad a la de Aragón; y recuerda que, al morir Enrique III, estando el pequeño Juan II en brazos del ama, el condestable Ruy López Dávalos preguntó públicamente al infante don Fernando a quién llamarían rey, y que aquél, tomando a su sobrino en brazos, dijo: «¡Castilla por el rey don Johan!», y le besó la mano. Es decir, que siéndole tan fácil hacerse reconocer rey de Castilla, «no seyendo de injusta senyoría ambicioso», dispuso que la corona recayera en quien le correspondía. La refundición de la *Crónica del Halconero* acredita esta escena cuando recoge: «E como quier que algunos quisieran que el ynfante don Fernando tomara título de rey, pues el rey don Johan quedava en tan tierna edad, él, como noble e virtuoso, con el amor grande que tovo al rey don Enrrique, su hermano, non lo quiso fazer». La argumentación de esta parte de la carta la sintetiza Menaut de Beaumont con las siguientes palabras: «Los reyes de Spanya no son al Imperio ne a las imperiales leyes subjugados, e menos a algún otro príncipe, rey e senyor, e a sólo Dios superior reconoscen; de que se concluye en Spanya no es hun rey a otro vasallo». Insiste en justificar la actitud de Juan de Aragón en Medina del Campo, haciendo responsable de ello a don Álvaro de Luna. En la primera parte de esta carta, Menaut afirma que no es de extrañar que João de Almada ignore el respeto debido a los reyes «por ser vuestro padre el primer cavallero e jentil hombre de vuestra cassa e linatge».

Esto último es, sin duda, lo que más escoció a João de Almada, quien, en su tercera carta, firmada en Barcelona, el 2 de octubre y llevada a Vilafranca por el trompeta Galcerán, se apresura a aducir nada menos que dos de las obras del famoso cronista portugués Fernão Lopes para atestiguar la dignidad de sus antepasados. «No havéys leydo la crónyca del rey don Johan de Portogal, de gloriosa recordación, por la mano del qual mi avuelo fue fe-

cho el primero cavallero en la battalla onde el dicho rey venció al de Castilla». En efecto, en la *Crónica de don João I* aparece el nombre de João Vasques de Almada entre el de otros muchos que el rey armó caballeros antes de darse la batalla de Aljubarrota (1385). Y añade, más adelante, Almada: «E assí mesmo avés ignorado la crónyca del rey don Fferrando de Portogal, del qual mi bisavuelo fue mayordomo e consejero». Alude aquí a la *Crónica de don Fernando*, también de Fernão Lopes.

Como es natural, João de Almada tiene un vivo empeño en defender el honor de su padre, Álvaro Vaz de Almada, primer conde de Abranches. Este don Álvaro, de niño, estuvo en Inglaterra junto con su padre, el antes citado João Vasques de Almada; más adelante (1415) participó en la conquista de Ceuta, acción durante la cual fue armado caballero por el infante don Pedro, duque de Coimbra, de quien fue gran amigo y con el cual volvió a la corte inglesa. Enrique V de Inglaterra le hizo caballero en la Jarretière y le otorgó el título de conde de Abranches (propiamente Avranches, en Normandía). El 23 de junio de 1423, Juan I de Portugal le nombró capitán de galeras. Ya hemos recordado antes su muerte en Alfarrobeira (1449). Su hijo João de Almada, en su tercera carta a Menaut de Beaumont, afirma que Álvaro fue enviado «en ajuda del rey Enrique el quinto de Anglaterra», y relata los antecedentes de la muerte de su padre el Alfarrobeira a fin de justificarle de traición.

En esta tercera de sus cartas, João de Almada recuerda, malintencionadamente, lo que Juan de Beaumont y su hijo Menaut decían de Juan II de Aragón antes de haberse puesto a su servicio: lo llamaban «enemigo de la humana natura» y afirmaban «no querer lo veher ni entrar en paridiso si el dicho rey allá fuesse»; y a la reina doña Juana Enríquez le aplicaban tan «feas palabras» que se avergüenza «de las scrivir».

La última carta de nuestro epistolario va firmada por el caballero valenciano Tomás de Próxida, que fue mayordomo de

Juan II de Aragón, que la escribe en su calidad de procurador de Menaut de Beaumont, y la envía desde Vilafranca, el 14 de octubre, por medio de Martín, trompeta de Maestre de Montesa, o sea, Luis Despuig. Comunica en ella a João de Almada que Menaut de Beaumont se ha ausentado para buscar el juez de la batalla.

El caballero requerido de batalla a ultranza disponía, normalmente, de un plazo de seis meses para buscar el juez, que se contaban a partir de la fecha de la aceptación del desafío. Menaut de Beaumont, pues, que lo aceptó en su primera carta, del 20 de setiembre, debía hallar juez antes del 20 de marzo de 1465. Gracias a un documento de archivo sabemos que aceptó ser juez de la batalla entre nuestros dos caballeros, el duque de Milán Francesco I Sforza y les asignó la plaza en Mantua. El documento aludido es una carta de Pedro el Condestable («Rex Petrus»), firmada en La Bisbal el 25 de mayo de 1465, en la que recomienda a Francesco Sforza el «magnificus et dilectus noster Ioannes de Branchis duellum cum Menando de Beaumonte ingressurus». João de Almada debió de partir de la corte de Pedro el Condestable, en dirección a Mantua, muy poco después del 5 de junio, ya que en esta fecha se le extendió un guiaje válido por seis meses.

Consta, por otra parte, que el primero de julio del mismo año estaba ausente, pues en esta fecha don Pedro el Condestable promete a Francesch de Pinós que será convocado para resolver en justicia el caso de la baronía de Sant Vicenç dels Horts cuando regrese Juan de Abranches «del viatge o camp perquè és anat». Nada permite conjeturar si en esta fecha se había celebrado o no la batalla en Mantua. Por otra parte, consta también que, para luchar en la batalla contra Menaut de Beaumont, João de Almada obtuvo del infante don Fernando de Portugal (hermano de Alfonso V) un caballo llamado Sousa, que luego prestó al condestable don Pedro.

Nada sabemos sobre las circunstancias de la batalla de Mantua, y si en ella hubiese muerto alguno de los dos contendientes con seguridad se hallaría referencia destacada a ello. Si bien desconozco la suerte de Menaut de Beaumont posterior a 1465, de la de su adversario existen algunos datos, entre los que vale la pena de señalar que, al morir Pedro el Condestable (29 de junio de 1466) se pasó al partido de Juan II, o sea que hizo exactamente lo mismo que los tan vilipendiados Juan y Menaut de Beaumont.

El epistolario entre ambos caballeros tiene el interés histórico de transmitirnos notas características de la actitud de los dos bandos en pugna durante un momento de la larga guerra civil catalana y de permitirnos cierta aproximación a lo que tan apasionadamente se discutía en las cortes opuestas de Juan II y de Pedro el Condestable. Y desde el punto de vista literario ayuda a la comprensión de cierto tono de la novela caballeresca, principalmente el *Tirant lo Blanc*, que por aquellos años maduraría, o estaría redactando, Johanot Martorell en una Valencia libre de los horrores de la guerra. Tal vez no sea una mera casualidad que en esta novela desempeñe un papel de cierto relieve un primo de Tirant, llamado el vizconde de Branches (a João de Almada se le intitula, en documentos de la época y, en algunos momentos de nuestras cartas, conde de Branches, en vez de Abranches), y que Martorell la dedicara (¿en 1460?) a aquel mismo infante don Fernando de Portugal que puso a disposición de João de Almada, para la batalla de Mantua, su caballo llamado Sousa.

Rescates de prisioneros, elección de jueces e ignominia de los vencidos

En nuestras guerras internas del siglo XV se conservaba el viejo uso de pedir cuantiosos rescates por los prisioneros. Quien, en una batalla, hacía prisionero a un enemigo importante se puede afirmar que había conseguido una buena ganancia. El apresado solía ser puesto en un tipo de libertad que hoy llamaríamos «pro-

visional», necesaria para allegar las sumas que debía dar a cambio de su libertad total, y no era raro que, ya en esta situación, negara haber dado la palabra de prisionero, o que un caballero pretendiese haber hecho prisionero a otro sin argumentos muy claros, lo que originaba requerimientos de batalla.

Aunque ello ocurrió en el siglo XIV vale la pena resumir un caso muy típico de conflicto en un rescate, buen ejemplo de jurisprudencia de derecho militar medieval. En la batalla de Poitiers el Príncipe Negro hizo prisionero al mariscal de Francia Audreham y le exigió un cuantioso rescate. Audreham juró que, hasta que hubiera reunido la suma exigida, no tomaría armas ni contra el Príncipe Negro ni contra el rey de Inglaterra, excepto en el caso de luchar junto al rey de Francia o alguno de los príncipes «de la Flor de Lis». Años después, en la batalla de Nájera (1367), cuando aún no había hecho efectivo su rescate, el mariscal de Audreham, luchando en la hueste de Enrique de Trastámara y de Bertrand du Guesclin, cayó de nuevo prisionero en poder del Príncipe Negro, quien, como es sabido, formaba en las huestes de Pedro I de Castilla. El canciller Ayala, en su crónica del rey don Pedro (año XVIII, capítulo XIII), dice que cuando el príncipe inglés vio al mariscal entre los prisioneros «llamóle traydor e fementido, e que merescía muerte». El mariscal negó tal acusación, y el príncipe le dijo si quería someterse a juicio de caballeros, lo que el francés aceptó. Se constituyó una especie de tribunal militar, formado por doce caballeros (cuatro ingleses, cuatro aquitanos y cuatro bretones), en el cual el Príncipe Negro recordó lo que el mariscal había jurado después de la batalla de Poitiers y que ahora, en la de Nájera, «non fue en esta batalla el rey de Francia, vuestro señor, nin alguno de su linage de la Flor de Lis, e véovos armado de todas vuestras armas contra mí, e non avedes aun pagado vuestra rendición [rescate], segund lo posistes conmigo». Los caballeros jueces, al oír estos argumentos, temían que el mariscal no podría escaparse de la ignominia y de la muer-

te; pero cuando el Príncipe Negro hubo acabado su acusación, el mariscal de Audreham se defendió con el sutilísimo argumento siguiente: «Yo bien veo que mi señor el rey de Francia non es aquí, nin ninguno de su linage de la Flor de Lis; pero con todo esto yo non só caído en mal caso, nin fementido; ca yo non me armé hoy contra vos, que non sodes hoy aquí el cabo [jefe supremo] desta batalla, ca el capitán e cabo desta batalla es el rey don Pedro, e a sus gages e a su sueldo, como asoldado e gagero, venides vos aquí el día de hoy, e non venides como mayor desta hueste. E así, señor, pues vos non sodes cabo desta batalla, salvo gagero e asoldado, yo non fice yerro en me armar el día de hoy, pues non me armé contra vos, salvo contra el rey don Pedro, que es el capitán mayor de vuestra partida e cuya es la requesta desta batalla». Los doce jueces dieron la razón al mariscal de Audreham, lo declararon libre de la acusación, e incluso el caballeresco Príncipe Negro se alegró de que tan buen militar se hubiera defendido con tanto acierto.

Pero no todos los casos de rescate eran tan claros como éste. Volviendo a nuestras guerras civiles del siglo XV, el 9 de junio de 1468, desde Castellnou, Gracián de Arazuri, uno de los muchos navarros que luchaban en Cataluña al lado de la Generalidad, enviaba al juanista Juan de Cardona, que luego será conde de Prades y duque de Cardona, una carta en la que le decía que: «Bien sabéys como ayer miércoles, que contávamos ocho del presente mes, en el rencuentro que ovimos, como en el campo me distes la fe, de vuestra mano a la mía, de ésser mi presonero». Le exige que, en el plazo de tres días, se presente en el castillo de Montfalcó; y si no lo hace «haveré de procehir contra vos e la honor vuestra, como es costumbre procehir contra los que tal fazen». Juan de Cardona respondió desde Cervera negando ser cierto que había dado la fe a Gracián de Arazuri sino a Johan de Garria, a quien dio la mano; pero como después fue socorrido por los de su compañía, no se considera prisionero. El navarro replica que

en el citado «rencuentro», que ocurrió cerca de Cervera, el catalán cayó del caballo, y cuando Arazuri se acercó a él le dijo que no le matara, que era don Juan de Cardona, y acto seguido le dio fe de prisionero, «para restaurar vuestra persona, la qual era en libertad mía dar el danyo que quisiera», y le emplaza nuevamente para que se ponga en su poder en el castillo de Palafolls. En agosto y setiembre de 1473, y en Perpiñán, se cartean el capitán Bañuelos y el capitán Juan de Lezcano porque éste hizo prisionero a aquél y le obligó a firmar un cartel dándole su fe.

En varios de los casos examinados anteriormente se ha visto que la elección del juez de la batalla es un requisito importante, pues ha de tratarse de un poderoso señor que, al mismo tiempo, sea imparcial, o «no sospechoso», para los dos contendientes. A veces la elección del juez es cosa sencilla, como en el caso del caballero castellano Sancho de Saravia, que firmó en Barcelona, el 2 de junio de 1469, un cartel requiriendo a batalla a ultranza a otro castellano, Pedro de San Esteban, que se encuentra en la misma ciudad. Afirma que ambos han acudido «delante el excellente príncipe de Aragón e de las dos Scicilias sobre el caso del qual falçamente me inculpáys, e sobre tal contienda su merced haya declarado vos ser el requerido e yo el defendiente», que dicho príncipe ha accedido a ser el juez de su batalla y a asignarles jornada y plaza. Por lo tanto, Sancho de Saravia divisa las armas, o sea decide que la batalla sea a pie y con determinado armamento defensivo y ofensivo. Este cartel fue enviado por medio de Jayme de Montbuy, trompeta de Beltrán de Armendáriz. Al día siguiente responde Pedro de San Esteban aceptando ser el requerido y las armas divisadas por su adversario, con las cuales «mediante la gracia de Dios, que sabe la verdad, e vos negáys aquélla, e con ellas spero en Él y en la endresadora Nuestra Senyora y en el apóstolo benaventurado Santiago, con la aiuda del glorioso cavallero Sanct Jorge, trahervos a tal vensimiento que mi drecho sea conoscido e vuestra culpa notoria». El 16 de julio, en el Born

de Barcelona, se dio la batalla entre los dos castellanos, y el 6 de agosto pronunció la sentencia «el infante don Juan, del serenísimo señor Rey primogénito y de sus reinos y tierras de Aragón, Sicilia, etc., señor y lugarteniente general, duque de Calabria, de Lorena y principe de Gerona». Se trata, naturalmente, del bastardo Juan de Lorena, hijo del «bon roi René d'Anjou», proclamado rey de Aragón y conde de Barcelona por la Generalidad en guerra con Juan II. El Bastardo, en su sentencia, hace constar que en la batalla celebrada en el Born barcelonés Pedro de San Esteban y Sancho de Saravia, «naturales del reino de Castilla y en nuestro ejército militantes», lucharon virilmente con hachas y dagas y se produjeron algunas heridas, pero que él, como juez, no permitió que siguiera la pelea. El 31 de julio, en el palacio real de Barcelona, promulgó que ni el uno ni el otro deberían soportar carga de vergüenza, que no se hable más del hecho que los condujo a la pelea y que de ahora en adelante sean tan amigos como antes, o más todavía.

En este caso dos caballeros han escogido como juez de su contienda al señor a quien ambos sirven, el cual, como solía ocurrir en casos semejantes, no ha querido promulgar sentencia que deshonrara a uno de ellos. Precisamente para evitar este tipo de soluciones los contendientes solían designar como juez a reyes y grandes señores extranjeros, que procederían, en principio, sin ninguna clase de favor o partidismo. Hemos visto a caballeros españoles ventilar sus cuestiones en las cortes del rey de Inglaterra, de los duques de Milán, de los Malatesta de Rímini, de los Este de Ferrara, en la de don Pedro de Meneses, gobernador de Ceuta, etc. La del rey de Granada, como es lógico, era muy adecuada para solventar en ella cuestiones de honor, y son muchos los casos recogidos de caballeros que fueron a ella, lo que no dejaba de producir complicaciones. Así, cuando en 1447 los valencianos Lluís Cornell y Nicolau de Próxita, enemistados por razón de ciertas muertes de vasallos, decidieron combatir en la

corte del rey de Granada, grandes grupos de partidarios del uno y del otro se dispusieron a acompañarlos a la ciudad mora; pero entonces intervino el rey de Navarra (el futuro Juan II de Aragón), lugarteniente real de Valencia, y publicó una orden prohibiendo que tantos caballeros y gentileshombres valencianos fueran a Granada, no tan sólo por ser tierra de infieles sino también porque tendrían que atravesar dominios del rey de Castilla, en aquella sazón hostil al de Aragón. Pero el estamento militar valenciano protestó por el agravio que suponía tal orden y justificó la ausencia de Cornell y Próxita, que ya habían partido hacia Granada.

En 1417 surgió un grave conflicto entre Juan Rodríguez de Castañeda, señor de Fuentedueña, e Íñigo de Estúñiga, porque un escudero de éste había matado a traición a un escudero de la reina. Dice la *Crónica de Juan II:*

> E sobr'esto se acordaron de ir demandar al rey de Granada que les tuviese segura la plaza, e ambos a dos fueron a Granada mucho guarnidos e acompañados de parientes e amigos; e la reina [de Castilla] escribió al rey de Granada rogándole afectuosamente que metiese en el campo aquellos caballeros, e los sacase por buenos sin dar lugar que se combatiesen. El rey de Granada lo hizo así, e honrólos quanto pudo, e dioles sus dádivas como en tal caso se acostumbran, e hízoles amigos y embiólos en Castilla.

En este aspecto es curioso el lance entre los caballeros mallorquines Bernat de Tagamanent y Pere Joan Albertí, que se retaron a batalla a ultranza ante cualquier príncipe cristiano o sarraceno. En 1458 Albertí se encuentra en Alcalá la Real solicitando del rey de Granada Sad Ciriza salvoconducto para entrar en sus dominios a fin de luchar con su adversario. Albertí lleva consigo unas instrucciones redactadas por Francesch de Méscua (caballero navarro que escribía versos en catalán) sobre cómo ha de comportarse en Granada ante el rey moro y respecto a su adversario Bernat de Tagamanent. Se aconseja en este *Memorial* que viaje con la mayor escolta posible y que si le ocurre algún percance,

por enfermedad u otra razón, haga levantar acta notarial; que cuando esté cerca de Granada envíe previamente a su procurador y que se entere bien de qué clase de reverencia ha de hacer al rey moro, ante el cual deberá presentarse con «cara alegre y continente muy sosegado». Antes de visitar al rey ha de averiguar quiénes son los más poderosos e influyentes de su corte, a fin de captarse su simpatía. Cuando llegue el momento de presentarse ante el rey, le suplicará que le dé truchimán, o intérprete, y le dirá que ante todo da gracias a Dios porque le ha concedido la merced de ver a un rey tan virtuoso y tan famoso, al cual toda la vida había deseado ver por la fama de su mucha virtud y caballería, y que comparece a su presencia porque ha sido citado para batallar con Bernat de Tagamanent. Siguen otros consejos que sería largo reproducir. Este *Memorial* de Francesch de Méscua fue considerado tan útil que lo reproduce literalmente, sin citar la procedencia, el tratado *Sumari de batalla* escrito por el caballero Pere Joan Ferrer.

En atención a su dramatismo veamos con algo más de detenimiento el lance entre el valenciano Bernat de Vilarig y el castellano Gómez de Figueroa. El 13 de mayo de 1447 Bernat de Vilarig envió un albarán a Figueroa desafiándolo porque había dicho a Rodrigo de Rebolledo y a Juan de Villalpando que el valenciano había proferido malas palabras sobre ellos. Parece que acusaba a Vilarig de decir que Rebolledo y Villalpando eran villanos e hijos de labradores. Vilarig no tolera tal acusación y exige a Figueroa que se retracte o acepte la batalla. El castellano contestó el día siguiente, afirmando que

> es verdat me fue dicho por hun cavallero digno de fe que vos havíades dicho algunas malas palabras de aquéllos, las quales yo atorgo haver reportadas a los susodichos cavalleros, diziendo las que m'avían sehydo dichas; e ansí lo torno afermar a vos. E si vos gosaréys dezir que a mí no fueron fabladas, vos digo que mentys, e soy presto, en defensión de mi verdat e honor, poner mi persona contra la vuestra, e mostrarvos yo sostener la verdat e vos la mentira.

Acto seguido divisa las armas («arnés de combatir a pie, celada fransesa, con gorgal de malla, sin cara e sin bacineta, spada d'armas e daga, facha d'armas con pico e macet, lança de mano con fierro de Milán») y concede a su adversario la misión de buscar el lugar para celebrar la batalla. Vilarig contestó inmediatamente; y en seguida Figueroa replicó con otra carta llena de insultos e irritación: «seguiendo vuestra acostumbrada manera, que es e fue senpre tener la lengua suelta e por el contrario las manos atadas, e mostrar en las parencerías osadía e covardía en las obras…». La discusión estribaba en que Bernat de Vilarig quería que la batalla fuera clandestina, o sea sin juez ni público, con dos o tres testigos y en lugar apartado y no sabido, tipo de pelea muy frecuente cuando los reyes se negaban a que se celebraran las batallas con la solemnidad debida. Pero Figueroa quería luchar ante juez competente y en plaza segura, y se adjudicó el derecho a buscarlos. Vilarig, en carta firmada el mismo día 15 de mayo, que se abre con la sentencia «Do el uno no quiere, los dos no pelean», acusa a su adversario de cobarde por no aceptar la batalla clandestina y se niega a hacerlo a ultranza. El día 16 Gómez de Figueroa da a Vilarig el plazo de ocho días para que acepte la batalla, si no «procederé contra vos según por ley e drecho d'armas se requiere». Siete días después Bernat de Vilarig acepta la batalla, divisa prolijamente las armas, que quiere que sean a caballo, y se compromete a encontrar juez antes de cuatro meses. La respuesta del castellano la recibirán sus procuradores, que son mossén Pero Sánchiz de Calatayud, mossén Ausías March, mossén Johan Fabra y mossén Johan Catalá. Anotemos que uno de ellos es el gran poeta valenciano, y que otro, Johan Fabra, intervino en el Passo Honroso y fue el destinatario del *Spill* de Jacme Roig.

Gómez de Figueroa admitió que Vilarig buscara juez, a condición de que deje llegar la batalla a su fin y «exceptando toda vía el senyor rey de Castilla, que por muyt claras e legítimas razones

non he por seguro». Vilarig replica que él está conforme con cualquier juez, cristiano o moro, menos el rey de Granada y el infante de Almería; pero el 7 de junio la situación ha cambiado otra vez, ya que ahora el caballero valenciano admite que el castellano busque juez y plaza, «Granada exceptada… per lo passatge, lo qual no tinch per segur». Y harto de tanto discutir, que Figueroa busque juez por el resto del mundo, «e si lo món no us basta, entrau en infern, hon serà vostre loch».

Pero Figueroa se empeñó en que la batalla fuera en Granada, y salió al paso a los temores de su adversario con la siguiente garantía: «El passage de Granada havéys seguro por mar e por tierra, e no contento allá de los vuestros, vos daré a scoger en los míos; e si vos queréys ir por tierra, vos haveré seguridades e salvos conductos, tantos e tales que devéys ésser más de contento». Vilarig accedió, finalmente, a ir a Granada, aunque permitiéndose una insultante ironía: como el rey de Granada es infiel no tendrá en cuenta cuando Figueroa jure falsamente el nombre de Jesucristo.

Hasta ahora todo ha transcurrido en Valencia. El 26 de marzo de 1448 Figueroa, desde Lorca, comunica a Vilarig lo siguiente:

> Como el muy excellente rey de Granada haya plavido atorgar segura plaça a vos e a mí, segunt por letra de su magnificencia veréys, por ende, en nombre de Dios e de Nuestra Senyora y del felecíssimo apóstol senyor Sant Yaguo, mi senyor, muy honorable mossén Vilarig, para·l dia de Sent Jhoan primero venyente deste anyo en que somos, pareced ante·l dicho yllustre rey de Granada aparejado a batalla. Yo seré allí aquel día, en el qual Dios nuestro senyor, juez sin sospecha, confío dará punición a la persona al que de vos e mí ha errado con malicia de lengua.

El heraldo Sidonia llevó esta carta a Valencia y la entregó a Bernat de Vilarig, el cual recibió el salvoconducto del rey de Granada, que le tradujeron Pere de Castellví, Johan de Valeriola, el alfaquí de Beneguazir, el alfaquí de Valencia y el alcadí Ubequer de Gandía.

Con esto termina la correspondencia entre los dos caballeros, pero podemos seguir las incidencias del asunto gracias a documentos de la Cancillería aragonesa. El 11 de mayo de 1448 la reina María, esposa de Alfonso el Magnánimo, escribió desde Barcelona al rey de Granada a fin de evitar la batalla entre Lluís Cornell y Nicolau de Próxita, a que antes me he referido, y añadía, con relación a Vilarig y Figueroa:

> E porque el enemigo de natura humana siempre veyla en procurar e sembrar divisiones, scándalos e males en la gentes, e agora poco ha, segunt havemos entendido, ha procurado que se faga batalla de mort, delant de vos, entre un cavallero de Valencia, nuestro gran servidor, e un otro cavallero castellano de la casa del illustríssimo rey de Navarra, nuestro muy caro e muy amado ermano…

Ahora, al enterarnos de que Gómez de Figueroa estaba al servicio de Juan de Navarra (el futuro Juan II de Aragón), comprendemos su empeño en que el rey de Castilla no fuera juez de la batalla.

A pesar de las gestiones de la reina María los adversarios estaban dispuestos a luchar. Lo que ocurrió luego lo sabemos gracias a una carta de dicha reina a Juan II de Castilla (desde Perpiñán, 30 de noviembre de 1448) y a la sentencia de Alfonso el Magnánimo (desde Nápoles, 27 de junio de 1449). Combinando los datos de estos documentos obtenemos los siguientes hechos:

Ya sabemos que la batalla se tenía que celebrar en Granada el 24 de junio. Bernat de Vilarig se puso en camino hacia la ciudad mora, confiado en los salvoconductos y guiajes que le había dado Gómez de Figueroa. El 2 de junio el caballero valenciano llegó a una fuente llamada Entanna o Totana, en el término de Aledo; descabalgó y se recostó en un prado para comer, cuando fue sorprendido y asaltado por hombres de a caballo y de a pie, que le acometieron, sin darle tiempo a llevarse al brazo el manto ni tomar las armas, y lo hirieron tan gravemente que lo dieron por muerto. Mataron a tres vasallos moros de Vilarig, y colocaron el cuerpo de éste en una mula y lo llevaron a Aledo, donde estuvo

varios días en peligro de muerte y, como buen cristiano, se confesó y comulgó. Luego fue trasladado a Orihuela; pero como se aproximaba el día fijado para la batalla, y le era imposible reemprender el viaje, envió a Granada a su rey de armas Valencia, el cual «anà a la Alfambra del dit rey de Granada, e de la Alfambra al alcàcer de Generalife, on se dehia que era anat lo dit rey de Granada, e jamés pogué parlar ab ell». Mientras se impedía que el rey de armas de Vilarig justificara la incomparecencia de éste, Gómez de Figueroa entraba en la liza, ante el rey moro, y procedía de acuerdo con lo usual cuando un caballero no acudía a la batalla, a pesar de las protestas del rey de armas Valencia, a quien no se hizo ningún caso. Figueroa hizo «revessar», o sea invertir, las armas de Bernat de Vilarig, con lo que daba a entender que el caballero valenciano había sido vencido por incomparecencia y quedaba deshonrado. Pasó luego a Castilla y en diversas ciudades, villas y lugares expuso las armas de Vilarig «revessadas», e incluso logró de Juan II que citara al caballero valenciano. La reina de Aragón escribió entonces al rey de Castilla, a don Álvaro de Luna y a Fernando Díez de Toledo para comunicarles que Bernat de Vilarig no podía acudir no tan sólo por no estar curado aún de sus heridas sino también porque no tenía seguridad para el viaje.

En 1449 Bernat de Vilarig se trasladó a Nápoles y expuso su caso al rey Alfonso, acreditado con actas notariales y declaraciones de reyes de armas y heraldos. El 27 de junio de aquel año el rey firmó una sentencia que debía ser pregonada por todos sus dominios y en todas las partes que Vilarig juzgara oportuno, en la que se hace historia de todo el lance y se ordena que dondequiera que las armas del caballero valenciano se hallen «revessadas» se pongan derechas («e ab lo cap alt»). Bernat de Vilarig, hombre sin duda pendenciero, tuvo un largo y complicado asunto caballeresco con Johanot de la Serra, en 1452 y 1453, con quien sostuvo una batalla clandestina.

El invertir las armas era un usual procedimiento para hacer patente que un caballero había sido vencido en una batalla y que por lo tanto quedaba deshonrado. Se encuentran abundantes casos de esta costumbre caballeresca. Me limitaré a citar sólo dos ejemplos. El 8 de febrero de 1407 el bastardo Johan de Vilaragut enviaba una carta de batalla a Pero Pardo de la Casta (aquel a quien don Enrique de Villena dedicó *Los doze trabajos de Hércules*) en la que le decía algo tan insultante para un caballero como es que es notorio a todo el mundo que su padre ha cavado, podado y labrado y hecho todo el oficio de labrador, y que existen hombres en «la plana de Borriana» que le han visto entregado a tales tareas. Si sostiene lo contrario, combatirá con él a pie o a caballo. Pero Pardo contestó, a través de un notario, que nada quería saber con el bastardo, pero sí en cambio con cualquiera de los parientes suyos que le habían inducido a insultarle. Desde este momento el epistolario es con Berenguer de Vilaragut, con el cual Pardo está dispuesto a luchar. Después de una larga y reiterativa correspondencia, en la que abundan los denuestos, se decide una batalla clandestina «en la frontera de Castilla, en el mojón del reino de Valencia, en la Vega de Fortunas, cerca de Requena», el 22 de setiembre. Este día, «a la hora que salía el sol, poco más o menos», Pero Pardo se encontraba armado de todas las armas en una tienda montada en la Vega de Fortunas, y enfrente, en otra tienda, se hallaba Berenguer de Vilaragut. Cuando iba a empezar la batalla irrumpieron don Jaime de Aragón (el último conde de Urgel) y Guillem Ramón de Montcada, gobernador del reino de Valencia, con gente armada, para poner sosiego entre los adversarios, que fueron amenazados con la pena de diez mil florines de oro que la parte no obediente debería pagar a la obediente, y les exigieron que firmaran una tregua. Esto fue un poco complicado, porque ninguno quería ser el primero en estampar su firma en el documento, pero se solventó haciéndolos firmar al mismo tiempo cuando se oyó el tañido de una trompeta del trompetero

de Guillem Ramón de Montcada. Pero el 12 de abril del siguiente año de 1408 se reemprende la hostil correspondencia porque Vilaragut y Pardo se acusan mutuamente de haber avisado al conde de Urgel para que suspendiera la batalla. El asunto se planteó ante el rey Martín, a quien Vilaragut expuso que Pero Pardo, pese al documento firmado en la Vega de Fortunas, lo acusa de fementido y por sus reinos ha hecho poner «diversos pitafis e pinctures de reversament d'armes» de Berenguer. Pero Pardo escribió al Rey justificando su actitud y afirmando que «usant de mon dret yo he publicat e fet publicar los dits enantaments, fahent portar a un vallet en huna sobrevesta les armes del dit mossèn Berenguer de Vilaragut reversades e huna mà clavada, ab un títol qui diu: Per mossèn Berenguer de Vilaragut».[2]

Hacia el año 1432 el caballero Cola María Butzuto, desde el castillo de Albuquerque, enviaba una carta a frey Gutierre de Soto, comendador mayor de Alcántara, en la que le decía que:

> considerando como por vuestras obras falsas e dissimuladas, e por más propio dezir traciones e malvestades, stays despullado e privado de todo par de honor e de linajge de cavallería por la notable tración cometida por vos al Mestre, vuestro tío e senyor, lo qual vos havía criado e fecho mucho de muy poca cosa, e la gran maldat por vos mismo fecha al senyor infante don Pedro, lo qual tan humanamente en vuestra persona fiava, yo he deliberado como cosa mucho necesaria a la honor de cavallería… de reversar vuestras armas propias, las quales daré a reys d'armas, herauts e porsavants, con otras tales cartas semejantes, las quales publiquen a emperadores, reyes, príncipes, duques, condes, marqueses, viscondes, barones, cavalleros e nobles scuderos e toda otra manera de gentes, vuestras rebetliones, malvestades, traciones, ingratitut e poca temor de Dios, aunque por los dichos crímenes vuestra persona sia despullada de toda libertat de cavallería…

Recojamos también que después de la batalla que celebraron en Pau del Bearn y en presencia del rey de Navarra, el 5 de febrero de 1487, Pero Pardo de Liçana y Francesch de Próxita, éste fue derribado del caballo y Pero Pardo declarado vencedor. Pero la reina no le permitió que, siguiendo la costumbre, arrastrara por el suelo las banderas de Próxita.

Invertir los escudos de armas, arrastrar las banderas, clavar la mano (como ya vimos en el «albarán» de Galcerán Martorell), eran las manifestaciones de ignominia de que era objeto el caballero vencido en batalla o que no había comparecido a ella. A veces el que se consideraba vencedor se complacía en ridiculizar a su enemigo con exteriores muestras de desprecio, como el caballero francés La Hire, que en 1455 se exhibía llevando pintadas en la cola de su caballo las armas de Robert de Commercy, a quien había vencido. Johanot Martorell, que no en vano era un novelista, en una de sus cartas a Johan de Monpalau fantasea narrando lo que ocurrirá cuando éste no se presente a la batalla a ultranza que tienen concertada. Lo que escribe el caballero valenciano es pura imaginación, pero da una idea exacta de lo que acaecía en las lizas cuando uno de los contendientes, por cobardía o miedo, no acudía a luchar: «El día fijado compareceré en la liza en la manera debida, pidiendo al juez y a los heraldos por vos, los cuales, a mi requerimiento y por mandato del juez, os buscarán y llamarán por todo el campo, y no os encontrarán personalmente por no haber comparecido, como habéis prometido. Cuando esté a punto de acabar el día, a mi requerimiento el juez os hará llamar de nuevo, por las cuatro esquinas de la liza, por medio de reyes de armas, heraldos y persevantes, y con trompetas que leerán el proceso, y os pronunciarán culpable de los hechos por vos cometidos y por mí a vos acusados, dándome facultad para que pueda perseguir vuestro honor, según costumbre de caballeros, invirtiendo vuestras armas con la ceremonia que corresponde a los vencidos en batalla; y sabréis que yo obtendré el galardón de la victoria aunque no haya sido victorioso. Más os valdría la muerte o no haber salido jamás del cuerpo de vuestra madre, que oír publicar tal proceso, que se publicará ante reyes, príncipes, señores y caballeros, tanto cristianos como infieles, y delante de vos mismo…». En Francia se degradaba a los caballeros vencidos quitándoles la espada y cortándoles las espuelas con

hachas, y a veces se les «dedicaba» una misa de difuntos. El testimonio literario del *Curial e Güelfa* y del *Tirant lo Blanc*, que reflejan tan fielmente la realidad, nos acredita que algunas veces los caballeros vencidos ingresaban en una orden mendicante, y así se hacían olvidar de una sociedad que los tenía por hombres deshonrados.

Constantemente, al tratar de los envíos de cartas de batalla o carteles de desafío o de las ceremonias de los pasos de armas y combates, han aparecido reyes de armas, heraldos (o farautes), persevantes (del francés *poursuivant)* y trompetas. Estos subalternos de la caballería tenían asignadas funciones específicas y a veces su testimonio tenía valor notarial (el faraute Monreal, que tanto interviene en el Passo Honroso, era notario real de Castilla). Estaban adscritos a una corte, a un gran señor o a una orden de caballería, pero a menudo se ponían al servicio de caballeros que no eran sus amos y que se encontraban en un lance. Recordemos al rey de armas Aragón, que por estar atestiguado por lo menos entre 1379 y 1455 hemos de suponer que se trata de diferentes personas que llevan el mismo apelativo. Y también a los reyes de armas León, Portugal, Valencia, Cepta, Jerusalem y Castilla, y a los heraldos Avanguarda, Conquista, Stramós, Villalobos, Forés, Sidonia, Cataluña, Calabria, Pamplona, Trastámara, Constantinopla, sin olvidar al heraldo de Alfonso el Magnánimo llamado Sicilia, quien, ya viejo y retirado en Mons, escribió el tratado heráldico *Le blason des couleurs* (que se fecha entre 1435 y 1458). Entre los persevantes vemos actuar a Desirós, Joyós, Vanda, Cintra, Alí, Helmenía, Veritat, etc. Los trompetas son numerosísimos, y hay que advertir que un mismo personaje aparece a veces como persevante y luego como heraldo o rey de armas, lo que supone un ascenso en su carrera.

Como se ha podido comprobar, los reyes de armas, heraldos y persevantes suelen llevar seudónimos, alusivos a la corte o al señor a quienes están vinculados, o a la orden caballeresca que sir-

ven (como Toison-d'Or y Vanda). Cuando pasaban a ocupar el cargo eran «bautizados» con su nuevo nombre. Olivier de la Marche, al final de su larguísima descripción de las solemnes fiestas que se celebraron en 1474 con motivo de las bodas de Carlos el Temerario con Margarita de York *(Mémoires*, libro II, capítulo IV), narra que, el último día, al acabarse el banquete, los reyes de armas y heraldos se acercaron gritando «Largesse!», y mientras los trompetas hacían sonar los clarines, algunos heraldos fueron hechos reyes de armas, y algunos persevantes fueron hechos heraldos, y, como es costumbre, el duque bautizó a los persevantes que ingresaban («et de nouveaux poursuivans baptisa il, comme il est de coustume»).

Los reyes de armas y los heraldos gozaban de total inmunidad, ya que una de sus misiones era hacer de enlace entre adversarios y, en caso de guerra, tenían que internarse en campo enemigo llevando mensajes o cartas de desafío. Como es sabido, en la acción de Azincourt (1415), los heraldos franceses y los ingleses presenciaron la famosa batalla juntos todos ellos en una colina.

EN RESUMEN: NO TODO ES LITERATURA

He intentado presentar una reducida selección de datos conducentes al estudio de la caballería en España en el siglo XV. Me he referido en primer lugar a pendencias que podríamos llamar «deportivas», como son las justas y los pasos de armas. Pero si me hubiese limitado a este aspecto podría parecer que todo ello eran destellos de un mero lucimiento personal, de algo fundamentalmente falso y ornamental con que se exteriorizaba el anhelo de una clase social que no se resignaba a perder sus puestos rectores. Pero los casos, mucho más numerosos, de batallas a ultranza, peleas clandestinas y desafíos entre caballeros que se tenían odio o mala voluntad revelan que estamos frente a una realidad y una vigencia del fuero caballeresco. A pesar de todo, este ambiente, en los dos aspectos indicados, sería inexplicable sin el fuerte influjo de la lectura de libros de caballerías. En la segunda mitad del siglo XIV y en el XV, los caballeros de todos los reinos españoles leen y admiran los libros de caballerías, hasta tal punto que algunos imponen a sus hijos, que después también serán caballeros, nombres de los héroes más admirados, y ya hemos tenido ocasión de mencionar a un Lancelot de Bardaxí y a un Galvany Tolsá. La lectura de estos libros no tan sólo exalta la fantasía y puede llevar a un irreal mundo de ensueño y exotismo, sino que mantiene vivos los principios de honor, valentía, fidelidad, sin los cuales, por lo menos nominalmente, el concepto mismo de la caballería se resquebrajaría en sus fundamentos, El gran cronista portugués Fernão Lopes, en aquella *Crónica de don João I* que hemos visto que citaba João de Almada en sus violentas cartas de batalla, nos da un precioso documento sobre el valor de la literatura en la acción. El rey Juan, después de la batalla de Chaves, se muestra descontento por el comportamiento de algunos de sus

caballeros, y en tono medio de reproche y medio de donaire, dice lo siguiente:

> Gram míngoa nos fezerom hoje este dia aqui os boãs cavaleiros da Távoa Redonda, ca certamente, se eles aqui foram, nós tomáramos este logar.[1]

Estas palabras no las pudo oír con paciencia Mem Rodrigues de Vasconcelos, quien respondió de este modo al monarca:

> Senhor, nom fizerom aqui míngoa os cavaleiros da Távoa Redonda, ca aqui está Martim Vaásquez da Cunha, que é tam boom côme Dom Galaaz, e Gonzalo Vaásquez Coutinho, que é tam boom como Dom Tristão, e ex-aqui Joam Fernández Pacheco, que é tam boom côme Lanzarote (e assi doutros qui vio estar acêrca). E ex-me eu aqui que valho tanto como Dom Quea. Assi que nom fizerom aquí míngoa esses cavaleiros que vós dizees, mas fêze-nos a nós aquí gram míngoa o boom Rei Artur, senhor deles, que conhecia os boõs servidores, fazendolhes muitas mercedes, por que aviam desejo de o bem servir (libro II, capítulo LXXVI).[2]

Mem Rodrigues de Vasconcelos ha comparado a los caballeros portugueses que se encuentran allí con los más valerosos héroes de las novelas artúricas (Galaaz, Tristán, Lancelot, etc.), y a sí mismo, con socarrona modestia, con el senescal Keus, el caballero fanfarrón, arrogante y que siempre es desarzonado en cuantas aventuras acomete, y se ha atrevido a decir al rey de Portugal que él no es como el famoso Artús de Bretaña.

Los caballeros españoles leen las novelas de la Tabla Redonda y luego, con mayor avidez si cabe, el *Amadís de Gaula*. Lo leía el canciller Pero López de Ayala, y ya en 1372 el duque de Gerona (el futuro Juan I de Aragón) tenía un perro alano blanco llamado Amadís. En el Passo Honroso luchó un portugués llamado Galaor Mosquera, lo que supone que a finales del siglo XIV o principios del XV (cuando fue bautizado) el hermano de Amadís tenía entusiastas.

Pero también serían inexplicables novelas como el *Tirant lo Blanc*, el *Curial e Güelfa* o el *Jehan de Saintré* si no hubiesen existi-

do caballeros andantes de carne y hueso que vagaron por Europa en demanda de aventuras. Don Quijote los aducía como un sólido argumento a favor de sus fantasías. Fernando del Pulgar, en sus *Claros varones de Castilla*, había hecho mención de algunos de ellos y de otros de quienes aquí no me he ocupado:

> Yo por cierto no vi en mis tiempos, ni leí que en los pasados viniesen tantos cavalleros de otros reinos e tierras estrañas a estos vuestros reinos de Castilla e de León por fazer en armas a todo trance, como vi que fueron cavalleros de Castilla a las buscar por otras partes de la cristiandad. Conoscí al conde don Gonçalo de Guzmán, e a Juan de Merlo; conoscí a Juan de Torres, e a Juan de Polanco, Alfarán de Bivero, e a mosén Pero Vázquez de Sayavedra, a Gutierre Quixada, e a mosén Diego de Valera; e oí dezir de otros castellanos que con ánimo de cavalleros fueron por los reinos estraños a fazer armas con qualquier cavallero que quisiese fazerlas con ellos, e por ellas ganaron honra para sí, e fama de valientes y esforçados cavalleros para los fijosdalgo de Castilla.

Un siglo después estos nombres y otros parecidos volverán a sonar en empresas similares. No serán empresas en Borgoña, Inglaterra, Alemania, Italia, Constantinopla o el mar Negro, sino en Méjico, el Perú, Chile, el mar del Sur, etc. Sin nuestros caballeros andantes del siglo XV difícilmente hubieran existido los conquistadores de Indias, tan dados también a la lectura de libros de caballerías. Don Quijote, como estaba loco, siguió el itinerario que podía llevar a unas empresas en su siglo ya caducadas; si hubiese estado sano hubiera hecho lo mismo que tantos otros contemporáneos suyos: desde la Mancha dirigirse a Sevilla, y de allí embarcarse para Indias, donde era mucho más factible que en Puerto Lápice «meter las manos hasta los codos en esto que llaman aventuras».

Notas

[1] Inmediatamente yo me pondré un brazalete, el cual, en nombre de Aquel que es vencedor de las batallas y de monseñor San Jorge, y por honor y amor de la dama que yo amo, llevo y llevaré hoy domingo, que se cuenta 28 de enero del presente año, y de ahora en adelante siempre que me venga a gusto, de modo que me podáis liberar, si tenéis el propósito de ello. <<

[2] El que toque mi empresa se verá obligado a liberarme según lo contenido en mis capítulos, a condición de que sea gentilhombre por todos los linajes y sin reproche… Para hacer las susodichas armas y cumplirlas punto por punto según lo contenido en mis capítulos, he elegido al excelentísimo y poderosísimo príncipe el rey de Castilla, a quien suplico muy humildemente que, por su benigna gracia, le plazca hacerme este honor y concederme mi dicha recuesta. <<

[3] Cuando messire Jacques pasaba por las calles, yendo al palacio, puertas y ventanas se abrían y se llenaban de hombres y mujeres, damas, burgueses y doncellas, para contemplarlo a él y a su acompañamiento; y no hay que admirarse de ello, pues era uno de los más apuestos jóvenes caballeros que había en su tiempo, y además iba muy ricamente ataviado y vestido con una preciosa ropa cargada de orfebrería. Era alto y erguido, bien hecho y bien formado en todos los miembros, de hermoso y agradable rostro, dulce, amable y cortés, tenía el rostro de hombre arrojado, y nada en él producía mal efecto. Los que le veían pasar encontraban placer en mirarlo. Fue contemplado muy gustosamente por da-

mas y doncellas, y es muy de creer que hubo algunas que lo hubieran querido cambiar por su marido, si ello hubiese sido posible. <<

[4] En un campo grande… donde hacía correr dos toros y los hacía perseguir, para derribarlos y matarlos, por varios alanos grandes, según la costumbre del país. <<

[5] Altísimo, excelentísimo y poderosísimo príncipe: plazca saber a vuestra real majestad que me tenéis aquí presto y aparejado para hacer, proveer y cumplir lo contenido en mis capítulos, con la ayuda de Dios y de monseñor San Jorge, requiriéndoos, altísimo, excelente y poderosísimo príncipe, que os plazca atenderme con toda buena justicia, en lo que yo tengo mi total confianza. <<

[6] Ello desagradó mucho al rey de Castilla, y desde el cadahalso donde estaba, le dijo una fea palabra, y tan alto que fue oída por todos. <<

[7] Messire Jacques de Lalaing, advirtiendo el ardor de su adversario, volvió la contera del hacha hacia abajo, y dio tres golpes, uno tras otro, en la visera de Diego, de tal suerte que le hirió en tres puntos del rostro, a pesar de que messire Jacques la llevaba levantada. El primer golpe se lo dio en la ceja izquierda; el otro en el extremo de la frente al lado derecho y el tercero bajo el ojo derecho. Después de esto no se prolongó mucho la batalla, pues Diego perdió el hacha a causa de una sacudida que le dio messire Jacques. Cuando Diego se vio desarmado de su hacha, fue rápidamente, con los brazos extendidos, hacia messire Jacques con la intención de cargar con su cuerpo y echarlo fuera de las lizas, pues éste era su propósito y se había envanecido de ello dos meses antes. Pero messire Jacques, advirtiendo la intención de su adversario, a fin de que no se le aproximara más, alargó el brazo izquierdo y con el puño repelió a Diego. Al hacer esto tiró el hacha en la arena y echó mano a la espada para desenvainarla.

Entonces el rey de Castilla, viendo que lo más bello de las armas se había manifestado más en un lado que en otro, aunque ambos lo habían hecho muy bien, tiró su bastón abajo, lo que significó que las armas se habían acabado. Entonces los guardianes del campo ordenados para ello se pusieron entre los dos, tomaron a los dos campeones y los llevaron a cada uno a su pabellón. <<

[8] Una vez hechas y cumplidas las dichas armas a pie antes declaradas, en el caso de que mi compañero tuviera deseo de hacer armas a caballo y me lo requiera, yo estaré presto el tercer día siguiente a liberarlo en tantas carreras de lanzas como le plazca. <<

[9] Monseñor mi hermano y amigo, sea lo que sea y cualquier cosa que se os pueda haber dicho o informado, mi hermano y yo, y todos nuestros parientes y amigos, estamos completamente a vuestras órdenes para servir y complacer a vos y a los vuestros; pues sé que sois tan gentil caballero y tan famoso que todos los caballeros y escuderos están obligados a honraros, y haciendo esto sólo pueden ganarse elogios. <<

[10] Monseñor mi hermano y mi amigo: os agradezco el gran honor y placer que os dignasteis hacer a la casa de donde soy al liberarme de mi empresa; y tened la seguridad de que los de nuestra casa de Lalaing, juntamente con nuestros parientes y amigos, y yo especialmente, toda la vida estaremos agradecidos a vos y a los vuestros. <<

[11] Cuando vuestro brazalete esté acabado, la noche del primer día de mayo próximo, vendréis aquí a mí y yo os lo pondré en el brazo por vez primera, y desde aquel día lo llevaréis por espacio de un año, si en este tiempo no encontráis ningún caballero o escudero de nombre y de armas sin reproche que os lo quite para llevar a término vuestra empresa a caballo o a pie… Me agrada y quiero que, un mes antes de vuestra partida, enviéis un rey de armas o heraldo en primer lugar a la corte del rey de Aragón y luego a la del rey de Navarra, que son los primeros de las

Espadas; y luego a la del rey de Castilla y después a la del rey de Portugal, que son cuatro reyes cristianos, para presentarles las cartas de vuestras armas, si realmente no encuentra en una de las primeras cortes ningún caballero o escudero, tal como se ha dicho, que tome a su cargo liberaros. <<

[12] De oro esmaltado de verde con una dama blanca dentro. <<

[13] Yo, Galcerán Martorell, prometo y juro a fe de caballero hallarme en el lugar y día que vos, Manuel de Vilanova, me asignéis, con un paje y un acemilero, sin ningún otro amigo, pariente ni servidor mío, y que ni yo ni otro por mí han avisado ni avisarán a los oficiales ni otra gente del lugar ni día en que vos y yo nos hemos de encontrar. Y si contra algo de esto procediera, y me pudiera ser probado, que sea fementido y me podáis revesar mis armas y escudo, o clavar la mano con la ceremonia entre caballeros acostumbrada en tal caso, y que esto no pueda evitar por ninguna vía. Y para testimonio de verdad hago el presente albarán, escrito con mi propia mano, partido por A B C, sellado con el sello de mis armas, hecho en Museros el 11 de junio de 1430. Galcerán Martorell. <<

[14] No os acordasteis en absoluto del albarán, escrito por vuestra mano, que me hicisteis por leal amor el día en que fui vuestro conquistador, pues, si lo hubierais recordado, no me habríais dejado como habéis hecho. <<

[15] Mossén Juan de Gualbes. Por muchos tratos que hayáis tenido para hacerme matar, siempre he desviado los caminos de malicia hasta que he sabido que queréis casar a mi señora Isabel de Gualbes, hija vuestra, pues la verdad es que yo estoy casado con ella por palabra de honor y por cópula carnal, y que con su licencia me la llevé. Y aquella noche, antes de meternos en la cama, me pidió un peine con que se peinó y concertó el cabello, y también me pidió una camisa de las mías, que se puso. Como

marido y mujer estuvimos los dos desnudos en la misma cama, muy pacíficamente, sin contradicción. Y la noche del dia siguiente me mandó que la dejara en poder de mossén Galcerán Ferrer, como se hizo. Por lo tanto, si osáis decir lo contrario, o que, queriendo casar con otro a mi señora Isabel de Gualbes, hija vuestra, no lo hacéis como mal cristiano y contra vuestro honor y conciencia, hasta que primeramente sea visto por justicia si es o no mi mujer, con mi persona os lo combatiré por batalla a ultranza. Y para memoria de la verdad os envío el presente cartel, partido por A B C, sellado con mis armas de Sant Climent y subscrito con mi nombre, por medio de Ucart Sibo, trompeta, en relación con el cual estaré. Dado en el castillo de Durbán, del vizcondado de Narbona, donde encontraréis como procuradores míos a mossén Juan de Plen y mossén Oliver de Plen para dar vuestra respuesta, a 4 de diciembre de 1521. Gaspar Burgés de Sant Climent. <<

[1] Un caballero aventurero, que se intitulaba el Caballero del Pino de las Manzanas de Oro, servidor de la Dama de la Secreta Floresta, el cual, por el amor de su dama, se comprometía a defender el Paso del Pino contra todos los que vinieran haciendo tres carreras con lanzas… y si acaeciera que el dicho Caballero del Pino rompiera más lanzas… el sobrevenido estaría obligado a entregarse prisionero, de parte de dicho caballero, a la Dama de la Secreta Floresta. <<

[2] Entonces el caballero hizo edificar un castillo en la cumbre de aquel cerro, tan fuerte que no temiera sitio ni hueste, y llevó allí a la doncella con todo el gran tesoro que pudo quitarle a su padre. Y para estar más seguro, arregló de tal modo los caminos del cerro que sólo quedó uno, y éste era tan malo, tan empinado y tan estrecho que sólo podía ir por él un caballero. Luego el caballero del cerro prohibió que ningún caballero fuera tan osado que subiera a su cerro e hizo levantar una cruz al pie del monte, e hizo poner en ella un letrero que prohibía que nadie subiera, y

dijo que desde entonces se llamaría el Cerro Prohibido: —Porque yo lo prohibo —dijo— a todos los que vengan a estas partes. <<

[3] Mosén Suero de Quiñones. Como nosotros dos, caballeros catalanes, hermanos de armas, seamos ciertos que vos sostenéis un paso en el puente de Orbigo, camino romero de Santiago, habiendo hecho una empresa de armas, por la que conviene a los romeros, caballeros y gentileshombres, que van a la santa perdonanza, estorbar sus devociones y retrasar su romería, como por su honor se vean forzados y obligados a cumplir vuestra voluntaria empresa, y viendo nosotros que sois vos quien da tal estorbo a los romeros, hemos partido de Cataluña, con la mayor prisa que hemos podido, pensando hacer servicio a Dios y a monseñor Santiago. Por ende, con la presente os ofrecemos romper todas aquellas lanzas en la forma y manera dispuestas en vuestra empresa. Y lo hacemos por descargo de dichos romeros y que de ahora en adelante queden libres y devotamente puedan cumplir su romería, asumiendo nosotros todo el cargo en el tiempo por vos fijado, rogándoos que de ahora en adelante no se ponga ningún impedimento a los romeros, y que prestamente tengamos vuestra cierta respuesta, pues nosotros hemos hecho el voto de dar cumplimiento a otros negocios a los que, Dios mediante, no podemos faltar si vos no aceptáis nuestro ofrecimiento. Os certificamos que si dentro de dos días de haber recibido vos la presente, de lo que estaremos a la fe del portador, no hemos recibido vuestra respuesta, nos veremos obligados a cumplir nuestro voto. Y para que conste que hemos dado acabamiento a lo que aquí nos ha traído, os enviamos la presente por el rey de armas de Portugal, suscrita con nuestras manos, sellada con el sello de nuestras armas y partida por A B C. Dada en la ciudad de León, a 22 de julio del año 1434. Riambau de Corbera y Francí Desvalls. <<

[4] Que habían venido para cumplir las armas con su persona o con otra que el dicho Suero designase, y que se quitarían aquella pieza de armas que les pareciera más peligrosa; e incluso que si él osaba combatir sin ninguna pieza de armas, que ellos estaban satisfechos. <<

[5] Caballeros, señores y amigos: si vosotros habéis venido aquí para hacer las armas según se contiene en los capítulos de Suero, y han hecho los otros caballeros y gentileshombres que por aquí han pasado, nosotros estamos prestos y aparejados a hacer por vosotros como por los demás, con todo honor y gentileza, como pueda hacerse; y en otra manera no estamos aquí para consentir que se quite ninguna pieza de armas ni permitir otros cambios que hasta ahora no se han hecho. <<

[6] Estábamos dispuestos no sólo a quitarnos una pieza, sino mucho más, y por vos nos fue mandado decir que nos rogabais que nos contentáramos con correr como los demás. <<

[7] Porque a nosotros, ahora, nada nos queda por decir ni escribir porque ya hemos cumplido, según dijimos, lo que habíamos jurado emprender; pero si vos, pensando enmendar vuestros errores, quisierais tomar el cargo de requerirnos por algo, enviádnoslo a decir, y sed cierto que encontraréis respuesta muy distinta que la que nosotros hemos encontrado en vos, confiando en Dios y en monseñor San Jorge que, en caso de querer reparar vuestros cargos, los duplicaréis. <<

[8] Suero de Quiñones y Lope de Estúñiga, caballeros. Nosotros, Juan Fabra y Pedro Fabra, caballeros hermanos, por el gran deseo que tenemos de ejercitar en hechos de armas nuestras personas, en nombre de Dios, de nuestra Señora y del bienaventurado San Jorge, os requerimos a toda nuestra recuesta, nuestras personas contra las vuestras, para combatiros a ultranza, pie a tierra, con hacha, espada y daga de una misma igualdad, y las armas defensivas cada uno a su voluntad, sin ningún mal ingenio,

ofreciéndoos por juez al conde de Viana, almirante de Portugal y gobernador de Ceuta, quien, por Portugal, rey de armas, nos ha certificado que nos tendrá la plaza segura. Y si no queréis aceptar este juez, nosotros dejamos a vosotros el cargo de buscar otro, dispuestos a tomar el que nos deis, a condición de que sea sin sospecha. Y de esto os requerimos vuestra buena y breve respuesta hasta quince días después de presentada esta carta. En testimonio de verdad os hacemos la presente, suscrita con nuestra mano, sellada con el sello de nuestras armas, hecha en la ciudad de Lisboa el 6 de setiembre de 1434. Juan Fabra, Pedro Fabra. <<

[9] Antes bien, si en tan pequeñas armas se puede ganar honor, creemos haberlo ganado, a pesar de que tengamos en muy poca estima haber corrido dichas lanzas. <<

[10] Pues no habéis querido aceptar nuestro requerimiento y no habéis querido proseguir el que por vuestros nuevos partidos habéis propuesto, os notifico que no hablemos más de estos negocios y que no aceptaremos carta vuestra; y nos molesta que, por la práctica por vos observada en estos asuntos, nos hemos visto precisados a hacer cierto voto. <<

[11] Magnífico mosén Juan Fabra, caballero valiente: por el magnífico atrevimiento que conserváis entre las damas, os recomiendo que leáis por entero este escrito, y que lo liméis y corrijáis bien, añadiéndole lo que faltare. <<

[1] En estos días llegó a Ceuta un caballero de la casa del rey de Aragón, que se llamaba mosén Francí Desvalls, residente en Barcelona, para requerir al conde que le tuviese plaza para luchar con otro caballero con quien se había desafiado… Mosén Francí Desvalls insistió en su recuesta; y [el conde] vio que su requerido se llamaba mosén Juan de Boixadors. Y habiéndoles el conde otorgado la plaza, el rey de Aragón escribió al infante don Eduardo y a la infanta, su mujer, rogándoles que escribiesen al conde que aquel hecho no llegara a su último fin, por ser hidal-

gos nobles y tales que por cada uno de ellos recibiría pérdida; y del mismo modo escribió al conde, el cual de ninguna manera quiso dejar de cumplir su promesa, y se comportó de modo que cumplió lo que debía y el rey de Aragón quedó satisfecho en lo que deseaba. Y fue así que mosén Francí llegó primero que el otro a Ceuta; y su adversario, aunque fue detenido por el rey de Aragón, consiguió llegar en una galera a la ciudad de Ceuta, asaz bien amonestado, y acertó que el otro llegaba aquella misma hora en un bergantín, porque había ido a ver el castillo de Metene y otras cosas por distracción. En seguida el conde les honró mucho y primero les agasajó y les requirió, como caballeros y como hermanos, que dejasen estar aquella contienda, y esto por dos veces, y finalmente llegaron a mantener su recuesta, cuyos incidentes, que fueron muy buenos, no pretendemos describir, pero diremos, en conclusión, que ellos, puestos en la plaza, se arremetieron el uno al otro, y el conde los mandó separar, a pesar de que ambos se quejaban mucho, pero finalmente los hizo amigos y los hizo comer en una misma mesa, les hizo mercedes, como quien era, y los envió a su tierra muy satisfechos, de lo que el rey de Aragón estuvo muy contento y mucho lo agradeció al conde, e incluso todos los buenos del reino recibieron gran placer por aquel hecho, porque aquellos hidalgos, además de estar muy bien emparentados, eran tenidos por buenos. <<

[2] Yo hubiera deseado que os hubiese placido dejarnos solazar un poco más y tomar algo más de placer en las armas. <<

[3] Nuestro muy amado copero Miguel d'Orís, escudero, va ahora a vuestra presencia, el cual ha estado mucho tiempo aquí, esperando hacer y cumplir ciertas armas por él emprendidas contra un caballero inglés, quien le ha hecho esperar mucho tiempo y no ha comparecido en modo alguno, en lo que nuestro dicho copero se ha lealmente ofrecido y presentado, por lo que estamos muy satisfechos de él. <<

[4] Otrosí en este tiempo le llegaron al conde cartas del rey de Castilla en que le rogaba que tuviese campo entre un caballero suyo, que se llamaba Lope Alfonso de Montemolín, y otro caballero de la casa del rey de Aragón que se llamaba mosén Felip Boyl. El conde, viendo que estos dos caballeros eran más apropiados para el servicio de Dios que para combatirse sobre un pequeño caso, trabajó mucho, por sí y por otros, para avenirlos, lo que nunca consiguió de ningún modo. Tuvo, por lo tanto, que mandar ordenar el campo, como es costumbre, donde, al arremeterse con las lanzas, el caballero castellano erró el tiro, en lo que el catalán fue más certero, y, atravesándole el arnés de Milán, hirió a su contrario en un anca; y cuando querían recurrir a las hachas, el conde mandó a los fieles que los retirasen del campo por buenos y leales, lo que ellos no querían consentir de grado; pero viendo que estaban bajo el poder del conde, transigieron con lo que él quería, y por orden suya se hicieron amigos, y el conde departió con ellos y les hizo mucho honor los días que estuvieron allí, y lo mismo hicieron los otros hidalgos cortesanos que estaban en Ceuta, de lo que aquellos caballeros quedaron muy satisfechos, elogiando la nobleza del capitán y de los que aquella ciudad defendían, y se despidieron con muchos ofrecimientos. <<

[5] Como sea que yo, Felip Boyl, caballero del reino de Aragón, tomé el cargo de luchar con un caballero o con un escudero, en especial para servir a mi soberano señor el excelentísimo y poderosísimo príncipe el rey de Aragón y de Sicilia, y como no pudiese ser liberado de mi dicha empresa por defecto de algunos de los del reino de Francia, por esto he venido al reino de Inglaterra y a la corte y presencia de Su Majestad el muy alto, ilustrísimo y victorioso príncipe el rey de Inglaterra y de Francia, cabeza de honor, valor y proeza, y por una súplica y por una especial gracia he obtenido permiso para llevar una divisa en esta no-

ble corte, por medio de la cual yo puedo ser liberado del susodicho cargo, que declaro en los artículos que aquí siguen… <<

[6] Y le hubiera sido mucho mejor y más honroso si me hubiese enviado carta de batalla que no empujaron a vos, ofreciéndoos al templo, demostrando qué poco le costáis de criar, queriendo comer el rábano con vuestros dientes, así como el judío quiere comer con los dientes del cristiano. Encontraría placer en que le dijerais de mi parte a mossén Felip Boyl, pues por vos me lo ha enviado a decir, que combatiré; y se conocerá en la respuesta que yo le daré que no soy aquel que va buscando, que a mal lugar ha venido a hacer leña, que él no es hombre para rescatarme a mí ni yo soy hombre para dejarme rescatar por él ni por nadie: quien quiera carne, envía a la carnicería, no a la casa del lobo. <<

[7] Voto a las damas y al faisán que, si dentro de un año hay batalla contra el Gran Turco, por honor y reverencia de Dios nuestro salvador Jesucristo, si me preserva de inconvenientes, yo me encontraré allí; y durante todo el día seguiré al buen caballero el señor de Haubourdin con todo mi poder, para ayudarle a cumplir su voto; o de acercarme a la bandera con la enseña del Gran Turco de tal suerte que se la abatiré o dejaré allí mis enseñas, si al emprender esto no soy muerto o mi caballo me falla en el camino. <<

[8] Señor conde de Prades. El gran Vasco me ha comunicado hoy que habéis jurado en nombre de Dios que si podéis apresar al señor de Bresse y a mí nos haréis ahorcar. <<

[9] Un noble caballero, nacido en el reino de Castilla, llamado messire Pedro Vázquez de Saavedra, consejero y chambelán de los excelentísimos y poderosísimos príncipes los duques Felipe y Carlos de Borgoña, se encontró en muchas batallas y combates contra infieles y otros, por mar y por tierra, tres veces combatió en lizas cerradas, a saber en Francia, en Inglaterra y en Alemania, y estuvo también en muchos combates y batallas al servicio de

dichos príncipes, sus señores, contra los enemigos, y, por la gracia de Dios, acabó todas sus empresas con honor y sin reproche. Murió el año 1477. <<

[1] En 1432, el día 15 de octubre, había dos caballeros para combatir y para darse la muerte. Y la venerable señora Madona Sor Sara hizo oración a Dios y a San Francisco y prometió que si los dichos caballeros hacían las paces o no se mataban, haría pintar esta obra como aquí está pintada. Y ocurrió, por la gracia de Dios y las buenas oraciones, que dichos caballeros hicieron las paces sin ningún impedimento de sus personas, etc. <<

[2] Usando de mi derecho yo he publicado y he hecho publicar dichos procedimientos, haciendo llevar a un criado una sobrevesta con las armas de dicho mossén Berenguer de Vilaragut invertidas, y una mano clavada, con un letrero que dice: —Para mossén Berenguer de Vilaragut. <<

[1] Gran falta nos hicieron en el día de hoy, aquí, los buenos caballeros de la Tabla Redonda, pues ciertamente, si ellos hubieran estado aquí, habríamos tomado este lugar. <<

[2] Señor, aquí no hicieron falta los caballeros de la Tabla Redonda, porque aquí está Martín Vázquez da Cunha, que es tan bueno como don Galaaz, y Gonzalo Vázquez Coutinho, que es tan bueno como don Tristán, y he aquí a Juan Fernández Pacheco, que es tan bueno como Lanzarote (y así fue diciendo de otros que vio estar cerca). Y aquí estoy yo, que valgo tanto como don Keus. Así que no hicieron aquí falta esos caballeros que vos decís, sino que aquí nos hizo gran falta el buen rey Artús, su señor, que conocía a los buenos servidores y les hacía muchas mercedes, por lo que todos deseaban servirle bien. <<

ÍNDICE

Caballeros andantes españoles	2
NOVELA Y REALIDAD, REALIDAD Y NOVELA	11
EL PASSO HONROSO	48
AVENTURAS Y VIAJES DE CABALLEROS ANDANTES	98
BATALLAS POR MALQUERENCIA	143
EN RESUMEN: NO TODO ES LITERATURA	173
Notas	176